

UN MUNDO PEOR

CLAUDIO CERDÁN



Lectulandia

La desaparición de su hijo destrozó su vida. Ahora, el expolicía Roberto Cusac, tiene una segunda oportunidad.

Roberto Cusac, expolicía reciclado a detective, alcoholizado y solitario, vive obsesionado por un caso que destrozó su carrera, su matrimonio y su alma: la desaparición de su hijo de 6 años, Jaime, al que nunca encontró. Ha repasado mil veces las pistas y siempre le llevan a ninguna parte.

Cuando le encargan que busque a una chica desaparecida, sus heridas parecen reabrirse, pero un halo de esperanza y la sensación difusa de que el destino le brinda una segunda oportunidad avivan de nuevo su instinto para jugar una última partida a doble o nada...

Con ese lenguaje directo que acaricia la soledad de sus protagonistas y desnuda sus almas, Claudio Cerdán nos ofrece una historia reflexiva sobre el abandono y la pérdida, una novela policiaca que ahonda sin miedo en el dolor y la imposibilidad del olvido.

Lectulandia

Claudio Cerdán

Un mundo peor

ePub r1.2

Titivillus 10.02.15

Título original: *Un mundo peor*
Claudio Cerdán, 2014
Diseño cubierta/Fotomontaje: Eva Olaya

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, Soledad Reina.
La lucha mereció la pena.

Prólogo: Carne de tu carne

Suelo fijarme mucho, tal vez demasiado, en los pequeños detalles. La última vez que vi a Claudio Cerdán a su paso por Madrid, hará unos meses, en el curso de una larga conversación dijo algo que si bien en el momento no me llamó la atención, cobró pleno sentido cuando leía la novela que ahora tú estás a punto de descubrir. Dijo Claudio que cada vez se planteaba más en serio que quería ser padre. La conversación venía de antes y no tardaría en tomar otros derroteros —los libros, como no podía ser de otra manera—, y ese detalle puntual quedó sepultado entre otras anécdotas e historias, pero archivado en mi memoria hasta que empecé a hojear lo que entonces no era más que un manuscrito.

Lo primero que leemos es que en Alicante llueve a mares, y Roberto Cusac, policía que pronto dejará de serlo, se dirige a acabar por las buenas o por las malas con el sórdido pederasta Gaspar Barrachina. Una tarde cualquiera, Roberto pasea con su hijo por el parque, y en el momento menos pensado, este desaparece. Luego llegan las noches en vela, la desesperación que crece hasta sepultarlo, que el padre y policía se refugie en la bebida... Así hasta que su mujer también acaba desapareciendo porque la vida en pareja, en esa pareja, se vuelve insoportable.

Leyendo esta historia de un padre que ha sido dos veces abandonado, y que peleará duro por recuperar lo que tenía, aun sabiendo que quizá no todo volverá a ser como era, no pude evitar pensar en ese comentario aislado de Claudio. Tuve la impresión de que este joven escritor —cada vez, por cierto, un poco menos joven— estaba retratando sus propios miedos. Puede que no los miedos de su vida cotidiana, pero sí, posiblemente, los que están por venir. Perdido todo rastro de pudor, este autor enamorado del *hard boiled*, de las novelas de Jim Thompson, el *spaghetti western* y las películas de Johnnie To, empieza a distanciarse de los modelos que le han inspirado para hablar de sus propias inquietudes. A calzón quitado, como se decía en las antiguas peleas, cuando no había nada que ocultar.

Si lo hace así, no puede dejar que el humor socarrón o la violencia desatada le desvíen de su objetivo. Ahora cada golpe tendrá consecuencias y será más doloroso que el anterior. Si Claudio lo hubiera planteado de otra manera, posiblemente se estaría traicionando a sí mismo. Quien haya leído sus otras novelas se sorprenderá ante la infinidad de registros y matices que ahora aparecen: de lo cómico a lo trágico, de lo tierno a lo cruel, tipos que naufragan a diario en un bar, gente que se esfuerza por no perder la cordura...

Esta novela habla en profundidad, de manera intensa y extensa, de padres abandonados. Padres y madres que pierden a su hijo para no verlo más, por azares o crueldades del destino. También habla de segundas oportunidades, acaso una quimera que les ayuda a seguir adelante en su empeño, tenga o no sentido; una zanahoria sin la cual no podrían continuar. No dejes de leer, porque quizá los miedos de Claudio sean también tus propios miedos, o puede que en algún momento lleguen a serlo. Imagina lo lejos que se puede llegar cuando buscas contra viento y marea a quien es sangre de tu sangre.

David G. Panadero,
director de la colección *OffVersátil*.

·INTRODUCCIÓN·

Nunca llueve en Alicante. La última vez murió gente. Y aquella noche cayó un diluvio.

El agua resbalaba por mi chaqueta y empapaba hasta mis errores. Tenía el pelo chorreando, yo mismo convertido en una esponja de odio y desesperación. No recordaba cómo había llegado hasta allí, pero sabía por qué tenía un cromó de Ronaldo en el bolsillo y por qué sostenía mi pistola reglamentaria con la mano derecha.

La calle era un río frío y oscuro que arrastraba barro y desechos. Frente a mí se alzaba una casa vieja y semiderruida. Apestaba a madera quemada incluso bajo el aguacero. Una farola titilante le daba un aspecto aún más tétrico. La puerta estaba desvencijada, arrancada de los goznes y vuelta a colocar sobre las bisagras en complicado equilibrio. Hacía tiempo que la cerradura había desaparecido y se había sustituido por un candado de bicicleta oxidado.

Me detuve un segundo ante el umbral y pensé en lo que estaba a punto de hacer. Iba a cruzar la línea, me iba a poner al otro lado de la ley. Eran siete años como policía tirados a la basura. Matar a un hombre no tiene marcha atrás.

Pero yo quería matarlo. Porque era él. Debía de serlo.

Con tres empujones bastó para tirar abajo la endeble puerta de cartón. El interior estaba lleno de cascotes, con las paredes negras de hollín. Gaspar Barrachina tuvo que prenderle fuego en algún mal viaje de droga. A la derecha se abría una cochera con el techo derrumbado. Unas escaleras medio rotas llevaban a la parte superior. Encendí la linterna y ascendí con cuidado pese a la urgencia que atenazaba mis nervios.

El primer piso tenía aún más porquería, si aquello era posible. Las goteras formaban pequeños charcos por todas partes. Junto a una ventana había un cenicero rebosante de colillas. Acaricié el cromó de Ronaldo y avancé unos metros más. Mis zapatos rechinaban sobre el suelo. En ese momento escuché las pisadas. Provenían de una estancia a la derecha. No pensé si mi vida podía estar en peligro. Solo quería pillar a Barrachina y colocarle el hierro en la garganta.

Entré a toda velocidad en la habitación contigua y algo me golpeó la cabeza. Trastabillé un par de pasos y me recuperé al momento. La adrenalina estaba disparada desde hacía varias horas y no iba a detenerme en ese momento, no tan cerca de saber la verdad. Retrocedí y esta vez esquivé un segundo impacto. Vi un bulto frente a mí y me lancé sobre él. Reconocí a Gaspar Barrachina por su aliento.

El forcejeo duró poco. Lo golpeé con la culata en la cara hasta que se rindió. Después lo esposé a la barra de metal de la cama. Encontré en el suelo la pata de silla

con la que me había agredido. Tenía una mancha de sangre, pero en ese momento no se me ocurrió pensar que fuese mía. La lluvia azotaba la casa y el viento se introducía por los cristales rotos de una ventana minúscula.

Enfoqué a Gaspar Barrachina con la linterna. Estaba igual de flaco que en la ficha. Cincuenta y un años, pelo rubio corto, adicto a las anfetaminas, pederasta desde que tenía uso de razón. Mientras quemaba la ciudad buscando su paradero me habían dicho que llevaba barba, pero solo tenía un bigotillo que apenas le tapaba el labio.

—¿Dónde está? —pregunté—. ¿Qué has hecho con él?

—No sé de qué hablas.

Me arrodillé a su lado y le machaqué el rostro. Barrachina escupió esquirlas de dientes y tosió sangre.

—¡No juegues conmigo! —dije—. Lo tienes tú, pedazo de mierda. Juro que te volaré los sesos como le hayas hecho algo.

Yo no lo sabía, pero en ese momento empecé a llorar.

—¿Quién eres? —Se cubrió el rostro con la mano—. ¡No te conozco!

Me incorporé y volví a patear su cuerpo huesudo. Noté como varias costillas cedían a mis golpes. Y mientras él gemía y se retorcía, yo no dejaba de preguntar dónde está, maldito cabrón, dónde lo has metido, te mataré, desgraciado, dime que está bien.

La desesperación me llevó a buscar paredes falsas, pasadizos secretos, escondrijos donde pudiera tenerlo recluido. Pero la habitación apenas tenía dos metros de ancho por cuatro de largo. Un zulo apestoso lleno de roña. Revolví la ropa amontonada, buscando cualquier pista, algo que me devolviese a la realidad, que confirmase que mi vida no sería una pesadilla el resto de mis días.

Bajo el colchón asomaba un bulto. Era una caja de puros cogida con una goma. La abrí con prisas y su contenido cayó al suelo encharcado. Lo que vi casi me hizo vomitar.

La cajita estaba repleta de fotografías de menores. Niños pequeños de ambos sexos, desde los tres a los doce años de edad, todos desnudos en posiciones sexuales. En algunas *Polaroid* se veían agresiones explícitas, monstruos desnudos abusando de chiquillos asustados e indefensos. Dejé de mirar cuando vi una foto de un bebé de pocos meses.

—¿Qué es esta basura? —pregunté.

—Policía... —Suplicó sin resuello—. Llama a... la policía...

Me llevé las manos a la cabeza y caminé por toda la estancia. Pateé un montón de periódicos mojados. La lógica escapaba de mí. El ansia homicida se convertía en una obsesión. Sentía los latidos en los tímpanos, la lengua seca y amarga.

Y no había ni rastro de él.

Busqué en la cartera y le enseñé una foto de Jaime.

—Mira esto. ¿Lo estás mirando? —Le agarré de los pelos para que no girara la cabeza—. ¿Lo has visto? ¿Sabes quién es? —Sin respuesta—. ¿Qué has hecho con

él? La gente te vio paseando por el parque donde desapareció.

—Yo no... he hecho nada...

—Te soltaron de la trena hace dos meses. —Lo agarré con más fuerza—. Pero los perversos como tú no se recuperan. Te lo llevaste tú. Estoy seguro.

—No...

—Joder... —Las manos me temblaban, apenas podía articular palabra—. Solo dime dónde está. No te haré daño. Por favor, Gaspar. Dime dónde está.

El pedófilo se estremeció, luego miró de nuevo la foto, lanzó un largo suspiro y dijo:

—No lo sé.

Llega un momento en que la presión puede con la olla y esta explota dejando a su alrededor destrucción y llanto. Y en ese momento supe que jamás lo encontraría, y que si lo hacía estaría muerto, y que el único consuelo que me quedaba para no volverme loco era meterle cuatro tiros a aquel desgraciado.

Fue al sacar el arma cuando escuché ruido en las escaleras. Me asomé entre asustado y expectante.

—¿Jaime? —pregunté con la voz rota—. ¿Eres tú?

Por la puerta vi entrar a Ramos, mi compañero en comisaría. Tras él venían varios uniformados más. Reaccioné regresando a la habitación con Gaspar. Me temblaba tanto el pulso que no pude ni quitarle el seguro a la pistola. Ramos se abalanzó sobre mi cuerpo y me inmovilizó.

—¡No! —Me resistí—. ¡Déjame hacerlo! Tengo que hacerlo...

—Roberto, cálmate, por Dios. —Ramos me sujetaba mientras la pequeña estancia se llenaba de policías.

—Lo tiene él, estoy seguro...

—Lo encontraremos, pero esta no es la manera. Así no.

Varios compañeros me esposaron y me sacaron de allí a rastras.

—¡Aún no! —Grité, desesperado—. ¡Él lo sabe! ¡Tiene que confesar!

—Vamos, Roberto. Hablaremos en la central.

—¿Dónde lo tienes? —Balbuceé mientras me arrastraban escaleras abajo—. ¿Qué has hecho con Jaime? ¿Qué le has hecho a mi hijo?

Pero nadie contestó.

·PARTE I·

SÍNDROME DE ABSTINENCIA

Decían que se iba a acabar el mundo. Que el año 2000 terminaría con los ordenadores, que las centrales nucleares explotarían, las televisiones se estropearían con las campanadas y hasta los cajeros automáticos escupirían dinero. Sin embargo, aquella Nochevieja nada ocurrió. Todo el mundo rio y abrazó a sus seres queridos. Escenas repetidas desde el día de ayer en Australia.

Todo seguía igual, y aquello me quemaba.

Apagué la radio del Ford y me serví otro vodka para entrar en calor. El Año Nuevo me había pillado trabajando en un caso, en plena zona rural, vigilando con atención enfermiza el *chalet* privado que se extendía como una fortaleza. No sabía el tiempo que llevaba haciendo guardia, y tampoco me importó. El reloj de mi coche estaba atrasado dos minutos respecto al del Ayuntamiento. Los fuegos artificiales iluminaron el firmamento nocturno.

Me había contratado una esposa celosa que sospechaba de los cuernos que le ponía su adinerado marido. Tras comprobar la coartada falsa de este, y descubrir que no había tomado ningún vuelo a Los Ángeles por negocios urgentes, me atrincheré ante la casa a medio restaurar de su propiedad. En eso consistía mi trabajo: en seguir corazonadas y mear en una botella.

No me quejaba. Prefería tener la mente entretenida a regresar a mi asqueroso piso de soltero. No me apetecía escuchar al presentador idiota del día hipnotizando a la población con sus instrucciones archiconocidas para tragar uvas. Aquello pertenecía a otra época, cuando aún era un policía y no un perro que se vendía al mejor postor por casos ridículos.

La Navidad, junto a la fecha de su cumpleaños, era la peor época. Los anuncios de juguetes me recordaban a Jaime. Tuve que abandonar mi casa por miedo a encontrar otro cromó de fútbol perdido entre los cojines del sofá. Lo vendí todo y me marché. Inés aguantó a mi lado cinco meses más, pero al final también se fue. Yo no podía perdonarme haber perdido a Jaime, y ella tampoco pudo. Me dejó una nota y regresó con su madre. Llevábamos tiempo sin ser un matrimonio.

Jaime nunca apareció. Lo busqué hasta la extenuación, pero me obsesioné con Gaspar Barrachina. Fue una pista que no llevaba a ninguna parte. Perdí el tiempo y Jaime seguía en paradero desconocido.

Desapareció bajo mi tutela. Lo saqué al parque un domingo que Inés estaba fuera por trabajo. Había cientos de críos, padres vigilantes por todas partes. Y en un descuido lo perdí de vista. Nunca se pudo confirmar ninguna pista. Solo sé que se evaporó ante mis narices.

Dejé la policía a las pocas semanas. Tenía un expediente abierto por el caso

Barrachina. Sin embargo, algo dentro de mí me decía que no podría ser investigador si no era capaz ni de encontrar a mi propio hijo de seis años. Después empezó mi transformación, con vodka de desayuno, comida y cena. Trabajé como portero de discoteca, albañil y repartidor de pizzas. Más tarde me animé a hacer uso de aquella polvorienta licencia que me saqué años atrás y que me permitía abrir una agencia de investigación. Cuando decidí estudiar para detective siendo ya policía, nunca pensé que ejercería por mi cuenta, pero había que pagar el alcohol de alguna manera.

Los casos eran fáciles: infidelidades, bajas médicas falsas, insolventes, acoso sexual, espionaje industrial o fraude a compañías de seguros. Casi siempre me contrataban mujeres acomodadas que buscaban la máxima rentabilidad para su divorcio, abogados con perfil de buitres, aseguradoras y mutuas sanitarias que preferían contratar a un detective que pagar a algún desgraciado por cualquier minusvalía. Lo único para lo que no me sentía preparado era para la búsqueda de personas desaparecidas. No quería volver a pasar por ese trago. Los fantasmas aún seguían presentes en mis pesadillas.

Un coche giró por la curva que daba acceso a la vivienda. Conecté la cámara de video y la puse en modo noche. El enorme BMW paró junto al garaje. Mientras se enrollaba la puerta automática pude enfocar la matrícula y al conductor. Se trataba del marido que debía estar en Los Ángeles, acompañado de una voluptuosa de piel morena que podría ser su nieta.

Entraron a la casa y encendieron las luces. Estaba claro que no sospechaban nada, ya que dejaron las cortinas sin correr mientras se servían un par de copas. Al cabo de un rato subieron al dormitorio de la segunda planta y esta vez sí bajaron las persianas.

No tenía ganas de esperar más en un coche congelado mientras aquel tipo retozaba con la morena. Arranqué y me dirigí al centro. La gente salía de fiesta a esas horas, cubiertos de serpentinas y confeti del cotillón. Aparqué donde pude y llamé desde una cabina telefónica. Al segundo tono lo cogieron.

—¿Diga?

—¿Isabel? Soy Roberto Cusac. Tengo noticias sobre su marido.

Le conté dónde podía ir a buscarlo con sus abogados y colgué. Al día siguiente, ella recibiría mi informe y yo, la minuta. Busqué el cajero de un banco. No escupía billetes.

Lo llamaban botellón. Consistía en beber en la calle para así evitar los abusivos precios de los locales de copas. A los medios de comunicación se les llenaba la boca cuando hablaban del tema. Les gustaba mezclar los conceptos juventud, desorden social, alcoholismo y delincuencia. Los vecinos alegaban que no podían dormir, los conservadores, que faltaba mano dura, los chavales, que no tenían ningún local público habilitado para sus necesidades, aunque estas consistiesen en emborracharse hasta bien entrada la madrugada.

La gente se solía reunir en la playa, en las escaleras de Jorge Juan o en descampados cercanos a las discotecas, donde la policía no se atrevía a asomar el hocico por miedo al alto número de jóvenes ebrios y hormonados. En las festividades locales no había problema. Durante las Hogueras de San Juan, la ciudad se convertía en un inmenso meadero donde se agolpaban individuos de todas las calañas para beber a piñón fijo. Las calles se masificaban y la diversión consistía en aplastarse contra el vecino, ya fuera una rubia explosiva o un anciano con dentadura postiza.

Año Nuevo era diferente. Tal vez fuera por las bajas temperaturas, que sin llegar al frío polar, conseguían que fuera preferible quedarse en casa brindando con champán que agarrar la bufanda y salir a la calle de botellón. Por eso el parque estaba desierto y limpio aquel uno de enero de 2000.

En ocasiones pasaba por allí y me quedaba un rato mirando al infinito, pero a los pocos meses fue tomado por cientos de adolescentes armados con ron y whisky. Entonces me dedicaba a recoger botellas medio vacías que dejaban abandonadas y las llevaba a casa. Mi pesadilla alimentaba mi adicción.

Había vuelto cientos de veces a aquel parque. Me había acercado al tobogán infantil donde vi por última vez a Jaime. Yo estaba sentado en un banco de madera, a diecisiete metros con cuarenta centímetros de allí. Lo sé, lo había medido. Lo tenía todo apuntado en una libreta que siempre llevaba encima, aunque no hacía falta, me conocía su contenido de memoria.

Me senté de nuevo en el banco, igual que tres años atrás. El sol brillaba en todo lo alto y nada hacía presagiar la tormenta de verano que caería horas después. Había más niños, perros sueltos, gente haciendo deporte, madres vigilantes y abnegadas. Y yo, Roberto Cusac, de profesión policía, ejerciendo de padre responsable, con el bolsillo lleno de cromos repetidos de La Liga para intercambiar con otros padres. Aquel día conseguí el de Ronaldo, uno de los más buscados. Me hacía feliz pensar en lo contento que se pondría Jaime. Aquella estampilla era un tesoro.

Todo sucedió de la forma más inocente. Lolo, el crío que ejercía de cacique sobre los demás, decidió jugar a algo tan inofensivo como el escondite. La mirada de niños

se entremezcló como un banco de sardinas, corriendo en todas direcciones.

No vi dónde se escondió Jaime. Nadie lo vio. Nunca más.

Mi aliento formó una voluta de humo blanco. Levanté el culo del banco y me acerqué a los columpios. Habían cambiado el balancín. El suelo ahora era de un material mullido. Ya no se crearían charcos al final de la rampa del tobogán. Observé la escena con los ojos de mi hijo. Si tuviera seis años, ¿dónde me ocultaría?

A veces soñaba que seguía escondido, como esos veteranos de la guerra civil que se echaron al monte y no sabían que había llegado la paz. Jaime, agazapado en un minúsculo refugio intemporal, donde aguardaba a que Lolo lo encontrara aunque ya nadie lo buscase. Un campeón, ese era mi hijo.

El encargado de un supermercado cercano dijo que, en la pausa para fumar el cigarrillo, vio a un chico que podía ser Jaime caminando de la mano de un hombre alto y moreno. Un repartidor de comida china aseguró haber visto a mi hijo en el asiento trasero de un todoterreno gris, tal vez un Nissan. Las cámaras de tráfico siguieron a un coche parecido hasta que se perdió dirección Mutxamel. La matrícula estaba borrosa.

El resto de pistas eran endebles, contradictorias o directamente fantasiosas. El parque estaba lleno de huellas, papeles de chicles y Bollycao a medio comer. Nada firme, nada útil.

Varias madres me comentaron que Gaspar Barrachina había pasado por allí alguna vez, y que sabían que era un pederasta. Tras el incidente que tuve con él, dijo que vigilaba un par de parques y se masturbaba a escondidas viendo jugar a los niños, pero jamás confesó haber secuestrado a Jaime.

Los días pasaron y la pista se evaporó. Me suspendieron de empleo y sueldo; pero ya sabía que me cesarían definitivamente, por lo que me adelanté a sus movimientos y presenté la renuncia. Inés, mi mujer, se dedicó a ir a todos los programas de televisión que pudo, pero fue inútil. Solo conseguimos más pistas absurdas, además de ser el centro de atención del mundo.

Al cabo de unas semanas, era como si Jaime nunca hubiera existido. Los medios tenían mejores cosas en las que perder el tiempo. Poco a poco todos dejaron de buscar, la vida continuó, y una tarde cualquiera sorprendí a Inés guardando sus fotos en una caja. No se lo impedí. Lloraba mientras lo hacía.

Una patrulla de policías locales pasó a mi lado y se detuvo.

—Buenas noches. —Saludó el copiloto sin bajarse—. ¿Qué hace aquí?

—Ya me iba.

—Es peligroso que esté a solas en un parque a estas horas de la noche. Hay ladrones por esta zona.

—Yo no he hecho nada —contesté—. No soy un ladrón.

—¿Puede identificarse?

Le mostré mi documentación con docilidad. Comprobaron por radio que no tenía cuentas pendientes con nadie y me la devolvieron.

—¿Ha bebido? —preguntó el otro guindilla, un chico que aparentaba ser demasiado joven incluso para tener carnet de conducir.

—Bastante.

—Coja un taxi.

—Eso haré.

Cogí mi coche y conduje hasta casa. Las calles rebosaban de gente con traje y guirnaldas. Las mujeres desafiaban al frío con vestidos de noche y medias negras. Había hasta perros con sombrerito de papel.

Casi no atiné a introducir las llaves en la cerradura de mi apartamento. La botella de vodka no aguantó el trayecto y terminó vacía en un contenedor de reciclaje. Después de Reyes tenía reunión de Alcohólicos Anónimos, y de nuevo tendría que decir que no había aguantado ni dos días seguidos sin beber. Me consolaba al pensar que, en estas fechas, la mayoría recaía. Tal vez me lo tomase más en serio el siguiente año. Igual hasta me apuntaba a un gimnasio.

Saludé a Notario, mi periquito. Le soplé el alpiste y le cambié el agua. Solía dejarlo suelto para que ejercitase las alas, pero tras pasar tanto tiempo en la calle, el bicho se había cagado por toda la casa. Pasé un trapo por encima de lo que vi y lo encerré de nuevo en su jaula. Me recibió con un par de picotazos. Así somos los hombres.

Nunca había utilizado el servicio de contestador de Telefónica hasta que me lo monté por libre. Cuando trabajaba pasaba mucho tiempo fuera de casa y no era cuestión de perder clientes por eso. Pulsé la combinación de teclas para comprobar mis mensajes. La centralita me confirmó que tenía uno. Cuando escuché la voz se me pasó la borrachera completa.

—Roberto, soy Inés. Tenemos que quedar. Hay algo que debo decirte.

Inés me hizo esperar. El bar de siempre estaba cerrado, así que quedamos en un restaurante chino. Era el único cliente en el inmenso comedor y el camarero oriental no me quitaba ojo. Me acechaba para lanzarse hacia mí en el momento en que tuviera claro qué iba a tomar. Debía tener la cocina llena de platos del día anterior que me podría servir recalentados en el plazo de dos minutos.

Pedí una cerveza sin alcohol para aplacar un poco la sed. No quería que Inés me viera borracho, ni siquiera que pensase que era un borracho. No se trataba de demostrarle nada, porque esa etapa ya la habíamos superado hacía eones. Era otra cosa, más sutil, relacionado con las promesas incumplidas, los amores que juran ser eternos, la vida junto a la persona idónea. Si me estaba tomando una insípida cerveza 0,0 era por respeto a ella. Por lo que fuimos, por el futuro que nos robaron.

Al verla entrar por la puerta pensé que había ganado peso. Cuando nos sobrevino la pesadilla perdió kilos a gran velocidad. Me preocupé por su salud menos de lo que debería, pero apenas podía siquiera centrarme en mi propia vida. Aquella noche no pude acostar a Jaime. No había muerto, sino que no estaba conmigo. Es una sensación difícil de sobrellevar, y ella lo hizo como mejor pudo. Ni siquiera se dio cuenta de que dejó de comer, estoy seguro.

—Hola. —Saludé sin levantarme.

—Hola —contestó.

Deseaba darle un beso, aunque fuera de cortesía en la mejilla como hacen las personas que se conocen o los famosos que te encuentras por la calle. Un beso sin importancia, sin valor, pero un beso al fin y al cabo. Pero no lo hice y ella tampoco me dio pie.

—Te veo mejor —dije.

—Estoy como siempre.

«Siempre» era un concepto neutro que no significaba nada. Preferí no hablar del pasado. Había aprendido que el dolor es traicionero y puede aparecer cuando menos te lo esperas. A veces un recuerdo te traía de vuelta otro, y ese otro iba engarzado al sufrimiento y al llanto. El pasado era un buen depósito de lágrimas, sin importar cuándo. El pasado provocaba daño y «siempre» era una palabra vacía.

—¿Cómo te va, Inés?

—Te lo puedes imaginar.

—¿En qué trabajas ahora? Lo último que supe es que estabas en una tienda de zapatos.

—No es una tienda, sino una fábrica. Es una subcontrata de una marca de Elche. Hacemos suelas de goma para botas de montaña.

—¿Ya no pintas?

—Hace tiempo que los cuadros no me salen con los colores que me gustaría.

—Se te daba bien.

—Y tú eras un buen policía y ahora te dedicas a seguir a morosos.

El camarero se acercó a nuestro lado. Inés pidió un café. Se colocó un mechón de su pelo rubio mechado tras la oreja. Sus ojos castaños eran opacos, sin rastro de la candidez y la alegría de otras épocas.

—¿Aún vas al psicólogo?

—Sé que no crees en esas cosas, Roberto, pero a mí me ha ayudado mucho. La vida consiste en quemar etapas, y el psicólogo acelera el proceso. —Se humedeció los labios—. Esto no es fácil, ¿sabes? Es ver cómo tu vida se dinamita desde abajo y no puedes hacer nada por evitarlo.

—Lo sé. Estaba allí.

—Pues a veces no lo parecía.

El chino trajo el cortado en ese momento. Había tensión, como siempre, y no sabía cómo quitarla.

—No me refería a eso —dije.

—Ya lo sé.

Sopló con delicadeza su café. Su aliento creó un agujerito en la espuma. Cuando nos conocimos me llamó la atención aquella manía. Inés ponía los labios en O y soplaba como si fuera a silbar. Se quedaba así un rato, creando dibujos en el líquido con su aire. Siempre pensaba en maneras nuevas de pintar, de crear arte, y aquella era una forma de expresión que surgía de su propio subconsciente. Era amiga de una novia de juventud. Semanas más tarde corté con mi chica y empecé a salir con Inés. Ella aún tardó un par de meses en finalizar la relación con su novio, que en aquellos momentos estudiaba una ingeniería en Suiza. El nuestro fue un comienzo como cualquier otro, y cuajó hasta el punto de formar un matrimonio que aún no se había disuelto. Luego vino Jaime, y cuando se perdió ese eslabón, nuestra familia se derrumbó.

—Dime, ¿por qué me has llamado después de tanto tiempo? En tu mensaje no dabas muchas explicaciones.

—No daba ninguna —dijo—. Si lo hubiera hecho no habrías venido.

Se equivocaba. Aunque hubiese dicho que quedaba conmigo para clavarme un puñal en la nuca, habría ido sin pensarlo dos veces.

—Tú dirás.

—¿Conoces los supermercados Hipertotal?

Vendían un vodka de trigo horroroso y muy barato, pero no se lo dije.

—Todo el mundo los conoce.

—Los creó Diego Rojas allá en los setenta. Vendió la franquicia hace un par de años por una millonada, y ahora se dedica a la construcción. Dice que será el negocio de moda en unos años.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Conozco a la mujer de Diego. Se llama Clara Orozco. Vamos juntas al mismo club de lectura, y muchas tardes quedamos para tomar algo.

Inés bebió de su taza agarrándola con las dos manos. Me intrigaba qué tenía que ver con la adinerada esposa de un visionario de los negocios, pero no hizo falta preguntarlo.

—Clara tuvo cuatro abortos antes de quedarse embarazada de su única hija, África. Los médicos le dijeron que no podría tener más niños.

Inés también abortó dos veces antes de tener a Jaime. El primero a las diez semanas de embarazo, y el segundo al mes y medio. Fueron momentos duros, de dudas incesantes, preguntas que surgían de las tripas y respuestas sin alma basadas en análisis médicos y porcentajes de error. Varias amigas suyas tenían bebés y ella se sentía triste. Son cosas que un hombre puede intuir, pero que nunca comprenderá del todo. Una vida naciendo y muriendo en tu interior, un corazón que late a las seis semanas y se para al poco, una flor que surge y se pudre al mismo tiempo. Cuando quedó embarazada por tercera vez, nos lo tomamos con calma. Reposo absoluto, pensamiento optimista, sonrisas y caricias. Y de dos cadáveres prematuros nació un niño, Jaime, que fue la alegría de su vida. Sin embargo, como los dos retoños no nacidos, sin nombre ni rostro, también terminó por irse al limbo.

—Sigo sin saber qué tiene eso que ver...

—Escucha. —Me interrumpió—. Estás hecho un asco. ¿Sigues viviendo en esa ratonera del Altozano?

—Es una buena ratonera.

—Clara quiere un detective, y te he recomendado. Pagarán bien, tienen mucho dinero. No creo que te regateen en ese aspecto.

—¿Un trabajo? ¿Para eso hemos quedado? Le podías haber dado mi número y ya está.

—Primero quería hablar contigo.

—¿Por qué? ¿Qué le ocurre? El bueno de Diego Rojas, después de veinticinco años casados, se ha ido con una dominicana, ¿es eso?

—No es tan sencillo.

—Siempre son cuernos.

—En este caso no.

—¿Entonces?

Inés me clavó las pupilas. Su mandíbula temblaba ligeramente.

—Se trata de su hija, África.

—¿Qué le ocurre?

—Ha desaparecido —dijo—. Y quieren que tú la encuentres.

En ese momento, el que tembló fui yo.

—No puedes hablar en serio.

—Nunca te lo habría planteado de no ser una oportunidad para que ganases

mucho dinero.

—Sabes de sobra que no me dedico a las personas desaparecidas.

—Sí que lo haces, no seas hipócrita. Localizas a morosos, a maridos puteros.

—Joder, no es lo mismo.

—Es mucho dinero.

—Pues diles que no lo quiero.

Quise levantarme, pero Inés me cogió de la mano.

—Si no es por ellos, hazlo por mí.

Me fijé en que estaba llorando. Las lágrimas resbalaron por su rostro, arrastrando consigo parte del maquillaje. La cara de Inés quedó surcada por dos líneas negras que desembocaban en la comisura de los labios.

—¿Por qué me pides esto? —Acerqué mi silla a la suya—. Que llamen a la policía.

—No pueden. —Se sonó la nariz con una servilleta de papel—. Temen que la hayan secuestrado.

—Hay más detectives en la ciudad. Algunos están especializados en estos asuntos.

—No quieren hacerlo público. Clara confía en mí, y yo doy mi palabra por ti. Debes encontrar a esa chica, Roberto.

Comprendí el significado oculto de sus palabras. No se trataba de un trabajo exclusivamente por dinero. Inés quería que lo hiciera como redención. Ella sentía como propio el dolor de la familia Rojas. Y sabía que yo también llegaría a sentirlo y me involucraría en el caso de forma personal, que esa niña, África, se convertiría en mi niña. Era una especie de segunda oportunidad, de volver a hacer las cosas bien. Tras varios años de silencio y caras largas, por fin había algo que nos unía a Inés y a mí además del dolor: la esperanza.

—Solo ve a hablar con ellos —dijo entre sollozos—. Conócelos, y luego decide.

Acaricié su cabello y noté una sacudida eléctrica.

—Me lo pensaré. —Susurré a su oído—. Es todo lo que puedo prometerte.

La Autovía del Mediterráneo está rodeada de secarrales, como cada zona de Alicante donde no han plantado las eternas palmeras. Dejé atrás varios polígonos y giré en las inmediaciones de un campo de golf tan verde que dañaba la vista. Los dos carriles se convirtieron en un camino no muy bien asfaltado. A ambos lados había casas de todo tipo, desde adosados hasta pequeños feudos con seguridad privada. Aquella zona no la conocía, pero me pareció que ya estaba en el término municipal de Monforte del Cid.

Serpenteé entre las urbanizaciones y tuve que preguntar a una servicial mujer que paseaba a su perro. Me indicó la vivienda concreta y así llegué a mi destino. El exterior estaba anillado por un muro de varios metros de altura y controlado por un circuito cerrado de cámaras de vigilancia. La puerta de entrada era automática, pero tuve que descender para tocar el timbre.

—¿Quién es? —dijo una voz al otro lado del interfono.

—Me llamo Roberto Cusac. El señor Rojas me espera.

Un chirrido eléctrico activó el motor de apertura y el portón enrejado se deslizó a un lado. La casa estaba a medio camino entre *chalet* pijo y mansión pequeña. Conté hasta tres plantas, con una gigantesca terraza con suelo de mármol. Dos perros más grandes que agresivos recibieron mi llegada con saltos y ladridos. Desde el coche vi una enorme piscina con forma de balón de *rugby* rodeada de césped y palmeras. Dejé el coche en un aparcamiento cubierto junto a un Jaguar de lujo. Mi viejo Ford Orion destacaba como el chapapote en el paraíso. Uno de los dos mastines se puso sobre dos patas y se abrazó a mí. El otro cabeceó contra mis piernas para que lo acariciase.

—Perdón, señor, perdón. —Una asistenta sudamericana apareció muy azorada por una puerta lateral—. Los perritos son muy cariñosos.

—Ya lo veo.

—No le harán nada, solo quieren jugar.

La mujer menuda agarró del collar a los animales y los alejó hasta una fuente que representaba a un querubín orinando sin parar. Los canes me observaron como el juguete nuevo que era, pero ya no se acercaron.

—Sígueme —dijo—. Los señores le están esperando.

La chica debía tener unos treinta y pocos, pero su mirada mostraba una personalidad envejecida por los avatares de la vida o puede que por la falta de sueño. Vestía un uniforme blanco y negro, con delantal de ribetes, como si estuviéramos en la Inglaterra victoriana o en la recolección del algodón en América.

Al entrar, el aire caliente de la calefacción me golpeó con violencia. El interior de la mansión estaba decorado con gusto por el exceso. Había cuadros colocados sin

criterio alguno salvo el de tapar la mayor superficie de pared. Pese a lo espacioso del recibidor, la sobredosis de mobiliario hacía que tuviéramos que zigzaguear para alcanzar la siguiente estancia.

Tras un pasillo abigarrado de lámparas de estilo colonial alcanzamos una nueva habitación con grandes ventanales de cortinas de dibujos exóticos. Me llamó la atención un enorme piano de cola usado como una mesa más, ya que estaba cubierto por tapetes y figuritas de porcelana. Junto a un monstruoso televisor de pantalla plana estaban las dos personas que me habían convocado.

—Ellos son Diego Rojas y Clara Orozco —explicó la asistenta.

—Nos podemos presentar nosotros mismos. —Interrumpió Diego—. Ya puede irse, Martha Cecilia.

La empleada de hogar asintió con un gesto extraño y se marchó por donde habíamos venido.

—Hola, soy Diego. —Me tendió la mano—. Gracias por venir.

Era un hombre alto de unos setenta años y pelo entrecano, aunque se conservaba más joven gracias a los avances del dinero o del buen whisky. No costaba imaginarlo entrando en un banco con una sonrisa y saliendo con un crédito para amontonar ladrillos en la costa. Vestía pantalón de traje, camisa beis y zapatillas de andar por casa de rayas azules. Apreté su mano y me fijé en los anillos que tenía, sellos con símbolos de la Falange.

—Ella es mi esposa, Clara —señaló—. Por favor, siéntese.

Me dejé caer en un sillón cubierto por cojines, y tardé un rato en acomodarme.

—¿Quiere que le sirvamos algo? —preguntó Clara Orozco—. Tenemos té, refrescos, aunque tal vez prefiera una copa de licor.

La mujer había visto demasiadas películas de Bogart, ya que enseguida llamó de nuevo a la asistenta para que me preparase un combinado. Clara era más joven que su marido, pero no tanto como para considerarla una esposa trofeo. Rondaba los sesenta, pelo rizado y ojos tristes. Vestía de forma impecable, como si acabase de venir de un congreso. Tenía las manos muy arrugadas y las muñecas hinchadas.

—Inés nos ha dado unas excelentes referencias sobre usted. —Comenzó Diego—. Nos ha dicho que es muy discreto. Solo espero que sea cierto, porque se trata de un asunto muy delicado.

—No se preocupen por eso. —Los tranquilicé—. Me debo a la confidencialidad con mi cliente. Además, esta es una reunión de cortesía para estudiar su caso.

—Por supuesto. —Diego se giró hacia la asistenta, que sacaba botellas de un mueble-bar, y después se dirigió a mí—. Yo tomaré un ron, ¿y usted?

Moría por un buen trago de vodka, pero lo más transparente que acerté a ver fue una ginebra en botella azul. No había llegado al punto de tener *delirium tremens*, pero necesitaba gasolina para gestionar mi día a día.

—Una ginebra con hielo estará bien.

La mesita de centro estaba abarrotada de fotos familiares. En la mayoría

aparecían junto a una chica. No costaba trabajo imaginar su vida a través de las instantáneas, desde que tenía pocos meses hasta la época de instituto.

—Es África, mi hija —confirmó Clara.

—¿Cuántos años tiene?

—Cumplió dieciocho el mes pasado.

—Ya es mayor de edad —dijo Rojas, al tiempo que la asistenta nos servía alcohol en vaso ancho—. Pensamos que es un secuestro. Nos da miedo ir a la policía y que la maten. Nosotros...

—Sé que están preocupados, pero necesito saber todos los detalles antes de comprometerme con ustedes.

Diego Rojas bebió un trago largo de su copa y yo le imité.

—Está bien —dijo—. ¿Qué quiere saber?

—¿Cuánto hace que ha desaparecido? —pregunté mientras sacaba la libreta del bolsillo de la chaqueta.

—Cuatro días, en vísperas de Nochevieja. No se imagina lo duro que es pasar la Navidad sin tu hija.

Sí que lo sabía, y Clara Orozco también, ya que golpeó con discreción a su marido. Diego pareció comprender, y recapacitó.

—¿Cuándo fue la última vez que la vieron? —pregunté.

—El jueves. —Clara se adelantó a su consorte—. A mediodía dijo que se marchaba a casa de Elías, pero nunca llegó.

—¿Quién es Elías?

—Un chulito. —Bufó él.

—Diego, por favor. —Le recriminó su esposa.

—Es la verdad. A su familia le tocó la lotería hace unos años y se creen que pueden tutearnos o algo así.

—Eso no es culpa del muchacho.

—Todo lo que tengo me lo he ganado. Con el sudor de mi frente.

Quise añadir que, en realidad, lo había ganado con el sudor de otros, pero Clara me interrumpió.

—No le haga caso a Diego. Elías y él no se llevan demasiado bien.

—Parece que me imita. Se viste con chinos, zapatos italianos, se ha apuntado al club de regatas, al de tenis... Yo creo que quiere dar un braguetazo, para cuando se le agote la pasta a sus padres.

—¡Por Dios! —Clara miró en otra dirección.

—¿Dónde está Elías? —dije.

—Él no se la ha llevado.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no estaba en Alicante cuando pasó todo.

—Mi hija iba a despedirlo al aeropuerto —explicó la madre—. El chico se marchaba de viaje con su familia a pasar la Nochevieja en París. África quería ir con

él, pero Diego no se lo permitió.

—¿Están seguros de que no subió a ese avión?

—Completamente. —Diego apuró su copa de un trago y estuve tentado de hacer lo propio—. Hemos localizado a la familia en el hotel, y África no apareció por el aeropuerto. Me han jurado que no está con ellos, y yo les creo.

—Ojalá hubiera estado en Francia junto a Elías... —Clara Orozco se enjugó una lágrima huidiza que amenazaba con convertirse en la primera de muchas.

Conocía perfectamente esa sensación. Era una mezcla de rabia, impotencia, desesperación y profunda tristeza. Sin embargo, África ya era una mujer adulta, pese a su juventud, y difería bastante del caso de Jaime. Repasé los datos que había apuntado en la libreta. Aún quedaban lagunas en aquella historia.

—¿Cómo fue al aeropuerto? —Proseguí.

—Se llevó el coche —contestó Diego—. Se acababa de sacar el carnet. Yo sabía que no era buena idea. Martha Cecilia le había estado haciendo de chófer cuando había que llevarla a alguna parte. No entiendo esa insistencia en aprender a conducir.

—¿De qué clase de vehículo estamos hablando?

—¿A qué se refiere?

No aguantaba que me hablasen de usted a cada momento, pero ayudaba a mantener las distancias. Aún no sabía si me ocuparía de aquello. De momento estaba cumpliendo una promesa a Inés, nada más. Apuré mi copa y la dejé sobre el posavasos.

—Bueno, en la puerta había un Jaguar.

—Le regalamos un Renault Mégane para Nochebuena. —Clara me pasó una publicación sobre motor que había en un revistero—. Lo acabábamos de sacar del concesionario, como si dijéramos.

—Azul metalizado, ciento veinte caballos, diésel. —Añadió Diego—. Matrícula...

—¿Y el coche? —Le corté—. ¿Tampoco aparece?

Se miraron extrañados un segundo. Clara rompió el silencio.

—Por eso creemos que alguien se la ha llevado. No es solo que desaparezca a mitad de tarde, es que no hay ni rastro del Mégane. Y un coche no es fácil de esconder, ni de destruir.

—Deben de tenerlo oculto, al igual que a mi niña —dijo el padre—. No han tocado la tarjeta de crédito, y tiene el teléfono apagado.

—¿Teléfono?

—Le compramos un teléfono móvil por su cumpleaños.

Era complicado decir lo que tenía en mente, así que pensé con detenimiento las palabras que iba a usar. Estaba claro que aquello era una pérdida de tiempo.

—¿Alguna vez han tenido problemas con África?

—No, de ninguna manera. —Diego se levantó y fue personalmente a servirse una nueva copa—. Mi hija estaba muy unida a nosotros, nos lo contábamos todo.

—Saca sobresalientes en clase. Es una chica muy aplicada.

—¿Nunca han tenido ningún encontronazo, alguna discusión grave?

—Los normales en una familia. —Diego regresó a mi vera—. ¿Por qué lo pregunta?

Respiré hondo y hasta a mí llegó el cálido aroma a ron. Sin embargo, debía tener la cabeza fría, al menos de momento.

—¿Han pensado en la posibilidad de que su hija se haya marchado por voluntad propia?

Los miré de cara, haciendo frente a la indignación que con toda seguridad iban a sentir de un momento a otro. Para mi sorpresa, su reacción fue tranquila. Clara se llevó de nuevo el pañuelo a los ojos, esta vez con gesto más afligido. Diego Rojas, el adinerado patriarca, se inclinó hacia mí.

—Eso es absurdo —dijo, muy calmado—. Mi hija es la niña más feliz del mundo, que se entere. Tiene coche gratis, teléfono propio, una casa con piscina y tarjeta para sus gastos. ¿Por qué querría irse?

—No lo sé. Dígamelo usted.

—¿Quiere que le enseñe fotos de nuestras vacaciones en Nueva York? —Gritó—. ¿Quiere ver sus trofeos de hípica? ¿O el póster firmado por Brad Pitt de cuando conseguí que accediera a cenar con nosotros?

—Diego, por favor... —Clara intentó calmarle.

—No puede venir a mi casa a insultarme a la cara.

—Está bien, cálmese. —Abrí de nuevo la libreta—. ¿Tenían conocimiento de disputas con algún amigo o conocido?

—Nada que nos hubiera dicho.

—Enséñale el video. —Clara miró a su marido con ojos suplicantes.

El silencio apareció y se acrecentó en aquella sala abarrotada de recuerdos y decoración inútil. La pareja se miraba sin casi pestañear. Aquello no me gustaba.

—¿Qué video? —pregunté.

—Da igual. —Diego bebió un trago.

—No da igual. —Clara estalló—. ¡Enséñale el video!

Diego se llevó las manos a la cabeza y se rascó el pelo. Su mirada ya no era dura, sino indecisa, casi de sufrimiento.

—Está bien —dijo al fin—. Está bien.

No volvieron a dirigirse a mí mientras preparaban la cinta. Por un segundo imaginé un video íntimo de África con Elías, o tal vez uno similar a los que entregaba a mis clientes, con maridos infieles montándose con la secretaria.

Sin embargo, la realidad resultó ser muy distinta.

La calidad de imagen era nefasta. Una cámara fija situada en una zona elevada grababa en blanco y negro. En la esquina superior derecha aparecía una franja con la hora y la fecha, databa de dos semanas atrás. Acerté a reconocer la piscina con forma de balón de *rugby*, ya que estaba iluminada por luces subacuáticas. El resto era más difuso, con oscuridad en gran parte de la pantalla. A un lado se apreciaba una pared con una ventana, junto a unos arbustos del jardín. Por la distribución de la piscina y la esquina del muro, supuse que se trataba de la zona trasera de la casa.

—No vimos este video hasta hace poco —explicó Diego—. Y fue cuando empezamos a preocuparnos de verdad. Fíjese en esta parte.

Rojas me señaló con el dedo una zona oscura donde se apreciaba parte del seto, junto a la ventana. Durante unos instantes no sucedió nada, pero entonces el arbusto se movió. Una figura encorvada apareció en la pantalla. Estaba de espaldas, y así se acercó a la ventana, con movimientos muy lentos y medidos. Luego se asomó y miró a través del cristal. Se quedó allí unos quince segundos. Después giró el cuello, como si hubiera visto u oído algo, y se escabulló de nuevo entre la penumbra.

—He revisado el resto de cintas, y no hay nada. —Continuó Rojas—. Quienquiera que fuese, sabía la ubicación de las cámaras y cómo evitar a los perros.

Rebobiné y la volví a poner. Cuando apareció de nuevo el desconocido, pausé la cinta. Apenas se apreciaba nada, y mucho menos el rostro. Llevaba un gorro negro que le cubría el pelo, impidiendo saber si era blanco, rubio o negro. Del mismo modo, en ningún momento se giraba hacia la cámara, lo que alimentaba las sospechas de Diego de que se trataba de alguien que había estudiado la instalación. Los movimientos no parecían los de un ladrón, sino de alguien que acecha. Ya conocía la ferocidad de los perros, por lo que al intruso no le habría costado demasiado ganarse su confianza.

—¿Han tenido robos últimamente? —pregunté.

—Ninguno —contestó Diego—. Aunque en otras casas de por aquí cerca sí.

—¿Tiene alguna sospecha de por dónde pudo haber entrado?

—Ni idea. Pensábamos que con los muros ya teníamos intimidad y seguridad, pero esto es...

—¿No sonó la alarma?

—Solo se activa si alguien entra en la vivienda a la fuerza.

—Así que se quedó fuera. ¿Por qué lo haría?

—En cualquier otra circunstancia habría dicho que estaba estudiando el terreno para asaltar la casa otro día, tal vez cuando estuviésemos de viaje. Si me lo encuentro dentro, le suelto cuatro tiros. Tengo permiso de armas, ¿sabe? Guardo un revólver en la caja fuerte.

Omití su comentario homicida. Era lógico que, viviendo en una zona semiaislada, quisiera proteger a su familia con un arma de fuego. Recapitulé lo que había visto en el video. Algo no encajaba.

—No tiene sentido. ¿Para qué tomar tantas precauciones y luego dejarse grabar por una de las cámaras? Lo normal habría sido entrar el mismo día y no arriesgarse a repetir todo el proceso otra noche. ¿A dónde da esa ventana?

Su incomodidad fue la respuesta. Les costaba responder. Diego estaba furioso e irritado, pero Clara sollozaba tras nosotros.

—Es la habitación de África, ¿verdad? —dije.

Rojas asintió y abrazó a su esposa. Clara Orozco ocultó el rostro en su pecho y las lágrimas brotaron sin vergüenza ni remedio.

Me recosté de nuevo en mi sillón. El asunto era complejo. La única pista era una cinta de video donde solo se apreciaba una figura que se asomaba por el cristal. Apenas treinta segundos de metraje que no aportaban ninguna respuesta. No sabía si era un hombre o una mujer, blanco o negro, viejo o joven. Quizá, con un poco de suerte, podríamos perder el tiempo hasta averiguar la altura aproximada del sujeto, o tal vez sacar alguna huella parcial de la ventana. Era un callejón sin salida. No se podía hacer nada, salvo esperar.

Era demasiado similar a lo que le sucedió a Jaime, y como en aquella ocasión, no había forma de averiguar qué pasó o quién organizó la desaparición. Solo quedaba el fantasma de un hijo que jamás volvería a aparecer.

—Llaman a la policía —dije, y me levanté del sillón.

—No podemos hacer eso. —Rojas se incorporó, dejando a Clara en el sofá—. ¿Y si los secuestradores ven entrar en casa a un coche patrulla? Puede que la maten.

—Esto no es un secuestro. —Me puse la chaqueta—. Desapareció hace varios días y todavía no han pedido un rescate. El tiempo que han pasado sin llamar a la policía es tiempo que le han dado a quienquiera que se haya llevado a África para desaparecer y eliminar pruebas.

—Claro que es un secuestro. Soy una persona rica, y ellos lo saben. Solo están tanteando el terreno para desesperarme.

—Los rescates se piden rápido, precisamente para que al afectado no se le ocurran ideas locas como ir a la policía. Más vale que llamen a comisaría ahora mismo y les enseñen el video.

—Esas imágenes no son ninguna prueba.

—Pero valdrá para que empiecen a buscar.

—No nos haga esto, Roberto. —Clara me miró con los ojos convertidos en dos

cascadas—. Por favor, se lo suplico...

—Me duele decírselo, pero no les puedo ayudar. De verdad, por el bien de su hija y del suyo propio, pongan una denuncia lo más pronto posible.

—Es un secuestro, estoy seguro. —Diego me encaró con la valentía de los años pasados por bandera—. ¿Qué hacía ese tipo en la ventana? Nadie corre tantos riesgos para nada, usted lo ha dicho. Está claro que iba a por mi hija, no a por cualquiera. Si fuera un criminal y no me importase a quién secuestro, esperaría en un parque la ocasión oportuna.

Aún no sé cómo no le metí un puñetazo en la boca. Tal vez fuera la delicada ginebra azul que me había tragado, que me amansaba más que el alcohol barato que solía desayunar. No lo sé. El caso es que nunca supe si Rojas lo hizo por provocarme, o solo lo dijo por ignorancia, pero estuvo a punto de acabar en el hospital y yo en el calabozo.

—Buenos días. —Me despedí—. Espero que encuentren a su hija.

Se quedaron allí, en mitad de aquella jungla de fotos, muebles y cuadros. La asistente me acompañó todo el camino de vuelta. Los perros estaban atados cuando llegué a mi Ford.

Nadie regresa a casa cuando puede ir a un bar. A mí nunca me gustaron las cafeterías impersonales, o las franquicias clónicas. Un bar es el hogar de un tipo que te cede parte para que te tomes una cerveza acodado en la barra. Debe estar hecho a su imagen y semejanza. Desde los muebles a la clientela, todo tiene que indicar cómo es el dueño, si le gusta el fútbol o los toros, si la cocina es un lujo innecesario y solo sirve tapas frías o si es un restaurante familiar con música en directo.

Mi baremo para los bares se basaba en tres sencillas reglas. Primero, la prueba del boquerón. Si un garito no era capaz de hacer un boquerón en vinagre decente, es que no merecía la pena. Se debía constatar su tamaño, su textura y la combinación inmejorable con oliva sin hueso. En segundo lugar estaban los habituales, que debían ofrecer espectáculo tanto con sus actos como con sus conversaciones. Una alfombra de palillos, colillas y servilletas de papel era indicativo de un ágora moderno y funcional. Y por último, y tal vez más importante, estaba el precio de la cerveza. Para alguien condenado a la esclavitud del alcohol en las venas, la calidad de las rubias no era tan importante como el precio de la caña de barril. Y si además la ponían en jarras de litro, tanto mejor.

La taberna el Tugurio cumplía todos los requisitos. Apenas cinco mesas en el poco espacio habitable, todas ellas cojas. Las sillas de plástico barato lucían quemaduras de cigarrillos, los mismos que purificaban el aire con su eterno humo azul. La barra abarcaba buena parte del local, y en los taburetes se acodaban los de siempre. Estaba decorado con absurdos motivos navideños, como un reno con sombrerito de Papá Noel. Al fondo estaban las puertas de los minúsculos aseos. Al de hombres había que entrar vacunado y equipado con máscara antigás y botas de agua. El de mujeres tenía cerradura y, según contaba la leyenda, allí se guardaban fregonas y escobas que jamás se usaban.

El Tugurio era un antro, pero un antro acogedor. Que se jodieran las familias que buscaban cenar los fines de semana, porque este no era su lugar.

Cuando llegué a media tarde, después de visitar a Diego y a Clara, apenas había cuatro parroquianos parasitando el local. Mi taburete de siempre estaba ocupado por un tipo que jamás había visto. Me senté a su lado y saludé.

—Buenas tardes —dijo él sin mirarme.

Bebía un vaso de agua, y Benito, el dueño del Tugurio, lo miraba con desdén.

—¿Qué te pongo, Rob? —preguntó Benito.

—Una caña y unos boquerones.

—Marchando.

Siempre tomaba lo mismo, pero a Benito le gustaba que se lo pidieran. Le hacía

parecer importante, o qué se yo. Los boquerones flotaban en aceite apelmazado y casi reseco dentro de un expositor de cristal. Las inexistentes medidas higiénicas me hacían sospechar que los peces tendrían miles de enfermedades que la ciencia aún desconocía, pero como las mataba con alcohol no había problema.

—¿No bebes nada, amigo? —le dije al tipo que ocupaba mi localidad.

—Lo siento, soy abstemio.

—¿Cómo te llamas?

Me observó extrañado. Estaba claro que era la primera vez que pisaba el Tugurio, y tal vez pensó que se trataba de un bar gay.

—Amable Inchaustegui —contestó al cabo de unos segundos.

Me pareció raro que alguien se presentara con el apellido adosado al nombre. Aquel tipo era extraño, lo cual podía significar un buen fichaje como parroquiano del Tugurio.

—Yo soy Roberto. Tu apellido no es de por aquí.

Sin duda, creía que estaba intentando ligar con él. Si se asustaba y se marchaba, conseguía mi taburete, así que no perdía nada.

—Mi apellido es Cusac. En Albacete es más común, pero aquí la gente lo pronuncia igual que el actor ese tan malo de Hollywood.

—Cusac...

—Se pronuncia Ku-Sak. Como se lee.

Me fijé en si me guiñaba el ojo, pero en lugar de eso pareció más relajado.

—Hola, Cusac. Mi apellido es vasco. Soy del norte.

—¿Y qué haces en Alicante?

—No puedo volver. —Suspiró, y entonces supe que se iba a confesar conmigo—. Me apunté al Ejército. Cuando se enteraron en el pueblo, digamos que algunos me querían recibir con fuegos artificiales y algo de plomo.

Amable hablaba con dificultad, tal vez tratando de disimular su acento. Pese a su recatada personalidad, aún se sentía un militar. Ahora entendía por qué se había presentado con su apellido por delante. Le faltó cuadrarse ante mí.

—Está la cosa jodida, ¿no? —Proseguí.

—Como en todas partes.

Benito regresó con los boquerones y la caña. Depositó el pedido en mis narices, pero desplazó la cerveza hasta Amable.

—Las penas hay que mojarlas en alcohol —dijo Benito.

—Soy abstemio. —Hizo un ademán de disculpa—. Nunca he bebido.

—A esta te invito yo. Además, han cortado el agua. No ha entrado jamás nadie en este bar que no se haya tomado un litro por lo menos. Y si conseguí que aquellos mormones se tragasen mis brebajes, tú no vas a ser distinto.

—Algún día te partirán la cara. Lo sabes, ¿no? —Contesté.

—Que vengan a por mí. —Benito se limpió las manos con el mismo trapo con el que secaba los vasos—. Si no les gusta mi forma de hablar, que se vayan a uno de

esos pubs donde hacen monólogos, a ver si así se ríen.

Amable observó la jarra con curiosidad. Al final asintió y la levantó para brindar.

—Está bien —dijo—. ¿Qué podría pasar?

Pensé que se empieza con una cerveza, se sigue tomando copas los fines de semana, y se continúa en cada visita de los amigos. Y cuando desaparece tu hijo, entonces se vuelve tan habitual que hasta asusta. Así que solo te queda encontrar un lugar acogedor para vegetar y fusionarte con el mobiliario, como el Tugurio y sus conversaciones livianas que conseguían evadirme de todo.

En mi época de policía frecuentaba el bar frente a la comisaría. Allí iban casi todos los compañeros, pero cuando Jaime se esfumó decidí cortar por lo sano. Apenas me quedaban un par de amigos en el Cuerpo, y los veía poco. No quería una relación de amistad, ni que nadie me diera consejos o me dijera lo que tenía que hacer. Prefería colegas de circunstancias, como los que encontraba en el Tugurio.

Zacarías pasó por la acera esquivando el puesto de una castañera y entró golpeando con su bastón las patas de las sillas. Vendía cupones y era ciego, pero la sangre de los sinvergüenzas circulaba por sus venas. En una ocasión desaparecieron tres carteras la misma tarde, y aunque nadie podía probarlo, todos sospechaban de Zacarías.

—¿Cómo vas, Zac? —Saludó Benito al tiempo que me ponía una segunda caña para reemplazar la primera.

—¿Como que cómo voy? —Se quejó—. ¿Lo dices porque soy ciego?

—Sabes que no, capullo.

—Siempre me echas en cara mi minusvalía. Pues que sepas que gano con la ONCE más que tú con estos borrachos de mierda.

—Hola, Zac —dije.

—Sí, me refería a ti, Roberto. Borrachos, todos borrachos.

—Oiga, que yo solo me he tomado una. —Amable se giró para mirar al ciego.

—¿Quieres pelea? —Zacarías movió el bastón como una *majorette* americana—. ¿Es eso? Te voy a partir la cara.

—No, yo no quería... —Inchaustegui reculó un poco sin levantarse de mi taburete.

—Más os vale a todos no despertar la furia dormida de Zacarías. Aprendí la técnica del «mono borracho en el ojo del tigre» de un monje budista. Os puedo arrear a todos con los párpados cerrados o abiertos, me da igual.

—Deja de asustar a mis clientes, Bruce Lee. —Benito le sirvió una cerveza en un vaso de vino.

—Hoy os perdono la vida —dijo al tiempo que estiraba el brazo para agarrar la bebida—. Mañana no respondo de mis actos.

Después de aquello se sentó ante la tragaperras y se dedicó a echar monedas por la ranura. Nadie entendía cómo podía ganar jugando a ciegas, pero Zac lo conseguía. Comprobé que tenía la cartera en mi lugar y miré por la ventana. Ya había

anohecido. La oscuridad llegaba muy pronto. Tal vez demasiado.

El tiempo se dilató en el Tugurio. A una cerveza la siguió otra, y así hasta perder la cuenta. Las horas avanzaron, y al cabo de un rato me apetecía llegar a casa, abrir una botella de algo más fuerte y beber hasta caer rendido.

Me despedí de la parroquia y me marché caminando. No estaba lejos de mi piso, y si movía el coche sabía que sería complicado encontrar aparcamiento. Las últimas castañeras apagaban el carbón y se retiraban del frío. Pasé ante escaparates de jugueterías y recordé lo mucho que me costaba decidir qué comprarle a Jaime. Buscaba algo divertido, pero que le estimulase y le ayudase a desarrollar su inteligencia. Bloques de colores, libros infantiles en inglés o juegos que incluyeran música. Nada de pistolas y coches. Eso quedaba para el trabajo, para la vida real.

Me detuve ante la cristalera y me imaginé con Jaime de la mano. Me preguntaba qué juguete elegiría él, y cuál le compraría yo. En mi fantasía también entraba Inés, que me agarraba del brazo mientras señalaba un helicóptero teledirigido. Ella y sus ansias de volar lejos, de desaparecer, de mirar al mundo como si las personas solo fueran hormigas que nada importan. Al otro lado, Jaime con las dos manos pegadas en el cristal, preguntando dónde estaban los Reyes Magos, mirando aquel lugar mágico con la ilusión en las pupilas. Y yo, Roberto Cusac, simplemente miraría el vidrio que nos reflejaba como una familia, una más, una cualquiera, sin darme cuenta de que era un espejismo.

Al igual que ellos, yo también observaba mis sueños.

Un chirriar de ruedas sobre el asfalto me devolvió a mi realidad de padre fracasado. Me fijé en el cristal. Había unas huellas de manos de niño, de un niño como Jaime. Miré alrededor por inercia, sabiendo que era imposible, pero decepcionándome de igual manera al no encontrarlo cerca. Pensé que necesitaba ese trago con urgencia y continué atravesando las negras calles de Alicante.

Las luces de Navidad estaban por todas partes. La gente iba y venía, aunque pocos manifestaban la alegría inmensa que nos prometían los medios y que todos debíamos sentir. Aquella época no era más que la mitad del invierno, gastos desmedidos y desencanto por una satisfacción ficticia que nunca iba a llegar. Las uvas sabían agrias, y los mantecados se atascaban en la garganta. Las luces de colores no hacían sino recordarnos que otros sí que disfrutaban de vacaciones pagadas y viajes al extranjero, lo que alimentaba el odio hacia el vecino.

Frustración y odio. Bienvenidos a la Navidad.

Al llegar a casa vi una figura apoyada en el portal. Pasaban de las diez, y hacía frío, pero allí seguía. Cuando me aproximé supe que la noche solo podía complicarse.

—Hola, Inés.

—Das pena —contestó.

Nos recibió el olor acre de excrementos de periquito. Notario estaba suelto, dormitando en lo alto de la puerta abierta de un armario de cocina. El muy pájaro se había pegado un baño con un vaso de agua olvidado y tenía las plumas mojadas y pegajosas.

El problema de no esperar visitas era que lo tenía todo patas arriba. El apartamento era pequeño, pero aún parecía más minúsculo con tanto trasto inútil por doquier. Los cacharros de la cocina se apilaban desde tiempos inmemoriales, y no era una exageración. Teniendo en cuenta que lo que más gastaba eran vasos y que comía fuera, prefería no recordar el tiempo que llevaban allí. Todo lo que pudiera usarse de superficie estaba cubierto de periódicos viejos, publicidad de comida a domicilio, ropa arrugada y la omnipresente mierda de periquito. En mitad del salón había una señal de STOP que robé de una obra durante una borrachera, o eso creía, ya que las lagunas en mi cabeza durante esos momentos eran constantes y hasta necesarias para no culpabilizarme aún más.

—Esto es un desastre —dijo Inés—. Deberías contratar a alguien que te limpie aunque sea una vez al mes.

—Yo solo me basto para todo, no te preocupes.

—Cuando te conocí no eras así. —Ahuecó el sofá de cajas de *pizza* y se sentó—. Recuerdo que te gustaba cocinar, que hasta me reñías si no dejaba el aseo en perfecto estado después de ducharme.

—Aquello lo arreglamos duchándonos juntos, ¿recuerdas?

—Fue de lo poco que pudimos arreglar.

—Porque todo lo demás funcionaba.

—Hasta que se derrumbó.

No añadí nada más. Estaba claro que íbamos a hablar del pasado, del dolor, quizá hacer la terapia de pareja que abandonamos a mitad para sumirnos cada uno en su pesadilla particular. Abrí la nevera, pero ya sabía que encontraría el medio limón con el que aliñaba el vodka y unas patatas arrugadas. Tropecé con dos vasos más limpios que el resto, los enjuagué rápido y los llené de agua.

—¿Aquí traes a tus clientes? —preguntó Inés cuando llegué a su lado.

—Lo dices como si fuera una prostituta.

—Ya me entiendes.

—Me llaman por teléfono y los visito yo —contesté, mientras me sentaba a su lado—. No tengo dinero para alquilar una oficina y contratar a una secretaria. El trabajo me da para ir tirando, pero nada más. Casi nunca estoy en casa.

—Cualquiera lo diría. He visto estercoleros con menos basura.

—Quizá sería buena idea limpiar de vez en cuando.

Aunque lo cierto era que no sabía ni dónde tenía la escoba y la fregona. Desaparecieron el mismo día que apareció la señal de tráfico. Quizá las perdí a las cartas.

—Entonces vas a visitar a tus clientes a sus hogares, ¿cierto? —Asentí—. ¿Y también los dejas tirados después de que depositen su confianza en ti?

—Has hablado con Clara.

—Me ha llamado histérica, Roberto. No sabes cuánto les costó decidirse a llamarte. Estaban aterrados, y no se atrevían a ir a la policía por si el secuestrador mataba a África. Y después vas tú y los dejas en la estacada.

—No es un secuestro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has visto el video?

—Con esa pista no se puede hacer nada.

—Antes o después pedirán un rescate. Tú lo sabes, son una familia con dinero. ¿Por qué si no llevarse a su única hija?

—Hay muchos motivos, y lo cierto es que no quiero pensar mucho en ellos.

La sombra de Jaime apareció en la habitación. Muchas veces me preguntaba, y estaba seguro de que ella también, por qué se llevaron a nuestro hijo. Aposté por la pederastia, y no obtuve resultado. Había cientos de razones, desde las más descabelladas a las más sencillas, para llevarse a un niño. Estaba claro que el sexo y el dinero es lo que siempre ha movido a nuestra sociedad a cometer los mayores crímenes imaginables, pero había otras causas. Durante estos años he llegado a pensar en un secuestro por motivos emocionales, es decir, para que otra pareja lo eduque como propio, tal vez en otro país con una historia llena de mentiras. Pensé que Jaime estaba muerto y sus órganos donados a alguna red de tráfico ilegal. Puede que alguna mente perturbada necesitase niños para experimentar con ellos, igual que hacían en el nazismo. Hasta leí casos de combustión espontánea y desapariciones astrales, con gente que se esfuma en una parte del mundo y aparece en la contraria. Al final, lo único claro que te queda es que alguien ha desaparecido y tú no has podido hacer nada por encontrarlo.

—No puedo meterme en un caso así, Inés. Te lo dije cuando hablamos la primera vez.

—Y yo te supliqué que lo hicieras.

—Tienen que llamar a la policía, es lo más sensato.

—No se atreven, ya te lo he dicho.

—Pues que contraten a otro detective más cualificado. Si quieren, les puedo pasar referencias.

—No confían en nadie. ¿Tanto trabajo te cuesta darles un poco de esperanza?

—¿Esperanza? ¿A quién? ¿A ellos, o a ti?

Inés me escrutó con ojos duros. No había probado el agua, y estaba convencido de que llevaba varias horas esperando en el portal a que yo apareciera. No había

cenado, y no quería que por este asunto regresara a la ruina de dejar de comer.

—Roberto, me ha costado mucho afrontar lo de Jaime y retomar mi vida, preocuparme por mí, como para regresar a aquello.

—¿Y por qué te empeñas en que yo vuelva a la locura?

—¡Porque tú no lo has asimilado! —Gritó—. Mira a tu alrededor. Vives en la inmundicia. ¿Esta es tu forma de suicidio? ¿Abandonarte hasta desaparecer?

—No lo entiendes, Inés.

Se acercó a mi lado y puso una mano en mi rodilla. El contacto físico tuvo en mí un efecto extraño, entre tranquilizador y estimulante.

—Eres tú quien no lo entiende, Roberto. No fue culpa tuya.

—¿Qué?

—No tuviste la culpa de que Jaime desapareciera. —Repitió—. Yo he aprendido a perdonarte, con los años y la distancia. Ahora debes hacerlo tú.

—¿Y crees que encontrando a África Rojas lo conseguiré?

—Eso lo sabremos con el tiempo. Lo único que tengo claro es que tú mejor que nadie sabes por lo que está pasando esa familia. Y sé que puedes hacerlo, Roberto. Lo llevas en la sangre.

Sentí las lágrimas escapar de mis ojos. Me tapé la cara con la mano, pero Inés la retiró y me abrazó. No pude retener el llanto por más tiempo.

—Era nuestro hijo, Inés —dije—. Lo perdí delante de mis propias narices. No lo encontré nunca, perdí el tiempo detrás de Barrachina... ¿No te das cuenta de que no puedo, de que soy completamente incapaz de encontrar a nadie?

—Debes perdonarte, Roberto. De verdad, perdónate. Ayúdate y ayuda a los Rojas.

—No puedes pedírmelo, de verdad. Lo he intentado. Los he visitado, pero no hay nada que hacer. No me hagas revivir la misma pesadilla dos veces.

Inés aflojó la presión y se puso cabeza con cabeza, las dos frentes tocándose, la visión doble por tenerla tan cerca. Sentí su cálido aliento, ese mismo que tantas veces me había animado y endulzado años atrás, y ella debió sentir el mío, agrio y podrido de tanto alcohol. Intuí la cercanía de sus labios, y no supe si debía besarla o tirarme por la ventana. No estaba excitado, no con el fantasma de Jaime en la habitación, con el pasado retumbando por todo mi cuerpo, con su látigo abriendo las heridas cerradas y remarcando su profundidad.

—También era hijo mío —dijo.

Permanecimos en silencio, llorando y mirándonos fijamente. Ella me cogió de la mano y la acarició. Yo aplaqué el impulso de acariciarle el cabello, pero ella dejó mi mano sobre su pierna. Tenía la sensación de volver a ser una pareja, de conectar con otra alma y entender sus sentimientos gracias al amor.

El teléfono nos despertó con su estridente timbre. Ella se retiró hacia atrás y se puso en pie, de espaldas a la pared. Supe que había pasado algo al separarnos de nuevo, ya que el mundo volvió a ser gris y frío.

Agarré el auricular y contesté con desgana.

—Roberto Cusac, dígame.

—¿Roberto? —La voz de Diego Rojas me llegó nítida—. Hemos recibido una nota. Piden un rescate. Es un secuestro.

Nunca había visto tantas faltas ortográficas juntas. Por un momento pensé que lo habían escrito así a propósito, para despistar.

—Ha llegado hace un par de horas —me explicó Diego Rojas—. Lo encontró Martha Cecilia cuando fue a echarles pienso a los perros.

Inés decidió acompañarme. Durante el trayecto hasta la finca de los Rojas apenas hablamos. Un «te lo dije» flotaba en el aire, pero no lo llegó a decir en ningún momento. Al llegar, Diego estaba muy nervioso y medio borracho, por lo que sentí una gran envidia. Clara se había tomado un tranquilizante y era una especie de zombi sentada en una butaca. Martha Cecilia se encontraba a su lado, sosteniendo su mano. Inés se unió al trío mientras Diego y yo observábamos aquel trozo de papel.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Estaba en el comedero de los perros. —Rojas magreaba un escocés de veinte años servido en copa—. ¿No es así, Martha Cecilia?

La asistenta se levantó para hablar, como si se encontrase en un colegio privado donde la educación se rige por los modales asimilados a través de la disciplina.

—Así es, señor —dijo—. Tenemos a los perros fuera, y en uno de los cacharros vi un sobre grande.

—Está cerca del muro —continuó Diego—. Alguien debió tirarlo por encima. Dios, ¿cuánto tiempo llevaría allí?

No mucho, vista la fecha del canje, prevista para la tarde siguiente a las 19.00, cuando ya habría anochecido. Citaban a Diego en el centro comercial Puerta de Alicante. Era una zona bastante concurrida, con nuevas edificaciones y dos colegios. No parecía el lugar más indicado para hacer un intercambio.

—Piden que vaya solo, que me están vigilando.

—No es cierto, así que tranquilícese un poco.

—Mi pobre hija... —Balbuceó Clara.

—La encontraremos, no se preocupe.

—¿Y cómo sabe que no me están vigilando? —preguntó Diego, casi fuera de sí—. El video demuestra que nos llevan espiando desde hacía tiempo.

—¡Mi niña! —Lloró la madre.

—Vamos a otra habitación y le explicaré cómo funciona esto —le dije.

Abandonamos a las mujeres en el salón y esquivamos muebles inútiles hasta llegar al despacho de Diego. Destacaba un escudo del ejército junto a varios recuerdos de su pasado militar. Un ordenador de sobremesa presidía un enorme escritorio de caoba. Las paredes estaban tapizadas de fotografías de Rojas junto a cantantes, políticos, actores y futbolistas. Aquel era su pequeño reino de tranquilidad

en mitad del imperio de su casa y negocios, el nexo de unión del mundo y el titán.

—Aún no me puedo creer que esto esté sucediendo. —Diego abrió un discreto minibar y sacó un par de botellitas de licor.

—No se asuste, podemos resolverlo.

—¿Alguna vez se ha enfrentado a algo así?

—Cuando era policía. Tuve que asistir a un par de secuestros exprés, y todos terminaron de manera satisfactoria. Pero para hacer esto necesitamos tener la cabeza fría, ¿me entiende?

Diego Rojas se recostó en su sillón con ruedas y dejó el alcohol al alcance de la mano. Era mejor que no siguiera bebiendo, y aunque tenía ganas de apurar el culo de los vasos, prefería mantener una pose de abstemio. Confiaban en mí, y tenía que resolverlo como fuera.

Sostenía la carta de rescate en mi mano. Estaba escrita a bolígrafo, en letras mayúsculas irregulares. No se trataba del original, sino de una fotocopia. Tal vez el secuestrador pensó que así evitaba posibles huellas o pelos, o que por la tinta del bolígrafo podían rastrearle hasta su guarida. Alguien había visto muchas películas, y se notaba.

—«Tenemos a su hija. —Leí en voz alta—. No llame a la policía si quiere volver a verla con vida. El rescate es de cien mil euros. Venga solo al *parking* del sentro comercial Puerta de Alicante el miércoles a las siete de la tarde».

—La podría recitar de memoria —contestó, abatido.

—Esta carta la ha escrito un aficionado, no una banda organizada. Fíjese que ni siquiera está a ordenador. No se pueden sacar pistas de aquí, pero un buen grafólogo tendría material para trabajar. Las faltas son numerosas, pero la más clara es esta —le señalé el pasaje concreto—, donde le pide que vaya al «sentro» comercial. Con las otras aun nos podría confundir. Podría tratarse de algún sudamericano, tal vez colombiano. Apostaría a que es un delincuente común que se ha encontrado con este secuestro caído del cielo. Además, piden poco dinero. Está claro que si fueran en serio le dejarían sin un céntimo. Cien mil euros no es tanto para alguien como usted. Con vender el coche de la puerta ya tendría subsanada la deuda.

Apenas hizo caso a mis puntualizaciones sobre su fortuna.

—Entonces, ¿no nos vigilan?

—¿Cómo van a hacerlo? Clara y usted viven en una zona muy amplia. No podrían aparcar en su puerta y esperar sin que los vecinos se dieran cuenta. Es un farol para que no llame a la policía.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Llamar a la policía.

La transformación de Jeckyl en Hyde tuvo que ser algo similar. Diego Rojas dejó de respirar y su rostro tomó un matiz escarlata. Las venas del cuello se le hincharon, los ojos se le inyectaron en sangre y apretó los dientes hasta que se le marcó la mandíbula.

—¡Pero qué cojones...!

—Calma. —Le interrumpí.

—¡Dicen muy claramente que si llamamos a la policía matan a mi hija!

—No lo harán, créame. Esta gente no son asesinos, sino oportunistas.

—Jamás correré ese riesgo. ¡Es mi niña!

—Vamos a ver. —Me senté en la silla que había frente a él, donde los contables encogían a la hora de mostrarle los libros en B—. La cita es mañana. No hay tiempo para organizar un rescate más elaborado. Ni siquiera le han llamado por teléfono, ni le dan la posibilidad de hacerlo. O jugamos con sus reglas y perdemos, o aviso a un amigo del Cuerpo para que monte un dispositivo de vigilancia y localizamos a ese cabrón en cuanto ponga un pie en el *parking*.

—¿Por qué no pagamos y dejamos que nos devuelvan a África?

—Porque no podemos confiar en ellos. ¿Y si en lugar de devolvérsela le amenazan más y se llevan el dinero? ¿Hasta cuando aguantará?

—Usted es el detective. ¿No puede seguirles?

—No es tan sencillo. Necesitamos a más gente, y usted y yo estamos solos.

—Pero... si ven a un policía, entonces...

—Irán de incógnito. Cuando trabajaba en la Policía Nacional hicimos más de un trabajo de este tipo, y la prensa nunca se enteró. Si quiere discreción, la tendrá.

Diego Rojas se derrumbó sobre su sillón. Encendió un cigarro y aspiró una larga calada. Descolgó una foto en la que aparecían los tres miembros de la familia junto a Julio Iglesias en lo que parecía una cena privada, y acarició el rostro de África.

—En mi profesión siempre está todo bajo control. Por ejemplo, necesitamos betún para trabajar, y cada mes me pasan los precios. Los proveedores me llaman a mi oficina, pero lo más gracioso es que recibo todas las llamadas en una hora. No hace falta ser un lince para saber que me telefonan tras la reunión donde pactan los precios. Es una práctica ilegal, pero así funciona el mundo. —Se giró hacia mí—. Todo tiene unas reglas claras. Hasta ahora, que no sé qué hacer...

—Confíe en mí. Son la gente adecuada.

—¿Cómo se llama su amigo?

—Antonio Ramos —contesté—. Y es el policía más honrado que conozco.

El problema de los sitios con clase como el Tugurio era que no servían desayunos. Son locales que abrían a media tarde, cuando los hombres de bien han terminado de trabajar y todos los demás despertábamos de la resaca del día anterior. Benito mantenía la cafetera porque le venía con el traspaso y a veces había que calentar agua. Por ello tuve que replantearme mis hábitos y bajar las orejas para entrar a la Tasca PP.

Hacía años que no entraba al PP para no encontrarme con viejos compañeros. Era el bar de los policías, donde iban todos los días a almorzar, comer, y por supuesto, beber. Su dueño era Pascual Pérez, de ahí las siglas. Recordaba que se enfadaba mucho cuando le desaparecía un salero o el cenicero de publicidad. Decía que a su bar solo entraban maderos, nada de chorizos, por lo que había alguien que había cruzado al otro lado de la ley. Nosotros le prometíamos que abriríamos una investigación y no descansaríamos hasta encontrar al culpable, pero que mientras tanto teníamos que precintar el bar como escena del delito. No solía hacerle demasiada gracia.

Aquella mañana el PP estaba abierto a las ocho de la mañana. Aún era de noche y apenas había dado un par de cabezadas antes de venir. El turno de día se arremolinaba alrededor de la barra, tomando carajillos bien cargados a la espera de un nuevo día de vigilar a delincuentes vestidos de Papá Noel. Los locales lo tenían peor, ya que debían cortar calles y redirigir el tráfico en mitad de la cabalgata de Reyes. La Navidad apestaba, y solo deseaba que pasase rápido y entrásemos en la rutina habitual, con los medios recordándonos lo dura que era la cuesta de enero.

Reconocía a algunos viejos compañeros de patrulla. Los saludé con distancia y la frialdad fue mutua. Cuando trabajaba todo eran bromas y familiaridad, y aunque siempre había algún trepa, la mayoría nos llevábamos bien. Sin embargo, al marcharme todo fueron caras largas e indiferencia. Me despedí de algunos a los que consideraba amigos y pareció darles igual. Era como si al saber que ya no trabajaría junto a ellos hubiera dejado de tener importancia. Parecía que me fuera a cambiar el coche de lugar y volver a entrar al cabo de unos minutos. No esperaba una fiesta de despedida ni nada de eso, pero su desprecio era casi palpable. Mi hijo había desaparecido, tenía un expediente abierto y ya era un paria que les podía contagiar la mala suerte.

Por eso no quería volver a la Tasca PP. Aquello era lo de siempre, revolver el pasado, ver a gente a la que parece que todo les va bien, mientras que tú te has sumido en miseria y llanto.

—¿Roberto? —Escuché una voz a mi espalda—. ¿Eres tú?

Se trataba de Pilar Hurtado. Habíamos servido juntos durante un par de meses, los mismos que llevaba en Homicidios con Ramos como compañero. Era una chica agradable, con ideales claros a pesar de los años de trabajo y la adicción a la nicotina.

—Cuánto tiempo, Pilar.

—¿Qué haces por aquí? Te habíamos perdido la pista.

—He quedado con Antonio. Tengo que consultarle un asunto.

—¿Ramos? Ese desgraciado ni se limpiaría el culo a no ser que saque algún beneficio. Pero oye, vamos a sentarnos en una mesa y me cuentas tu vida.

—No hay mucho que decir. Estoy de detective, buscando a maridos cornudos o a morosos que se escabullen del banco. A veces hago trabajitos de seguridad, en conciertos y cosas así. No es nada apasionante, ya ves.

—Oye, pues si algún día necesitas que te eche un cable, no tienes más que avisarme.

Pilar era un encanto, pero a la hora de la verdad le costaba saltarse las normas. Al contrario que Ramos, ella seguía a pies juntillas todo lo que le dictaban sus superiores, y su única forma de insurrección era ante casos realmente injustos. En una ocasión se enfrentó al mismísimo comisario Llorente para no entregarle al juez un drogata que no era más que un cabeza de turco de un ajuste de cuentas que llegaba a la cúpula de la mafia local, el temido Luis Sandoval. Al final, el caso se le fue de las manos, el yonqui acabó entre rejas y Sandoval siguió ejerciendo su control en la ciudad desde su púlpito de empresario respetable. Por ello, Pilar podía ser buena amiga, pero estaba convencido de que si le pedía que me sacara los antecedentes de algún capullo, se iba a rajarse y lo mismo hasta empezaba a vigilarme. Las buenas personas no son lo que necesita la policía.

—Te lo agradezco, Pilar. Cuando necesite cualquier cosa, serás la primera en saberlo.

—Entonces, ¿nos sentamos?

—No hace falta. Antonio no tardará en llegar.

Cuando hablas del demonio, muchas veces aparece. Ramos cruzó el umbral de la puerta con ese estilo de andar que tienen los que viven en un cabreo constante con el mundo. Había engordado algo desde la última vez que lo vi, quizá debido a la ingesta compulsiva de gambas de aquellas fechas, aunque mantenía la misma cara de cabrón. Cruzó la mirada con Pilar y la tensión entre ellos pareció cristalizar.

—Hombre, Pili —dijo al llegar a nuestro lado—. ¿Ahora te van los expolis?

—Que te jodan, Ramos —contestó.

—Ten cuidado, no te contagies de ninguna enfermedad.

—Me pondré guantes de látex, igual que cuando trato contigo. —Pilar le miró con desprecio.

—Se lo decía a Roberto, creída. —Me palmeó la espalda—. Anda, vamos lejos de este nido de liendres.

Hurtado me hizo un gesto de que no pasaba nada y nos dirigimos hacia el fondo

del local, donde había unas cuantas mesas.

—¿Qué te pasa con ella? —pregunté—. Antes os llevabais bien.

—Cuanto más conoces a una persona, peor te cae. ¿Nunca has trabajado con alguien a quien has terminado odiando?

—Fuimos compañeros durante dos años, ¿lo olvidas?

—Gilipollas...

Había visto a Ramos un par de veces desde que dejé la policía. Quedábamos, hablábamos de cualquier idiotez y nos emplazábamos para la siguiente ocasión. Antonio provenía de Madrid, donde se ganó el sobrenombre de «Mierda de Perro» por algo que jamás me ha explicado. Tuvo problemas y pidió el traslado. Cuando llegó a Alicante, me convertí en su compañero y, durante bastante tiempo, en su único amigo. Íbamos juntos a la playa con nuestras respectivas familias, o quedábamos después de algún turno infernal para jugar al billar. Siempre hubo complicidad, y de vez en cuando lo llamaba para solicitar información. Al contrario que Pilar, nunca me ponía ninguna pega. Solo le reprocho el no haberme dejado pegarle un tiro a Barrachina. Habría ido directo a Fontcalent, en régimen de aislamiento para que los demás presos no se cebaran con un poli caído en desgracia, pero habría un pedófilo menos en el mundo.

—¿Cómo te va, Rob? —dijo—. Me has hecho madrugar, ¿lo sabías?

—Usted disculpe, señor inspector. —Le dediqué un saludo marcial—. La próxima vez hablaré directamente con su secretaria y reservaré toda una planta del Hotel Gran Sol.

—Y yo te daré una patada en esos cojones tan grandes que parece tener.

—¿Acaso prefiere su merced el Meliá?

—En todo caso el D'Angelo. Pero nada de morenitas.

El camarero nos tomó nota. El carajillo de Baileys aún era el preferido de los policías de Alicante. Se rumoreaba que hacía crecer el bigote, pero nadie garantizaba que fuera debajo de la nariz. En la radio sonaba una canción de Serrat y Pascual le dio volumen.

—A este tío le encantan los cantautores. —Se quejó Antonio.

—Siempre ha dicho que era de izquierdas.

—Y luego no da de alta a los camareros en la Seguridad Social. Vaya rojo está hecho.

—Pues ya lo ves, tarareando canciones protesta. «Entre estos tipos y yo hay algo personal...». —Canturreé.

—Los autocantantes, como yo los llamo, son el ejemplo claro de la hipocresía. Empiezan en mitad de la calle con letras antisistema. Que si mayo del 68, que si subcomandante Marcos... Y cuando les ficha una discográfica siguen con la misma cantinela a pesar de que están podridos a pasta. Conducen un Mercedes de miedo y se ponen zapatillas ensambladas en China por niños de ocho años. Joder, ¿quiénes son ellos para dar ejemplo de lucha contra las injusticias cuando nadan en billetes? Los

policías, los que nos damos de hostias cada día a pie de calle con drogadictos que amenazan a viejas con jeringas infectadas, nosotros somos los verdaderos héroes del siglo XXI. ¿Por qué siempre aparecemos en las canciones como capullos autoritarios y represores?

—Porque lo sois.

—Bueno, pero eso es porque nos dan ideas esas canciones. Los yanquis sí que se lo montan bien, con agentes bajando gatitos de los árboles y ayudando a las abuelas a cruzar la calle.

—Eso lo hacen los bomberos.

—Me importa un huevo. El caso es que si me encuentro a un melencuado cantando a la libertad, le meto la guitarra por el culo y le hago saltar a la pata coja, a ver si le da gusto. Maricones de mierda...

El camarero regresó con los cafés. Antonio pareció calmarse un poco y lo pagó todo sin darme tiempo a pedirle que no lo hiciera.

—En fin, estoy seguro de que no me has llamado para oírme soltar basura contra los supuestos herederos de Kurt Cobain.

—El tema es que...

—Kurt Cobain. —Me interrumpió—. Ese sí que supo hacerlo bien. Un tiro en la cabeza y a la mierda todo.

—Estás hablando solo, ¿lo sabías?

—¿Has dicho algo?

—Estoy en mitad de un caso complicado —le expliqué—. Necesito que me eches una mano. Una mano muy grande.

—¿Qué es esta vez? ¿Otro insolvente?

—¿Por qué todos creéis que solo me dedico a buscar a morosos?

—Porque las últimas cien veces que me has llamado era para saber los asociados conocidos de tipos que no devolvían el crédito al banco.

—En esta ocasión es diferente.

—¿Quién ha desaparecido?

—Una chica.

Antonio me observó con extrañeza. Sabía que no me dedicaba al tema de los niños desaparecidos. Alguna vez me había puesto en contacto con familias desesperadas, y a todas les dije que no sin siquiera una visita de cortesía, como con la familia Rojas.

—¿Y qué haces tú investigando una desaparición de una menor?

—Tiene dieciocho recién cumplidos.

—En ese caso habrá mandado a la mierda a los padres, y estos no te lo dicen para que no te rajes. No le des más vueltas, o acabarás quemado.

—No es eso.

—¿Has descubierto algo que no me cuentas?

—Los padres han recibido una carta de secuestro.

En ese momento conseguí toda la atención de Ramos. El tema se ponía serio. La policía siempre tenía veinte casos abiertos a la vez, y la única duda que les quedaba era cuáles tenían mayor prioridad. Una prostituta apaleada quedaba al final del montón, con los robos de carteristas comunes o las quejas vecinales de perros que se cagan en las aceras. Un secuestro significaba dejar de lado todo lo que pudiera esperar y poner en marcha a un nutrido grupo de agentes.

—¿De quién se trata?

—Los padres no quieren hacerlo público. Tienen miedo de que les estén vigilando.

—Entonces que vengan a comisaría.

—Tampoco querrán. Están aterrados.

—¿Y tú eres su interlocutor? No me jodas. Si quieren que actuemos, tienen que presentar una denuncia formal y plantarse delante del comisario.

—No van a moverse de su casa, pero están esperando tu llamada.

Le mostré la carta de rescate. La leyó a toda prisa, se miró el reloj y me clavó las pupilas.

—El intercambio es para hoy.

—Por eso te he hecho madrugar. Tenemos que poner esto en marcha ahora mismo. Estoy autorizado por la familia para presentar la denuncia y aportar todos los datos que queráis.

Le mostré un papel firmado por Diego Rojas en el que delegaba en mi persona todas sus funciones en este asunto.

—No puede haber policías en los alrededores de su domicilio. He quedado con él en que esperaremos en las inmediaciones de la Avenida de Orihuela a que pase. El tipo conduce un Jaguar, por lo que si se ve en líos no tiene más que acelerar por la autovía. Me ha dado dinero para que compre un teléfono móvil y así estar en contacto continuamente. Él es el único que sabe que estaréis por allí. Ni siquiera se lo ha dicho a su mujer.

—Pareces tener las ideas muy claras. —Se recostó en la silla—. Dime, ¿para qué me necesitas?

—No pienso hacerlo solo. Hay una chica en peligro, y el que ha escrito esta carta seguro que cuenta con cómplices. Si no actuáis, nunca la encontraremos.

Nunca supe por qué le había dicho aquello. Puede que quisiera tocar su fibra sensible, casi sin saberlo. Hablar de ella y vincularlo a la desaparición de Jaime.

—Se lo comentaré al Inspector Jefe Miñarro —dijo al fin—. Pero tendrás que venir con nosotros.

—Consideradme parte de la familia.

—Siempre lo he hecho, capullo.

Pasé horas en comisaría, contando todos los detalles. Les hice un resumen muy fidedigno y llamaron a Diego al despacho para ultimar todos los detalles. Pese a mi negativa, insistieron en enviar a un agente a su casa camuflado de fontanero, pero Rojas se cerró en banda. Dijo que jamás le abriría, que si querían entrar más les valía tirar la puerta abajo con una tanqueta. Tuve que hablar con él para que accediera, al menos, a colocarse un micro para poder saber lo que le ocurría. Tras una agria discusión, accedió a lo que pedían.

Durante el descanso para comer me acerqué a un centro comercial y compré un teléfono móvil. Siguiendo las indicaciones de Diego, ya que él era el experto y además lo subvencionaba con su dinero, opté por uno de tarjeta de saldo. Había varias marcas, a cada cual más siniestra, pero me decanté por una de origen finlandés. El manejo del cacharro era sencillo, como el de un teléfono normal, salvo por los menús y envíos de mensajes. El dependiente hizo un máster de paciencia conmigo y me explicó lo más básico para poder sobrevivir al día de hoy. Después llamé a Rojas a su número privado de móvil.

—Diego, soy Roberto Cusac.

—¿Ya ha comprado el móvil?

—Sí. ¿Quiere apuntar el número?

—No es necesario: lo estoy viendo en la pantalla.

El progreso siempre me había impresionado, pero que supiera el número antes de decirlo era hasta perturbador.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Nervioso. Al borde del infarto. Llevo todo el día recluido en el despacho. Clara piensa que me voy a suicidar, la pobre.

No le pregunté por qué no había ido al banco a por el dinero. Su respuesta indicaba que tenía eso y más en su caja fuerte o quizá era la cifra con la que salía a comprar tabaco a la calle.

—¿Inés sigue en su casa?

—Está con mi esposa y Martha Cecilia. Ninguna de las tres se ha movido del salón salvo para ir a la cocina o al baño.

—No pasará nada. —Lo calmé—. Todo saldrá bien, ya verá. África volverá sana y salva.

—Dios, ojalá sea cierto... Gastaremos una fortuna en psicólogos, pero con tal de tener a mi niña en casa me corto el cuello si es preciso.

—No hará falta llegar hasta ese extremo. ¿Sabe lo que tiene que hacer?

—Lo he repasado por teléfono junto a su amigo, el agente Ramos, y ese señor

tartamudo.

—El Inspector Jefe Miñarro, sí.

—Exacto.

—Dígalo en voz alta. Quiero oírsele.

Diego Rojas carraspeó. Lo imaginé abatido en su sillón de piel, con la camisa arrugada y la marca de sudor bajo la axila. Estuve tentado de sugerirle una ducha, pero ya habría tiempo para eso.

—A las seis en punto saldré de casa. No iré demasiado deprisa y comprobaré que nadie me sigue. Pasada la rotonda de entrada me encontraré con ustedes en un Clío azul. Al llegar al centro comercial, esperaré a que me contacten, y les entregaré el dinero. Y...

—No se preocupe por nada. —Le eché una mano—. Solo actuaremos cuando lo tengamos todo claro. Si no vemos a su hija, no moveremos un dedo. ¿Está más tranquilo respecto a lo de llevar un micrófono?

—Para nada. No quiero que entre nadie en casa. Y menos un policía.

—Dos agentes llegarán en un coche con distintivos de una empresa de arreglos de tuberías. No estará en su casa más de diez minutos, se lo prometo.

—¿Y mi esposa? No quiero que sospeche lo que vamos a hacer.

—Uno de ellos comprueba el calentador de agua, mientras el otro se dedica a colocarle los micros. Será un segundo, Clara no sospechará nada.

Hubo un silencio en la línea. Diego estaba al borde de la paranoia. El video le había inquietado más de lo que estaba dispuesto a reconocer, y no se fiaba ni de su propia sombra. Dentro de sí se guardaba inquietudes, como que fuera una lección de algún socio desaprensivo, o de algún rival constructor. Quién sabe. Temía por su hija y todas las precauciones le parecían pocas.

—Todo esto es muy duro, Roberto. —Se lamentó.

—Lo sé. He pasado por lo mismo. Pero esta vez tendrá final feliz, se lo prometo.

—Hay tantas cosas en el aire... A mí me gusta tenerlo todo bajo control en mis empresas, incluido los riesgos. Pero ahora es distinto. No dependo de mí, sino de unos desgraciados que me han jodido la vida.

El superhombre, hecho a sí mismo, abandonaba su parcela de poder para arrastrarse por el fango de la calle.

—Tenemos un gran equipo de gente detrás de esto, no pasará nada. Son expertos en resolver este tipo de situaciones.

—Debería tranquilizarme, pero no lo hace.

—Es normal, pero los nervios son buenos. Ayudan a no bajar la guardia.

—Me gustaría matarlos, ¿sabe? A los que se han llevado a mi África.

No contesté al momento. Cualquier cosa que le dijese era inútil en su situación. Yo también quise matar a Barrachina, y a veces fantaseaba con ello. Pero aquel día necesitaba que mantuviera la cabeza fría y no se abandonase a la bebida.

—Esta tarde terminará todo.

Y colgué.

Después de hacer guardia a la espera de cazar a un marido infiel en la recepción de un hotel, pensaba que estaba acostumbrado a esperar. Sin embargo, los minutos se movían despacio, casi retrocedían en la esfera del reloj. Parecía que nunca iba a llegar el momento del rescate, aunque Antonio estaba muy tranquilo.

—¿Tienes alguna anécdota de tus días de autónomo? —Me preguntó.

Estábamos en un Clío, aparcados en doble fila al acecho del paso del Jaguar de Diego Rojas. En el *parking* del centro comercial Puerta de Alicante esperaban varios agentes especializados en el interior de una discreta furgoneta. Recibíamos el sonido del micro que llevaba Rojas a través de una emisora portátil instalada en el coche. Ramos había conseguido que Miñarro me permitiese presenciar todo el operativo bajo la responsabilidad de mi antiguo compañero. No podía bajar del coche, ni contribuir de ninguna manera que no fuera mirando a través del parabrisas.

—¿Anécdotas? —dije—. Siempre hay alguna, pero no son muy divertidas.

—Pues es el momento de perder el tiempo con chorradas, ¿no? —Se encendió un cigarro—. Cuéntame algo de algún cabrón de los que le ponen los cuernos a su mujer.

—¿Por qué te interesa eso?

—Vamos, está claro. Solo hay dos temas de conversación entre hombres con pelo en los huevos: el fútbol y el sexo. Y de fútbol no tienes ganas de hablar, ¿o me equivoco?

—Sabes que no.

—Pues toca el sexo. ¿Alguna vez has fotografiado a alguna chati en bolas y te has quedado con el negativo?

—No todos somos como tú, perverso. Pero te contaré que en una ocasión seguí a un milloneti en plan Fórmula Uno. La idea era esperar que se detuviera y sacarle fotos en compañía de otras mujeres. Ya sabes, el clásico trabajo de cuernos. Sin embargo, el tipo no se detuvo ni para repostar. Marchó dirección Madrid y yo fui detrás con mi maravilloso Ford Orión. Era complicado seguir a un Mercedes deportivo, pero el tipo no me vio. Aceleraba por la autovía, y después bajaba de marcha. Estuvo así un buen rato. En una de esas, pensé que me dejaba atrás y pisé fuerte, con la mala fortuna que le adelanté cuando frenó.

—¿Y por qué conducía así? ¿Sabía dónde estaban los radares?

—A un tipo de su nivel le daba igual que le multaran. Pero gracias a ese adelantamiento pude ver por el retrovisor lo que ocurría. Mi objetivo iba tras el volante con la cara roja, mientras que en el asiento de copiloto llevaba a una tía que tenía su cabeza en su entrepierna.

—Joder. Le estaban haciendo una mamada.

—Sin disimulo.

—Qué bien viven algunos. La última vez que mi mujer chupó una polla aún no me conocía.

Eso explicaba mucho de la personalidad de Antonio, pero preferí guardar silencio.

—Saqué las fotos y me largué —dije—. Ni siquiera me detuve a ver adónde iban. Su legítima esposa le montó el pollo del siglo, se quedó con la mitad de las empresas y además una paga vitalicia. Luego me enteré por ella que ni siquiera era una mujer, sino un travesti.

—Te puedo presentar a unos cuantos, si tienes curiosidad.

—Aún me pregunto cómo se montó en el Mercedes sin que lo viera.

—Tal vez ya estaba dentro.

—¿En el maletero?

—O en la guantera. Esos coches tienen guanteras del tamaño de una bañera de hidromasaje.

—¿Tú qué sabrás cómo es una bañera de hidromasaje? —Bromeé—. Si en tu vida te has duchado.

—Coño, pero veo películas. El otro día requisamos una de lesbianas cojonuda, todo el rato en un *jacuzzi*.

—Eres un hombre culto.

—De mundo, diría yo.

Las calles continuaban igual. Era lo absurdo de vigilar. Si pasabas mucho tiempo en punto muerto, al final tenías alucinaciones. Una vez vi a un tipo que se parecía a mi primo, pero disfrazado. Ves a tu vecino más calvo, al delantero del Hércules con más peso, a la tía lejana que murió hace años arrastrando un carro de la compra. Todo se vuelve tan homogéneo que te sientes incapaz de distinguir caras y hasta objetos. Es un estado de duermevela que los romanos combatían con combates de lecho, pero que en una época más civilizada se optó por el café.

—¿Qué pasó la noche que encontré a Gaspar Barrachina? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué me impediste matarlo?

Ramos lanzó la colilla por la ventana. El aire frío me golpeó la cara. Observé su gesto de cabreo. Me daba igual que explotase y se llevase por delante una guardería, porque era algo que tenía que saber.

—Yo te habría dejado meterle cinco tiros —dijo, irritado—. No era mi problema. Te habría cubierto. Pero no confiaste en mí. Te largaste, y con ocho compañeros en la misma habitación era más complicado, ¿no te parece? Siempre has sido muy impulsivo, y el trabajo de policía es más de mirar por dónde pisas.

En ese momento escuchamos la voz de Diego Rojas por la emisora.

—Estoy llegando.

Ramos y yo nos mirábamos a los ojos, como dos cabestros a punto de chocar con la cornamenta. Tenía razón, no había confiado en él para ir a por Barrachina. Era algo

que tenía que hacer yo, nadie más. Era mi deber como padre y como marido. No tenía nada que ver con la policía. Se trataba de un hombre buscando a su hijo en mitad de la desesperación. Tiempo después, con la distancia de los meses, lo vi todo más claro, y me cuestionaba por qué había tomado según qué decisiones. Pero entonces ya era tarde. Tuve que actuar, y lo hice. Jamás me arrepentiré de mis actos, y nunca lo diré en voz alta, ni siquiera a Antonio.

—Ahí está Diego.

Arrancamos el Clío y nos colocamos a un par de coches de distancia. No hablamos hasta llegar al destino.

El tráfico era fluido. Avanzamos a buen ritmo, siempre a una distancia más que prudencial del Jaguar. Continuamos por Casas Rojas hasta Jiménez Díaz y giramos en la glorieta hacia el centro comercial. El Puerta de Alicante surgió majestuoso, una enorme mole de cristal y cemento con carteles de comida rápida y anuncios de películas recién estrenadas.

Diego pasó la rampa del *parking* y aparcó en la primera plaza libre que vio. Nosotros le seguimos y conseguimos detenernos a unos ocho turismos de distancia. Rojas descendió del coche. Llevaba un maletín en la mano y se paseó con él por el aparcamiento.

—¿Qué coño hace? —Gruñó Ramos.

—Mostrarse.

—¿No le enseñaron a disimular en la guardería o qué?

El lugar para el intercambio era extraño, con mucha gente alrededor entrando y saliendo del centro comercial. Además, el *parking* contaba con varias cámaras de seguridad, una de ellas en la rampa que fichaba cada vehículo que entraba o salía. No había dado tiempo a solicitar una orden judicial para acceder a esas imágenes, por lo que vigilábamos casi a ciegas, armados solo con nuestras pupilas.

—No vendrán —dijo Antonio.

Estuve de acuerdo con él, pero permanecí en silencio. Si la operación fracasaba, la policía tomaría el mando, invadiría la casa de Rojas en busca de pruebas y se iría abajo su fachada de discreción. Tal vez se trataba de eso, sacarlo de sus casillas, jugar con el amor de su hija para que cometiese errores en algún negocio o simplemente para que las acciones de sus empresas se desplomasen en bolsa en cuanto se conociera la noticia. Solo había alguien más depravado que un secuestrador: un especulador bursátil.

Los minutos pasaron. Desde la furgoneta informaron que no habían visto a ningún vehículo sospechoso en las horas que llevaban plantados, ni tampoco a nadie que pareciese peligroso. Diego tenía la desesperación esculpida en el rostro. Se movía de un lado a otro, había dejado el Jaguar con las luces puestas, pero seguía sin haber rastro de África. Un todo terreno azul aparcó a su lado y bajó un chaval joven con el pelo rapado. Resultó ser una falsa alarma, ya que se dirigió a la zona de tiendas. Un agente que había apostado en los márgenes de las escaleras mecánicas confirmó que se había introducido en el Zara.

El ascensor se detuvo en la planta del *parking* y salió una pareja mayor arrastrando un carro y un chico de unos veinte años. Tenía todos los síntomas del Síndrome de Down y un peto de limpieza del centro comercial en el cuerpo. Se

acercó a pasos alegres hasta Diego Rojas y le tocó el brazo.

—¿Pero qué mierda es esta? —Rezó Ramos—. Todos alerta. Repito: todos alerta.

Diego se giró al notar contacto. El recién llegado no hizo ningún gesto. Subí el volumen de la emisora. En la planta baja había algo de ruido estático y era vital saber qué ocurría a través del micro de Rojas.

—¿Eres Diego? —preguntó el muchacho, trabándose un poco.

—¿Qué ocurre? —Contestó—. ¿Dónde está mi hija?

—¿No eres Diego?

—Sí, soy yo.

—Toma.

Le pasó algo que no acertamos a ver y se marchó de nuevo en dirección al ascensor. Ramos estaba tan sorprendido como yo. Agarró el micro de la radio y ordenó que alguien lo siguiera. Un par de hombres bajaron de la furgoneta y marcharon tras los pasos del chaval.

—Son instrucciones. —La voz de Diego llegó nítida esta vez—. Quieren que vaya a las inmediaciones del estadio Rico Pérez. A la puerta ocho.

Rojas agarró el maletín y se metió en el coche. Arrancó y se dirigió a la salida.

—Todo era una maniobra de despiste. —Antonio golpeó el salpicadero antes de volver a hablar por radio—. Señoritas, nos han meado en la cara. Vamos a seguir al objetivo hasta el campo del Hércules. Que la furgoneta salga en dos minutos por otra puerta y se quede alguien aquí por si acaso.

Salimos despacio del *parking*. Había ganas de acelerar y adelantar a Rojas, pero no podíamos perderlo de vista. El testarudo empresario se había negado a ponerse un pinganillo en la oreja por si se le veía, así que no podíamos darle instrucciones directas. Pero yo tenía un as en la manga. Saqué el teléfono móvil y marqué su número.

—¿Qué pasa? —preguntó Antonio.

—Lo tiene apagado.

—¿Pero qué coño le pasa a tu amigo? —Giramos por Santa Pola hacia Novelda—. ¿A qué está jugando?

—No lo sé, pero me da mala espina.

El Rico Pérez estaba bastante cerca del centro comercial, apenas a unos minutos en coche. Habían citado a Diego en el acceso de entrada número ocho del estadio del Hércules. Era una zona bastante desierta, con aparcamiento y descampados junto a zonas de residencias. Ya había anochecido y maldije el momento en el que perdimos el tiempo en el Puerta de Alicante. Algunas farolas estaban rotas y otras apenas alcanzaban a alumbrar el lugar.

Diego giró en redondo y se detuvo en mitad de un solar, junto a un par de coches viejos. Visto allí, en mitad de la oscuridad y del barro, el Jaguar destacaba como un error de diseño. Antonio paró varios metros más adelante, dentro de la calzada pero de espaldas al estadio.

Los retrovisores se convirtieron en nuestros ojos. No había nadie por la calle. Ni gente sacando al perro ni nada. Tan solo Diego Rojas, embutido en un abrigo largo que le daba un aire de los años veinte. Miró en todas direcciones antes de llegar al sitio indicado, y allí se quedó, plantado como un guardia suizo. De lejos no parecía un hombre de negocios, sino un mafioso que había visto demasiadas películas. Recordé las leyendas urbanas de bailes de maletines en los despachos de presidentes de clubs de fútbol, para dejarse perder o como incentivo para ganar a quien sea. Con cien mil euros se pueden ganar muchos partidos.

No hubo tiempo para tonterías. Una moto se acercó a toda velocidad en dirección a Diego y se plantó a su lado. Era un único ocupante, descendió con el motor en marcha y soltó un derechazo a la cara del empresario. Rojas se tambaleó y su espalda fue a chocar contra la pared del edificio.

Antonio arrancó y se saltó la mediana para ir en su rescate. Con una sangre fría que no le recordaba, dio indicaciones por radio del aspecto del tipo: casco rojo, chaqueta de cuero, moto deportiva azul y negra, botas y guantes. Por el micro de Diego apenas llegaban palabras sueltas reconcomidas por las interferencias. Cuando vi que aquel desgraciado volvía a subir a la moto con el maletín en su poder, deseé un trago de ginebra y que Ramos acelerase un poco más.

En una persecución de coche contra moto, teníamos las de perder. Por suerte, el maletín de Diego era lo bastante voluminoso para que el tipo lo tuviera que abrazar mientras conducía, lo que significaba una pequeña ventaja.

—¿Quieres ayudar a tu colega? —preguntó Antonio.

Yo ya sabía que no pensaba detenerse, y él sabía que en ese momento mi prioridad era otra. Cogí el micro de la radio y pedí una ambulancia para Diego. El motorista no tardó demasiado en percatarse de nuestra presencia. En ese momento Antonio puso la guinda en el salpicadero y encendió todas las luces para que los vehículos se apartasen. Ramos pidió refuerzos por radio y me pasó el micro. Echó por la cuesta de Aureliano Ibarra y al final torció hacia avenida de Novelda. Tuvimos problemas con el tráfico y la moto nos sacó delantera.

No dijimos nada porque los dos sabíamos lo que ocurría. Si nos perdía de vista, el rastro de África se enfriaría y la pasta de su padre sería historia. Era posible que nunca apareciese. Si los secuestradores tenían la más mínima sospecha de que la chica los podía reconocer, acabarían con ella. Eran gente de la calle, unos aficionados, y eso los hacía más peligrosos e imprevisibles. Las bandas organizadas sabían cómo hacer un secuestro y lo tenían todo bien cogido. No esperaban cinco días a mandar un mensaje, y menos en un sobre tirado por encima del muro. Y del mismo modo, no mataban a nadie si se sentían amenazados, ya que sería una condena mayor que la de retención de una persona contra su voluntad. Pero un yonqui la mataría, un aficionado se la quitaría de encima e intentaría ocultar el cadáver.

Si la moto se esfumaba entre el tráfico, África estaba perdida.

Antonio conducía con los cinco sentidos y la adrenalina puestos en la calzada. Yo

daba las instrucciones por radio, confiando en que no hubieran cambiado de códigos desde que dejé la policía. Vi claro que se trataba de una Honda y así lo transmití. El motorista subió la cuesta de Novelda por el carril del transporte público, pero el bus azul que iba a San Vicente le hizo de tapón y giró hacia la izquierda por Gran Vía cuando se sintió amenazado.

Le habíamos recortado distancia, y la mantuvimos en la cuesta abajo. Había tráfico, pero los tres carriles eran mucho mejores que uno solo. Diego, la única persona que tenía el número de móvil, me llamó en ese momento. Abandoné el cacharro en el asiento trasero y presté toda mi atención a lo que tenía delante.

La moto frenó en la rotonda del hospital y casi vuelca. Nosotros no teníamos ese problema y la hicimos recta. Le dimos con el morro en la rueda trasera y a punto estuvo de irse al asfalto. El maletín se le escapó de las manos y cayó al suelo. Entonces el motorista dio un giro en redondo y se colocó en dirección contraria. No quería perder el dinero, estaba claro, y antes que eso prefería morir como conductor suicida. Antonio le imitó, aunque nos costó más dar la vuelta al coche. El tipo se bajó de la Honda y agarró el maletín. Ramos le embistió justo cuando se disponía a subir y la moto se estrelló contra un puesto de castañas asadas.

El secuestrador empezó a correr en dirección al hospital. Bajamos del coche y salimos en su persecución. Mi mala forma logró que Antonio me adelantara. Estaba a punto de alcanzar al tipo cuando este se giró con el casco en la mano y lo lanzó contra él. Acertó a Ramos en la cara y el impacto hizo que se fuera al suelo. Recordé su espíritu de ayuda hacia Diego y proseguí la carrera dejándolo allí tirado.

El motorista era de mi complexión, y contaba con que el peso del dinero del rescate lo lastrase algo. Sentía los latidos en el cráneo y los pulmones a punto de estallar. «Vamos», me decía «ya reventarás cuando mueras». A mi mente vino la imagen de Jaime, y se superpusieron las fotos de África, las que había visto en casa de sus padres y otras que recreaba. Ella no era mi hijo, lo sabía, pero en aquel momento me sentí como si estuviera escapando el secuestrador de Jaime. Aceleré. No sé de dónde saqué las fuerzas, tal vez de las sales minerales que aportaba el alcohol y el descanso acumulado del sedentarismo constante. Conseguí acercarme lo suficiente para darle una patada por detrás. El tipo trastabilló, pero no logré que cayese.

Ya no me quedaba aliento. Sentí que se alejaba, que todo estaba perdido. No había refuerzos, no iba a chocar contra una palmera como en las malas películas cómicas. En la vida real, el malo es más rápido porque está acostumbrado a correr tirando bolsos. Nos quedaba el consuelo de pescarlo por la moto, pero ya sería demasiado tarde para África. Las esperanzas se desvanecían.

En ese momento, el desgraciado se volvió hacia mí y me encaró. De pronto, se había detenido en mitad de la acera, había dejado el maletín en el suelo y se quitaba la chaqueta. Tal vez fue la patada que le di por detrás, o que se le cruzó algún cable de su maltrecho sistema neuronal. Vi en sus ojos que esto terminaría a puñetazos, como aquella vez que El Mulo me partió la cara en la mili. Mi último combate

equilibrado se saldó con una derrota.

Me detuve a unos metros de él. Estaba exhausto. Levanté los puños, como si supiera boxear y me abalancé sobre su cuerpo en el momento que intentó quitarse el cinturón. Lancé un gancho hacia delante y le di en las costillas. El movimiento no fue muy bueno y me hice daño en la muñeca. Yo peleaba a hostia limpia y mi contrincante llevaba guantes de motorista con protecciones para los nudillos.

Me contestó con un directo al estómago. Lo vi venir y trabé mi brazo izquierdo, que se llevó la mayor parte del daño. Dio un segundo puñetazo al aire, que pasó por encima de mi hombro, y le contesté con un manotazo en la oreja. Aquello le dolió y retrocedió unos pasos.

La gente se detuvo en la acera y se alejó de nuestro lado, aunque sin perder de vista la alegre pelea callejera. El villano no contó sus planes para dominar el mundo. Estaba callado, sin siquiera gritar de dolor aunque le había desgraciado un tímpano. Yo sí que me solté el farol:

—Ríndete —dije con más esperanza que convicción—. Tenemos tu moto. Te hemos visto la cara. ¿Dónde está África? Hay refuerzos de camino.

Su respuesta vino en forma de cabezazo. Su frente impactó contra mi pómulo y sentí cómo abría una brecha. Tuve el tiempo justo de engancharlo por el pelo y lanzarme al suelo arrastrando su cuerpo junto al mío. La mala suerte quiso que él cayera sobre mí. Me dejó sin aire un par de segundos que aproveché para regalarme un par de puñetazos.

Supe que si se ponía en pie y me linchaba a patadas, todo habría acabado, por lo que le apreté el cuello con los antebrazos justo cuando intentó incorporarse. Era una presa ilegal en la policía, ya que podías llegar a asfixiar a la persona. Sin embargo, yo ya no pertenecía al Cuerpo, por lo que podía hacer lo que quisiera. El tipo me machacó el costado a base de codazos, pero mantuve la presión. No supe cuánto tiempo aguantaría así, pero a veces el destino tiene un as en la manga.

El impacto del casco contra su cráneo se escuchó en toda la calle. Antonio estaba ante mí. Tenía un corte en la frente por el que sangraba de forma abundante. Le propinó un segundo golpe con el casco y el motorista quedó semiinconsciente. Cayó a peso muerto sobre mí y allí se quedó. Le solté el cuello y rodé hacia un lado. Observé cómo Ramos le apretaba las esposas hasta cortarle la circulación de las manos. Después se sentó a mi lado y encendió dos cigarrillos. Me pasó uno.

—Mierda de tarde —dijo.

Me recosté contra la pared del hospital. Un par de enfermeros salieron para ver qué pasaba.

—Y aún queda la noche —contesté.

Observé mis nudillos pelados. Hacía tiempo que no me pasaba. El motorista tenía la piel de hormigón armado y yo la complexión física de un borracho.

La policía tiene una jerarquía y unas reglas que es mejor no saltarse. Lo primero, antes de llevar al tipo a los calabozos, necesitaba atención médica. Y, por qué no decirlo, nosotros también. Antonio tenía una brecha en la frente y yo otra en la mejilla. El motorista se había llevado la peor parte, con varias contusiones en el rostro y el cuerpo. Hizo más paripé que otra cosa, tal vez esperando ganar tiempo, pero Ramos no estaba dispuesto a consentirlo.

—Se llama Víctor Hugo Escandón, de treinta y cuatro años. Víctor Hugo, como el escritor francés —dijo mientras revisaba la documentación del detenido—. Colombiano, como pensabas.

Antonio había ido a la Universidad y se había sacado la carrera de Filosofía antes de entrar en el Cuerpo. A mí, el nombre de Víctor Hugo no me decía nada, y si acaso se podría parecer al de algún jugador de fútbol.

Nos atendieron en dos camillas próximas. Los médicos eran muy jóvenes, y hasta dudé de si sabrían apretar un vendaje. Yo no quería perder el tiempo con radiografías absurdas mientras África seguía en paradero desconocido.

Mientras me colocaban un apósito sobre los puntos, vi entrar a Diego Rojas seguido de varios agentes más. Tenía el ojo derecho morado y apenas lo podía abrir.

—¿Y mi hija? —preguntó—. ¿Dónde está?

—¿Está usted bien? —Contesté.

—Más fuerte golpean en las reuniones de junta. —Bromeó, y al instante su gesto se volvió aún más serio y afligido—. No pude hacer nada. Apenas lo vi llegar. No me dejó ni dirigirme a él.

—Tranquilo, tenemos el dinero y el capullo ese pasará una temporada en la cárcel —contestó Ramos—. Ya me ocuparé yo de que esta noche duerma bien caliente.

—¿Y África?

—Enseguida lo sabremos.

En cuanto hubieron remendado a Antonio, dio órdenes a los diferentes policías que había allí. Quedaba mucho por hacer. Habíamos provocado una persecución con accidente incluido, y lo mismo el amigo Víctor Hugo nos denunciaba por lesiones y por romper su moto.

—El asunto es que no podemos tomarle declaración hasta que salga del hospital. —Le explicó a Diego.

—¿Tomar declaración? —preguntó.

—Interrogarle. —Aclaré.

—Pero esto son circunstancias especiales. —Prosiguió Ramos—. Hay una chica desaparecida. Así que quedaos aquí mientras mantengo una conversación informal con el detenido.

—¿Y si no quiere hablar? —Rojas estaba nervioso.

Antonio sonrió. Sacó el paquete de tabaco y luego lo volvió a guardar en cuanto recordó dónde estaba.

—Cantará —dijo al fin—. De eso me ocupo yo.

—Pega fuerte —dije.

Atendieron a Rojas en un habitáculo cercano, apenas separados por una cortina de plástico. Aplicaron hielo sobre su ojo, a la espera de decidir si además usaban crema antiinflamatoria.

—¿Qué cree que habrá hecho con mi hija?

No tenía una respuesta. Mi imaginación sabotaba a mi instinto, y permanecer sereno se había convertido casi en un suplicio. Por creer, podía ser que incluso estuviese muerta desde la primera hora de su desaparición, pero que el secuestrador quisiera sacar tajada de todas formas. Por mi mente pasaban imágenes de «ese lugar», el limbo de las personas olvidadas, donde van aquellos que se perdieron para siempre. Agujeros de gusano interdimensionales, abducciones alienígenas, o el cuerpo de la joven África sepultado en el fondo del mar, junto con los huesos comidos por los peces de un niño llamado Jaime.

No tenía respuestas. Era la persona menos indicada para dar una.

—Vine casi obligado, ¿sabe? —Prosiguió—. Pensé que la policía sería más un estorbo que una ayuda, pero me alegra comprobar que me equivocaba.

—Todo irá bien. Antonio le hará confesar dónde la tiene escondida.

En las reuniones que no me saltaba de Alcohólicos Anónimos, algunos asistentes aseguraban haber bebido alcohol de desinfectar en ciertos momentos de desesperación. Esperaba que algún médico se olvidase de mí para probar a ver qué tal.

—Sé que no debería preguntarlo —dijo Diego—, pero ¿cómo se supone que va a conseguir que hable?

Antonio siempre creyó que la policía servía al bienestar común, no al particular de un ciudadano. Por eso, cuando le llamaban de algún aviso, ignoraba al denunciante y le trataba de la misma forma que al delincuente. Nadie se le subía a la chepa. En una ocasión visitamos un taller mecánico que servía de tapadera para vender droga a menores de edad. El camello lo negó todo y pidió ver la orden judicial que no teníamos. Ramos le convenció de que era una mala idea ayudado de unos alicates. Cuando le apretó por segunda vez los testículos, nos entregó en bandeja de plata kilo y medio de cocaína. Después fue su palabra de policía servil contra la de un traficante.

—Tiene razón —contesté—. Es mejor que no pregunte.

No escuchamos gritos. El ajetreo de la sala de curas amortiguaba cualquier sonido que procediese de la habitación del detenido. Al cabo de un rato se abrió la puerta y salió Antonio. Con un gesto nos pidió que fuésemos allí. Rojas y yo atravesamos la

puerta custodiada por un agente de uniforme y entramos.

Hacía calor y el olor era nauseabundo. Víctor Hugo tenía la cabeza vendada, y aún más vendas en la boca a modo de mordaza. La mano derecha estaba esposada a la cama. En las sábanas se adivinaba una mancha de orines. No había nada parecido a un médico en el interior.

—Todo ha sido una pérdida de tiempo —dijo Antonio.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. ¿No habla?

—Oh, ya lo creo que canta. Como un mirlo, ¿a que sí, Víctor? —El detenido asintió con la cabeza—. Y ese es el problema, que me creo lo que dice.

El tipo estaba derrotado. Ya no había ni rastro del bravo motorista que nos tuvo en jaque y casi se escapa, del luchador que se paró a repartir leña en mitad de la calle. Era un superviviente, pero en aquel momento le habían vencido.

—He comprobado los antecedentes de este capullo y lo más grave que había hecho en su vida había sido no pagar un par de multas. Trabaja en una ferretería desde hace tres años. Este tío es un muerto de hambre.

—¿Y África? —Diego tiró de la manga de Ramos—. ¿Dónde está mi hija?

—Mejor que os lo cuente él.

Ramos le quitó el vendaje de la boca. El chico tosió y babeó. Se le había empezado a meter por la tráquea y estaba medio ahogado.

—Por favor, señor Rojas, por favor. —Suplicó.

—Déjate de leches. —Antonio pateó el camastro—. Responde a la pregunta.

—Yo no quise que esto acabase así, de verdad que no. —Víctor Hugo estaba al borde del llanto—. Me enteré de lo de su hija y quise aprovecharlo.

—¿De qué habla? —dije.

—Cuéntalo despacito. —Ordenó Ramos—. Muy leeento. ¿Me captas?

Víctor Hugo se limpió las lágrimas con la mano libre y pidió agua con la mirada. Antonio le acercó el vaso que había sobre la mesita y bebió a trompicones. Con la garganta clara, empezó:

—Me llamo Víctor Hugo y soy el novio de Martha Cecilia.

—¿Mi asistenta? —Diego estaba perplejo.

—Ella está todo el día en su casa y habla mucho con su mujer, señor Rojas. Me contó que estaban muy preocupados por su hija, que hacía varios días que no aparecía por casa. Dijo que no recibían carta de secuestro, y por eso se me ocurrió fingir que había sido yo quien se la había llevado.

—¿A qué te refieres? —Gritó Diego—. ¿Dónde tenéis a África?

—No lo sé, yo no me la llevé. Solo simulé el rapto. Le di a Martha Cecilia un sobre con las instrucciones y le pedí que inventase que se lo había encontrado en el buzón o lo que ella viese. —En ese instante cambió de tono—. Ella no tiene nada que ver con esto, yo la obligué, lo hizo porque la amenacé. Tiene que creerme, yo...

—¿No te llevaste a la chica?

—Fue todo una farsa para sacar algo de dinero. No sé dónde puede estar. Pensé

que era un plan sencillo. Lo cité en el centro comercial y le di dinero al chico retrasado para que le acercase las segundas instrucciones. Luego esperé en el Rico Pérez, y todo se jodió.

El castillo de naipes se colapsó con una simple brisa. Víctor Hugo tenía información privilegiada y decidió montar una gran mentira. Pensó que podía sacar dinero fácil, y casi lo consigue. La obsesión de Diego por la discreción total, hasta el punto de no decirle a su mujer lo que tramaba, hizo que pudiéramos capturar a Víctor Hugo. De lo contrario, si Martha Cecilia se hubiera enterado de que la policía estaba metida en el ajo, se habrían echado atrás y nos habríamos pasado la vida preguntándonos por qué no aparecieron los secuestradores. La desesperación hacía que la gente tomase decisiones imprevisibles. Él no se llevó a África, estaba claro. Aquello no respondía a la pregunta sobre su paradero pero generaba otras nuevas.

—¿Trabajas con alguien más? —preguntó Antonio.

—Solo yo. Por favor, no he hecho nada. No la tengo secuestrada. Solo quería aprovecharme de la situación, nada más.

—¿Qué no has hecho nada? —Ramos lo observó con asco—. ¿Sabes la cantidad de policías que has movilizado? Has provocado accidentes, suplantado identidad, y lo más grave de todo: me has chuleado. Y eso me toca los cojones.

Habíamos seguido una pista falsa. Nos hipnotizó el humo blanco y lo seguimos hasta su origen solo para descubrir que era todo una mentira. África seguía en paradero desconocido, y habíamos desperdiciado un tiempo precioso. Cada segundo que pasaba, África Rojas estaba más lejos de aparecer. Estaba a punto de revivir el infierno de Jaime y era tarde para dar marcha atrás.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Diego de nuevo.

—No la tiene él —contesté—. Hay que replantearse todo lo que tenemos y empezar de cero.

—Esta noche vamos a descansar. —Continuó Ramos—. Mañana haremos esto a mi manera. Buscaremos huellas en su casa, hablaremos con los vecinos. Lo que haga falta, pero ya no perderemos más tiempo en tomaduras de pelo. Por cierto, os tendremos que tomar declaración sobre lo que ha pasado esta noche. Quedaos donde os podamos localizar.

Palmeé la espalda de Diego. Aquello era un jarro de agua fría para un padre. Lo sabía, y también sabía que la rabia te lleva a hacer locuras.

—¿Dónde está mi hija? —Repitió.

—Vamos —dije—. Tenemos que contarle lo sucedido a Clara.

—¿Dónde está mi hija? —Diego sacó un revólver de su chaqueta y apuntó a Víctor Hugo—. ¿Dónde la tienes?

Desarmé a Rojas con un movimiento rápido antes de que disparase. Su obsesiva discreción había llegado hasta el punto de ir armado al intercambio sin contárselo a nadie. Me eché el revólver al bolsillo y Diego se derrumbó entre lágrimas.

—Yo me ocupo —dije antes de que Antonio abriera la boca—. Esto no ha pasado,

¿vale?

Pero sí que había pasado. Diego podía haberle soltado cuatro tiros a Víctor Hugo según bajó del coche, o al chico con síndrome de Down al que utilizó para hacerle llegar las segundas instrucciones. En ese caso, estaríamos hablando de un asesinato, y Diego sería el que estaría esposado a una camilla.

Ramos hizo un gesto y salimos por la puerta. Víctor Hugo dijo algo que no pude oír. Alcanzamos el Jaguar y montamos. Diego seguía llorando.

El frío está en los huesos. Lo siento por las noches. Está escondido tras los músculos, se inyecta hasta la médula. Desde aquel día. Cuando lo perdí todo.

No puedo calentarme. Ni con el horno, ni con la estufa. Da igual. Es el frío que se lleva bajo la piel, atravesando la carne.

Es la muerte.

He leído. Dicen que la muerte es fría. Yo tengo frío siempre. Sé que voy a morir.

Ayer paseé por la calle. Vi a gente feliz. Los odié. Odio la felicidad. Una mujer se puso a mi lado. Dijo que era de la iglesia. Una monja fuera de servicio. Quise sonreír.

Lo siguiente que recuerdo es ver a aquella mujer en el suelo. Sangraba mucho por la cara. Quise sonreír de nuevo. No pude. Tenía algo en la boca. Lo escupí. Era un pedazo de carne. No sé de dónde salió. La monja se retorció sobre la acera. Le faltaba un trozo de pómulo.

Me marché de allí. Tenía mucho frío.

·PARTE II·

UN CORAZÓN DENTRO DE OTRO

El culpable era el mayordomo. O, mejor dicho, la asistenta. No reproduciré los insultos que le dedicó Rojas a Martha Cecilia. La mujer se llevó una bronca de escándalo, atacada desde el flanco legal de cooperadora necesaria para cometer un crimen, y también por el lado personal y emotivo con el clásico «con lo que hemos hecho por ti». Esa misma noche llegó una patrulla de la policía y se la llevó detenida.

Pero África seguía desaparecida.

Cuando se marchó Martha Cecilia, nos sentamos en la mesa del sobrecargado salón a dar explicaciones.

—Cómo habrá podido... —Clara estaba más impresionada que enfadada—. ¿Habéis visto que se ha puesto a llorar? Y no de pena. Lo que lamenta es que la hayan pillado. Pensar que estaba a mi lado durante todo el tiempo que lleva África fuera.

—Con lo bien que la hemos tratado. —Prosiguió Diego, al tiempo que nos servía unas muy necesarias copas de ron—. Si hasta nos la llevamos de vacaciones a nuestra casa de Ibiza.

Dudaba que la asistenta hubiera disfrutado de las vacaciones, y más bien pensé que se dedicó a atender a sus amos. Su mentalidad de buenos samaritanos, mezclada con la distancia que produce tener el dinero suficiente para comprar cualquier cosa o persona, hacía que no entendiesen las motivaciones de Martha Cecilia para actuar como lo hizo.

—Vino con unas referencias excelentes, y mirad, una delincuente —dijo Clara.

Inés permanecía a su lado, cabizbaja. Estaba seguro de que nuestros pensamientos eran similares. Nunca encontramos a Jaime, y aunque Diego y Clara estuvieran más centrados en la farsa del secuestro, no dejaba de ser una mera anécdota respecto a lo que importaba de verdad. África no aparecía, no había rastros, ni pistas, ni sospechosos. La sombra de Jaime era alargada, y el suplicio posterior, ese que tan bien conocíamos ella y yo, se abatía sobre nosotros como una mortaja pesada y fría.

Durante el trayecto en coche, Diego y yo consensuamos la versión que contaríamos al llegar a su *chalet*. Decidimos omitir el hecho de que había sacado un arma, o de que casi se escapa en la persecución. Las marcas en nuestros rostros hacían imposible mentir sobre la pelea con Víctor Hugo. Durante la explicación se vislumbró que nuestra victoria solo era parcial.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Clara—. Mi niña sigue en alguna parte.

Todas las miradas se centraron en mí. Era el detective que habían contratado para encontrar a su hija. En realidad, solo me había comprometido a actuar en caso de rescate. Sin embargo, había cometido el error de involucrarme demasiado, y ahora ya

no había marcha atrás. No podía dejarlos en la estacada, no en ese momento.

—Mañana se ocupará la policía —expliqué—. Vendrán, os interrogarán, harán pesquisas. Después buscarán testigos, y más tarde decidirán el lugar donde realizar una batida.

—¿Una batida? —preguntó Diego—. ¿A qué se refiere, Roberto?

Inés se adelantó y habló por los dos.

—Llevarán a perros amaestrados a las zonas más comunes donde pueda estar el cuerpo.

—¿Creen que mi hija está muerta? —Clara salió de su asombro—. Pero si todavía no han empezado a investigar.

—La policía no tiene recursos infinitos. —Proseguí—. Distribuirán las fotos, hablarán con sus amigos, y si no encuentran nada, cerrarán esa vía de la investigación. Entonces buscarán el cuerpo en acantilados y bosques.

—No lo entiendo —dijo Diego—. ¿Por qué iban a cerrar el caso?

—Porque tienen otros ocho encima de la mesa y son muy pocos agentes. Buscar a una persona es algo complicado. Por eso se recurre a detectives con frecuencia.

Clara se mareó. Inés aguantó las lágrimas y la abrazó. Ella ya había pasado por eso, y sabía lo que ocurriría. La policía haría su trabajo, sin extralimitarse. Tal vez, si movía algunos hilos o llenaba de dinero los bolsillos adecuados, pondrían a un tipo al lado de un teléfono a la espera de que alguien llamase con información nueva. La investigación estaba estancada, y no tenía pinta de que fuera a cambiar.

—Podéis acudir a programas de televisión —contó Inés—, y pegar carteles por las calles. Seguro que alguien ha visto a África y os echará un cable. Tengo el teléfono de una periodista que se volcará con vosotros.

No lo decía, pero Jaime seguía presente. Ellos conocían nuestra desgracia, y aquello no les daba demasiada esperanza, estaba claro. Bebí un trago largo de mi copa y el alcohol me quemó la garganta. Eran altas horas de la madrugada y no había cenado. Aquello era lo primero que terminaba en mi estómago, y tal vez por eso me infundí un valor que creía perdido.

—El hombre aprende de sus errores —dije—. Encontraré a su hija.

Todos me miraron extrañados. Tal vez pensaban que me iba a rendir de nuevo, dejarme arrastrar por la marea de acontecimientos. Pero estaba dispuesto a llegar al final.

—¿Qué necesitas, Roberto? —preguntó Diego, y aquella fue la primera vez que me habló de tú.

—Quiero hablar con todos sus amigos antes de que lo haga la policía. Necesito contactar desde ya con Elías, su novio viajero. Me da igual que esté en Francia o en Lilibut. Quiero saber lo que él sabe. —Miré el reloj—. De momento, quiero ver la habitación de África.

Esta vez, Inés sí que estalló en lágrimas.

África no era ninguna niña. Su habitación no estaba decorada con pósteres de cantantes de moda o actores guapos. En su lugar había cartulinas pintadas de múltiples colores que dotaban al enorme dormitorio de un aura optimista. Sobre el escritorio se acumulaban folios y apuntes. En una estantería encontré novelas de bolsillo colocadas en estricto orden alfabético del apellido del autor. Una balda la reservaba para cómics manga románticos. El resto de la decoración tenía toda la pátina de Clara Orozco, con una colcha demasiado seria para un dormitorio juvenil. La mesa del escritorio, el armario y las cortinas terminaban de ensombrecer un espacio que África había tomado como suyo.

Aún recordaba la habitación de Jaime. Era suya, pero la habíamos decorado nosotros. Ahí radicaba la diferencia. Sus cosas eran las cosas que Inés y yo compramos para él. Los dibujos de las paredes eran del colegio, pero fuimos nosotros quienes decidimos colgarlos. Si hubiéramos tenido otro hijo, habría sido igual. Sin embargo, lo que la hacía única, lo que la convertía en el dormitorio de mi niño, era Jaime. Sin Jaime no era nada más que cuatro paredes y pósteres de Disney. Y, cuando desapareció, me di cuenta. Ya no eran simples sábanas de dibujos animados, sino las sábanas de Jaime. Nunca volvería a dormir en su cama, jamás volvería a hacer nada suyo. Y lo que quedaba, esas tristes cosas que se vendían a miles, ya eran únicas.

Lloré cuando todo su recuerdo, su esencia, acabó en cajas de cartón.

Diego me observaba desde el umbral de la puerta. Le resultaba duro entrar al cuarto, y el alcohol entristecía su mirada.

—Te dejo a solas, Roberto —dijo.

—Está bien, Diego.

—Si necesitas algo, me das una voz, ¿vale? Estaré en el salón con mi mujer.

—Trate de descansar, ¿de acuerdo?

—Eso haré. Y por favor, tutéame. Ya casi te considero de la familia.

Rojas se marchó por el pasillo. Me dejó con la duda de qué era eso de considerarme de su familia. ¿Significaba que me tocaba un pellizco de la herencia? Estaba seguro de que tenían una bodega privada que les abastecía de vino de calidad.

Empecé el registro por lo que menos tiempo me iba a llevar. Miré debajo de la cama y levanté el colchón. La mesita de noche tenía tres cajones, los tres con calcetines y ropa interior. Comprobé que no había un doble fondo y continué.

No tenía muy claro lo que estaba buscando, ni tan siquiera si había algo que encontrar. El armario contenía ropa de invierno. Todas las mudas eran de colores llamativos, salvo el uniforme del instituto de pago al que iba, que era negro y gris. Metí la mano en los bolsillos de las chaquetas y pantalones. En un plumón verde

fosforito encontré el recibo de unas entradas de cine de varios meses atrás. Había unos diez bolsos diferentes, la mayoría vacíos, salvo uno que simulaba una guitarra eléctrica de color rojo metalizado. En su interior hallé un tampón, una muestra de colonia, un posavasos de cartón de un local llamado el Cubil y varios preservativos. Estaba claro que era el bolso que más usaba al salir de fiesta.

El escritorio era un amasijo de papeles, por suerte bastante ordenado. Aquello me llevaría casi toda la noche y parte de la mañana. Revisé las libretas y los libros. Encontré un par de números de teléfono y los apunté en mi cuaderno. Me resultó extraño no ver la agenda. Tal vez estaba en el coche, o en el bolso con el que salió aquella mañana. En los márgenes de los folios había anotaciones. Entre las citas en la biblioteca o recordatorios de examen, encontré algunas anotaciones personales. Apunté los nombres: Miriam, Siso, Fernando.

Al cabo de un rato me di por vencido. La vida de África era la de una chica normal de su edad. No había drogas, ni indicios de problemas. Era feliz, y aquello me atenazaba por dentro.

Antes de salir, cogí un álbum de fotos que había en una repisa. En él aparecía África con multitud de amigos y familiares. Reconocí a Elías al instante. Tenía toda la pinta de ser el típico novio que desaprobaba su padre: melena planchada, cara de bobalicón, el polo sujeto a los hombros. En aquel fragmento congelado aparecían sentados a una mesa, con los dedos entrelazados. Me guardé la foto y regresé sobre mis pasos.

En el salón nadie se había movido. Parecía que posaran para un pintor renacentista.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Rojas.

—Poca cosa. ¿Sabéis si África tenía un diario?

Clara pareció despertar de improviso. Sus ojos se abrieron al tiempo que contenía la respiración. Algo me decía que había dado en el clavo.

—Una vez la vi escribiendo —dijo—. Era una libreta roja de tapa dura. La esconde en el cajón del escritorio, entre los apuntes.

—¿Cómo lo sabes, Clara? —pregunté—. ¿Alguna vez la viste? ¿O fue Martha Cecilia quien te lo contó?

—La vi. Incluso lo leí por encima. Hablaba de Elías, de lo bien que estaba con él. Eran cosas muy inofensivas. ¿Por qué? ¿Lo has encontrado?

—He revisado todas las libretas, y esa no estaba.

—¿Crees que se la ha llevado la asistenta? —dijo Inés, algo más recompuesta.

Algo no encajaba. ¿Para qué querría nadie el diario? Era absurdo pensar que África había salido con él en el bolso. Si había algún detalle comprometedor y Martha Cecilia se lo había llevado, Ramos se lo sacaría sin dificultad. Sin embargo, dentro de mí seguía esa sensación que hace que se ericen los pelos de la nuca.

—¿Puede venir conmigo, Clara? —dije—. Quiero que me diga si falta algo más de la habitación de su hija.

—¿Piensas que Martha Cecilia ha estado robando en casa?

Aún tenían la idea fija de que la sirvienta era el enemigo, ese ente sin rostro que se había llevado a África. Estaban obcecados por la traición, pero mis objetivos eran otros.

Clara paseó por la habitación fijándose en cada detalle. Se detuvo en el armario y comprobó cada vestido.

—Aquí falta ropa —aseguró—. Se compró un chándal nuevo para ir al gimnasio, y no está.

—¿Puede ser que saliese con él puesto?

—No, recuerdo que se llevó un vestido azul con ribetes blancos. Se lo ponía mucho, era de sus preferidos.

—¿Qué zapatillas usaba para hacer deporte?

Los zapatos estaban colocados en la franja inferior del armario. Clara los fue pasando de par en par, y su respuesta fue extraña.

—No las veo. Son violetas, con purpurina en los lados. Brillan mucho, son muy características.

El diario desaparecido. También la ropa deportiva. África.

—Mañana llamaré a mi colega en el Cuerpo —dije—. Le pediré que pregunte por las zapatillas y el chándal. Puede que Martha Cecilia haya manipulado la habitación para despistar, por si investigaba la policía.

—¿Entonces, qué hacemos? —preguntó—. Estoy agotada de esperar.

—Volvamos al salón.

Fue al salir por la puerta cuando me percaté de algo más: el silencio. La habitación de África era un páramo sin sonidos, el claustro de un monasterio. Con Jaime en casa, todo era ruido y caos. Le gustaba golpear aquel tambor que le regaló la abuela, o berrear las canciones de la tele, o correr de un lado a otro de la casa con un avión de papel en la mano. Dulce ruido, maravilloso caos. Cuando desapareció, todo se convirtió en silencio. Eso era lo peor de todo. Podías aislarte del sonido, pero no del silencio. Era una masa que te absorbía, que te empapaba por dentro, que te desquiciaba. Al separarnos, Inés se llevó los videos caseros de Jaime. No podía soportar el silencio, pero era peor aún ver su fantasma en una pantalla. Allí estaba todo: su voz, sus gestos, mis esperanzas. Su ruido.

—¿Todo va bien, Roberto?

La mano de Clara se posó sobre mi hombro y me sacó de mis ensoñaciones.

—Sí, lo siento. —Me disculpé—. Los demás nos esperan.

Diego ya andaba por el cuarto ron. Había estado a punto de matar a un hombre, y quizás de encontrar a su hija. Ya no tenía nada más que ofrecer al mundo, salvo borrarse de la ecuación a base de alcohol. Conocía muy bien esa sensación. Inés miraba por la ventana, con los nervios de punta. Vivía la situación como si fuera propia. Los fantasmas resucitaban y se paseaban por la estancia. También conocía esa sensación.

—¿Qué has pensado? —dijo Diego.

—Hablaré con sus amigos. —Les pasé el álbum de fotos—. Quiero que me apuntéis al lado de cada persona quién es. Y si tenéis su teléfono o dirección, aún mejor.

—De eso que se ocupe mi mujer. —Rojas se sentó en el sillón—. Yo apenas conocía a sus amigos.

—En ese caso, quiero que pienses en todas las personas que alguna vez te han deseado algún mal. Desde amigos de la infancia resentidos a algún antiguo vecino, ¿de acuerdo? Lo único que sabemos es que el secuestro fue un montaje, pero alguien husmeó días antes por las intermediaciones. El video no miente. Hay alguien implicado.

—De acuerdo.

—Hace días que África no está. —Continué—. ¿Hay algún amigo que haya llamado con insistencia? ¿Alguien que suela llamar mucho y no haya dado señales de vida en todo este tiempo? Si daban un toque al móvil de África y no se lo cogía, es de suponer que llamarían al teléfono fijo de casa, ¿no?

—Lo apuntaré todo detrás de cada foto —aseguró Clara.

La mujer me sorprendió por sus renovadas fuerzas. De nuevo, se sentía útil en la búsqueda de su pequeña perdida, y aquello hacía que se concentrase más en los pequeños detalles que, hasta ese momento, había pasado por alto.

—Una última cosa —dije—. ¿Sabéis cuándo aterriza el avión de Elías?

La vuelta a casa fue demoledora. La montaña rusa de emociones que había supuesto el falso secuestro había hecho mella en Inés. Pasó de la esperanza a la desesperación, de la incertidumbre al desasosiego, de la alegría al llanto. Antes o después llegaría la tan temida resignación.

—¿Cómo estás? —pregunté mientras conducía.

—Ya lo ves.

—Te dije que no era buena idea aceptar el encargo.

—Estamos luchando por lo que es justo. Sé que todo se resolverá. Estoy segura.

Mezclaba deseo y realidad. Ansiaba con todas sus energías que apareciese África sana y salva, pero temía que hubiese sido violada, torturada, asesinada. Ambos conocíamos el tipo de depredador que recorre las calles en busca de niños o de chicas jóvenes.

—Esto puede conmigo, Roberto.

—Pasamos por la mayor putada que les puede ocurrir a unos padres —dije—. Siempre nos acompañará ese dolor. Alargar la agonía no acabará con nosotros.

—Aún me cuesta pasar por la puerta de los colegios. Cuando veo a todas esas madres abrazando a sus hijos, pienso por qué ellas sí pueden tener a sus niños y yo no...

Cuando pasaba por los parques y veía a los padres descuidados que perdían de vista a sus hijos, me entraban unas ganas terribles de partirles la cara. La gente no aprecia lo que tiene hasta que lo pierde. Debería haber algún demente que se dedicase a secuestrar a niños durante un par de días, y luego devolverlos a sus familias.

—No es ira, ni lástima, —prosiguió Inés—, es observar el futuro que nos robaron. Pienso cómo sería Jaime, en qué andaría metido, cómo le iría con las chicas o en los estudios. Otros padres lo tienen, y a veces pienso que no lo aprovechan, que no son capaces de apreciarlo en toda su plenitud. ¿Sabes de qué me arrepiento más? De enviar a Jaime a aquel campamento durante dos semanas de verano. Sé que él me insistió, pero dentro de mí tenía la necesidad de pasar más tiempo contigo. Me lo tomé como unas vacaciones, ¿te lo puedes creer? Mi descanso era perder de vista a mi hijo. Y ahora estoy cansada de descansar.

—¿Recuerdas que le contaba cuentos antes de dormir? Tú te dedicabas a fregar los platos, y yo hablaba con él antes de que se quedara frito. Me compré el libro aquel, de los *101 cuentos*, pero su preferido era el de *El Flautista de Hamelin*. Parece casi una burla del destino, ¿sabes? Ahora no puedo ni pensar en esa fábula. Al final, los niños desaparecen igual que las ratas, y se supone que están en un lugar mejor. Yo no me puedo imaginar ese sitio. Una especie de Nunca Jamás, una cárcel de juguetes

y golosinas. Si pudiera, le pegaba cinco tiros al flautista, en serio.

Inés sonrió durante un pequeño instante. Cuando sobrepasas la frontera de la tristeza profunda, esta queda mantenida, clavada en tu corazón, que ya no es capaz de sentir las mismas cosas que antes. La risa, por ejemplo, sabe amarga. La felicidad es áspera, y el sexo, frío.

—En unas horas entro a trabajar —dijo al llegar a la esquina de su casa—. Quiero que me cuentes todo lo que descubras de África.

—Serás la primera en saberlo.

Al llegar a su portal, dejó el motor al ralentí y apagó la radio. Los programas nocturnos siempre me habían hastiado. Estaban hechos para provocar sueño a aquel que no pudiera dormir. En otros, llamaban chalados que deseaban masturbarse con peluches, o automutilarse, o reprimían pensamientos incestuosos. Todos los locos despiertos por la noche, pegados al transmisor, para evitar salir por el día. No quería convertirme en uno de ellos, ni siquiera intentar comprenderlos. Que cada cual se tragase su propia basura y, como dijo el sabio: «si hay miseria, que no se note».

—Una vez vi una película sobre García Lorca —dijo—. Partía de la idea de que no murió fusilado, sino que se quedó amnésico y paseaba como un vagabundo por las calles de Granada.

Allí estaba, la ilusión de un final feliz. África tiene un accidente de tráfico y está sola y perdida por los albergues de la ciudad, esperando que alguien vaya a buscarla. Era una cábala, una posibilidad lejana, algo improbable y bonito a lo que agarrarse en lugar de a la cruel realidad. Quizá aún fantaseaba con que un día un adolescente tocase su puerta y le dijera que es Jaime, que perdón por llegar tarde a cenar. Inés se mentía, y yo no iba a destruir esas fantasías.

—Pondremos carteles. —Propuse—. Si alguien la ha visto, llamará al teléfono. Los Rojas tienen mucho capital, pueden movilizar a mucha gente. Encontraremos a África. Ya verás.

No sé si mentí bien o mal. Solo sé que a ella pareció bastarle.

Dicen que fumar puede matar. También se podía morir de tristeza. Yo lo sabía, y en eso pensaba mientras apuraba la última calada en las inmediaciones del aeropuerto. Algún poeta repetitivo habrá dicho que la vida es como un cigarro, que se consume poco a poco. Yo creo que los recuerdos son la ceniza, que a veces se la lleva el viento y otras termina desbordando el cenicero. Pasado gris y quemado.

La terminal era vieja y de techos bajos. Miré en el monitor que el vuelo acababa de aterrizar. Aún podía echarme otro pitillo, puede que hasta me diera tiempo a tomar una cerveza, aunque no recordaba la última vez que no tuve tiempo de beber un trago.

Repasé lo que me había contado Diego antes de marcharme de su casa. El novio de su hija se llamaba Elías Crespo, y a su familia le tocó el primer premio de la Lotería hace unos años. Invirtieron parte en una tienda de muebles de una población vecina. Vivía holgadamente, no tanto como África, pero sí con todas las comodidades que le permitía el plazo fijo en el banco. Tenía veinte años y había dejado los estudios de Documentación para entrar en la dirección de la tienda, aunque según Diego no daba palo al agua. Su aspecto le delataba como uno de esos niños pijos a los que sus padres se lo pagan todo, incluyendo ropa de marca con la que llenar el armario. Llevaba con África ocho meses, los suficientes para que se entendiesen sin hablar, pero demasiados pocos para que fuera el hombre de su vida.

Las puertas se abrieron y Elías apareció el primero. Llegaba solo y únicamente portaba una pequeña mochila que correspondía al equipaje de mano. Se había recogido la melena en una cola de caballo.

—¿Elías? —Le detuve—. Soy Roberto Cusac. Los padres de África me han encargado que investigue su desaparición. ¿Podemos hablar?

Era un chico corpulento, más de lo que parecía a simple vista. Esperaba que, a la hora de apretarle las clavijas, no reaccionase a golpes, igual que Víctor Hugo.

—¿Dónde está África? —preguntó.

—Eso intento averiguar.

—Quiero hablar con sus padres. No me fío de ti.

—Primero nos tomaremos un café, ¿de acuerdo?

Intuí sus nervios pese al disimulo, pero no supe apreciar si se debían a la desaparición de su novia.

—Diez minutos. Después subo a un taxi y me piro.

La cafetería más cercana era un nido de ruidos por el trasiego de viajeros. Los precios estaban inflados hasta casi el insulto, pero me arriesgué con una cerveza bien fría. Elías optó por una café largo.

—No sé cómo ha podido pasar esto —dijo—. Prometió que vendría a despedirse

de mí, pero como no lo hizo pensé... Joder, yo qué sé lo que pensé. Que sus padres no la habrían dejado salir de casa, quizá.

—¿Por qué creíste eso?

—Lo último que se me habría pasado por la cabeza es que la habían secuestrado. Tenían a la asistente amaestrada para que, en caso de llamar, me dijese que no estaba en casa. Y el móvil se lo quitaban de vez en cuando, para que no pudiéramos hablar. Su padre es un puto nazi. Una vez hasta me amenazó con una pistola.

Había conocido a Diego en un momento de desesperación, y me había brindado todas las facilidades y confianzas posibles, pero estaba claro que en su vida normal no era así. No era difícil imaginarlo amenazando al chico que le robaba el afecto de su hija. El revólver que le quité aún pesaba en el bolsillo de mi chaqueta. Si la policía me registraba, me esperaba una buena temporada en prisión solo por llevarlo encima.

—¿Te sacó un arma? —pregunté.

—No, pero me dijo que tenía una, que fuera con mucho cuidado. Es de los que echan de menos los «cuarenta años de paz». Ya sabes, que con Franco se vivía mejor. Su familia prosperó robando en aquella época, no me extraña que lo eche de menos y le guste sacar el fusco de vez en cuando. ¿Sabes cómo hizo fortuna el abuelo de África?

—Sé que tenían supermercados.

—Aquello fue después. El viejo se dedicaba a llevar una ruleta clandestina. La montaba en ciudades satélite de Madrid, untaba a la policía, y sacaba una buena tajada. Después incluso se dedicaba a merodear por las puertas de los casinos, por si alguien necesitaba más pasta. Era un prestamista, y a esos no se los engaña. Si pides dinero, al final pagas, de una forma o de otra.

—¿Eso te lo contó África?

—Y también el propio señor Rojas. Le encanta que le llamen de usted, ¿sabes?

Me caía bien Elías. Me pregunté cómo sería de pequeño. Estaba claro que toda aquella fachada de niño pijo la había aprendido en los últimos años. Algunos adultos roban la infancia de sus hijos al disfrazarlos como ellos. Imagen de éxito, léxico refinado, ínfulas de superioridad. Fantaseé con el adulto que podía haber sido Jaime, quizá parecido a Elías Crespo, tal vez un Diego Rojas en potencia, puede que un Roberto Cusac borracho y acabado. En mi imaginación, siempre era un niño.

—África desapareció el mismo día que te marchaste a París. —Bebí un trago—. ¿Notaste algo extraño los días de antes?

—Todo era normal, salvo por la bronca de sus padres. No sé por qué no la dejaron venir al viaje...

—¿Sabes si se había metido en algún lío? ¿Tenía problemas con alguien?

—Es la tía más cojonuda que conozco. Joder, espero que todo sea una broma y aparezca de una vez. ¿Crees que ha intentado ir a Francia en coche?

—No lo sabemos —dije—. Se ha llevado ropa y algún bolso. El coche tampoco aparece. Todo son conjeturas, pero queda el video.

—¿Qué video? —preguntó, extrañado.

—Las cámaras de seguridad grabaron a una persona asomándose a su ventana unos días antes de que desapareciera.

Se quedó blanco. Si estaba ocultando algo, era un gran actor. La existencia de la cinta de seguridad lo dejó tocado.

—¿Saben ya quién...?

—Todavía no, pero estamos tras la pista.

—Hostia puta... —Se recostó—. Joder...

—¿Por qué no has regresado antes de tu viaje?

—Al principio pensé que sus padres exageraban, pero luego me preocupé de verdad. He vuelto en cuanto he podido. No había tantos vuelos en estas fechas. He esperado a cancelaciones. Incluso pensé en coger un tren, aunque tardase dos días. Al final pillé un buen billete, y aquí estoy. ¿De verdad había alguien asomándose a su ventana?

—Han sido días complicados. Incluso fingieron un secuestro. Seguimos una pista falsa y hemos perdido mucho tiempo.

—¿Cómo que fingieron un secuestro?

—Fue la asistenta, pero mejor que te lo cuenten todo al llegar a casa de los Rojas, ¿de acuerdo?

—La madre que me parió... —Elías no salía de su asombro.

—¿Qué es lo último que supiste de África?

—Pues... la vi el día antes de irnos. Aún tenía la esperanza de que la dejaran venir. Si no, habíamos quedado en que vendría aquí mismo, al aeropuerto, a despedirse.

—¿Te suena un local de copas llamado el Cubil?

—Es un local nuevo. Ahí va con sus amigas, yo no suelo acercarme demasiado. Prefiero otros ambientes.

El chico se levantó y me tendió la mano.

—Oye, Roberto, ¿verdad? Espero que encuentres a África, pero me tengo que marchar. No puedo perder más tiempo aquí. Lo entiendes, ¿no?

Entendía que Elías tal vez fuera la persona que menos sabía de todo este asunto. Su coartada era sólida, avalada por su familia, que se había quedado a terminar las vacaciones en Francia. Intentaría hablar con ellos por teléfono para corroborar lo que me había dicho, pero de momento me bastaba. Mis prioridades eran otras.

—Claro —dije—. Saluda a Diego de mi parte.

—Ese cabronazo es capaz de no abrirme.

Se marchó sin haber probado su café. Yo apuré con tranquilidad la cerveza. Después llamaría a Rojas para pedirle que abriera la puerta al chaval. Lo que había dicho sobre que le gustaba que le llamasen de usted me dejó pensativo un buen rato.

Hay hijos que se parecen a su padre. Y no me refiero a aquellos que heredan la nariz, las orejas, los ojos o la alopecia. Se trata más bien de aspectos psicológicos. Un padre debe ser un ejemplo a seguir para su hijo, y el niño tiene que verlo como un héroe. Ya llegará la adolescencia y se convertirá en lo que tenga que ser, pero en la infancia el modelo paterno es indiscutible.

El problema surge cuando el modelo paterno no tiene hijo al que impresionar.

Jaime era mi espejo. En una ocasión le grité a la tele en mitad de un partido de fútbol, y mi crío se puso a llamar tontos a los jugadores. Ahí me percaté del poder que podía ejercer sobre él. Después de aquello me fijé más en lo que hacía. Aprendió a sentarse como yo, me imitaba al caminar, las palabras que usaba terminaban formando parte de su vocabulario. Durante una cena con compañeros, dije que me había acostumbrado a dormir boca arriba. Jaime estaba presente y dijo que él se acostaba boca abajo «porque se había acostumbrado». Mi hijo era mi fotograma, mi negativo, mi clon. La infancia que estaba viviendo era la mía, y yo le observaba a través de sus ojos.

A los psicólogos se les llena la boca al hablar de que los maltratadores proceden de familias desestructuradas, y que vieron a sus padres maltratar a sus madres cuando eran niños. No quería nada de eso para Jaime. Me veía como el justiciero, el policía que detenía a los malos que ponían en peligro a los niños. Para él, era un superhéroe.

Y una tarde descubrimos juntos que los superhéroes no existen, pero sí el mal. Se desvaneció en el aire, justo delante de las narices de papá policía. El poderoso guerrero no era más que un ser humano.

Esperaba en el coche, como casi siempre. Había quedado con Ramos y llegaba tarde. Por la calle había familias con sus hijos. Ignoraba si ya tendrían colegio o aún les duraban las vacaciones, pero había bastantes. Algunos tenían la mirada de sus padres, y por sus ojos se podía distinguir si los visualizaban como modelo a seguir.

Unos golpes en la ventanilla me sacaron de mi ensoñación. Era Antonio. Le abrí la puerta y entró al coche.

—¿No podíamos quedar en el PP? —preguntó.

—Es mejor que no me vean contigo.

—Pues llama por teléfono. Joder, tienes el coche hecho un asco.

—Este vehículo me trae grandes recuerdos.

—¿Como este cartón de vino vacío? —Antonio pateó la basura acumulada en los pies del copiloto.

—¿Has sacado algo en claro con Víctor Hugo?

—Nos contó la verdad. —Me pasó un par de folios que traía en el bolsillo de la

chaqueta—. La asistenta es su amorcito, y le dijo que la chica llevaba desaparecida un par de días. Creen que el padre tiene negocios turbios y por eso le da miedo que entremos nosotros, por si le sacamos cuentas en Suiza o yo qué sé. Ya los hemos mandado con el juez Morales.

Morales era sinónimo de proceso largo lleno de papeleo que inevitablemente terminaba en prisión preventiva. Llevaba poco tiempo en el juzgado, pero quería hacerse un nombre delante de los otros jueces. Hasta los que abollaban el coche al aparcar pasaban un par de noches en el calabozo. Decía que por las malas se aprende antes la lección. Al amigo Víctor Hugo le esperaba una estancia cómoda en Fontcalent.

—¿Crees que se han callado algo? —dije mientras revisaba por encima la declaración que habían firmado.

—Están demasiado asustados. No sé qué clase de justicia les depara en Colombia, pero intentan llegar a un acuerdo para que Martha Cecilia no pise prisión. Han visto demasiadas películas, porque van de cabeza al hoyo.

La declaración tenía multitud de detalles que cobraban verosimilitud. Hasta explicaba que Víctor Hugo fotocopió la carta en una copistería cercana a la Universidad para que no le pillaran huellas dactilares. Estaba paranoico antes de cometer el crimen, por lo que la mezcló con un montón de papeles y se la dio a la dependienta esperando que no se parase a leer lo que tenía entre manos. Casi se meó encima. Sin embargo, lo más importante, el paradero de África, seguía siendo un misterio. Juraban y perjuraban que no sabían nada, y Antonio se lo creía.

—¿Qué vais a hacer ahora? —pregunté.

—Ya lo hemos hecho. Hay un par de compañeros en la casa de los padres. Les tomaremos declaración e intentaremos averiguar qué camino tomó con el coche. Por cierto, como vuelva a sacar una pipa lo empapelo para toda su vida.

Cuando Antonio decía «empapelo» quería decir «matar a palos». Estuve tentado de contarle que el revólver de Diego ahora estaba en la guantera del coche, tras pasar un tiempo por el bolsillo de mi chaqueta. Estaba más seguro conmigo que con un padre ansioso capaz de matar a la asistenta o de pegarse un tiro en la cabeza.

—No sufras por eso.

—Yo no sufro por nada, ni por almorranas.

—Eres un tío duro.

—Como el rabo de un elefante.

—¿Qué más vais a hacer?

—Llamaremos al timbre de algunos vecinos, a ver qué saben o dejan de saber. Pondremos firme al novio y a los amigos por si es una violación que acabó mal. Y después, buscaremos en las calas.

—¿Piensas que está muerta?

Ramos recogió los papeles y los guardó de nuevo.

—Sí —contestó—. Y tú también.

Abrió la puerta del coche y se bajó sin preguntar si quería que le acercase a alguna parte. Yo permanecí un rato mirando por la ventanilla. La gente iba y venía, los niños parecían felices. Algunas madres llevaban los carricoches como si fueran tanquetas, sin miedo a chocar contra otros transeúntes.

Me frustraba comprobar que había padres que no se daban cuenta de que sus hijos querían ser como ellos; y los apuntaban a pesadas actividades extraescolares como tocar el piano o jugar al fútbol en un equipo de empresa. Esos padres proyectaban la frustración de su vida esclavizada al horario de trabajo y querían vivir sus sueños a través de sus vástagos. Lo que no he tenido yo, que lo tenga él. En el fondo lo hacían por bien, pero a veces se trata de observar al niño y ver si le gusta el piano o la pintura, el fútbol o la lectura de cómics. Quizá el crío sueña con ser fontanero, como su padre. O policía, como Jaime.

Yo no quería que jugase con pistolas de plástico, pero a él le entusiasmaban. Inés le compraba accesorios diversos, y él disfrutaba esposando a sus peluches por haberse portado mal. Era imposible hacerle entender lo que era en realidad el trabajo de un patrullero, la cantidad de escoria humana que había suelta por las calles. En una ocasión le conté a Inés un mal día en el curro, donde hallamos a un viejo que llevaba muerto varias semanas. Los vecinos dieron la voz de alarma, ya que la familia lo tenía abandonado en su apartamento. Encontramos comida podrida en la nevera, con larvas de gusano retorciéndose sobre un filete de ternera. La peste era infernal y no conseguí quitármela hasta que me hube duchado cuatro veces. A Inés no le gustó la historia, y me pidió que no volviera a contarle nada tan sórdido. Sin embargo, al ver a Jaime jugando a policías y ladrones, tenía unas ganas terribles de gritarle lo que era en realidad la vida, que no se parecía en nada a sus juegos inocentes. Ojalá lo hubiera hecho. Tal vez, ahora estaría a mi lado y este no sería un mundo peor.

Víctor Hugo pensaba que Diego Rojas ocultaba algo. Creía que se trataba de algún negocio sucio que podía descubrirse si la policía lo ataba en corto. Tal vez tenía información de la asistenta. Quizá eran conjeturas.

Ramos pensaba que África estaba muerta. Iba a interrogar a sus vecinos, conocidos y amigos. Puede que hasta a los profesores que tuvo. Sospechaba que era un delito sexual.

Yo no sabía qué pensar, pero sí qué hacer.

Con un par de llamadas contacté con Miriam, una de las amigas de África. Le comenté lo de la desaparición y le pedí que se reuniese conmigo en un bar cercano a su casa. Le insistí en que avisara a las personas más próximas a África de su grupo de amigos.

El local era una cafetería decorada con gusto inglés. Había placas de moto, anuncios de Coca-Cola, una guitarra eléctrica colgada de la pared y un cuadro de Marilyn Monroe tonteando con James Dean y Elvis Presley. La clientela era joven, de esa que se sienta con un café para cuatro y están todo el día ocupando la mesa.

El camarero no tenía pinta de *hooligan*, más bien de haberse bajado de un tren procedente de Badajoz. Servían cuatro cervezas distintas de grifo, pero tenían muchas marcas de botellines en una nevera cercana. No había ni rastro de boquerones, y las cañas amenazaban con ser caras, pero me arriesgué a probar una pinta de trigo. Me la sirvieron en un vaso de Guinness y tenía aspecto turbio. La cerveza negra nunca me gustó porque me recordaba demasiado al café, pero tras varios años bebiendo cualquier cosa que tuviera algo de alcohol, estaba dispuesto a arriesgarme con tal mejunje. Me dije que si Miriam tardaba en aparecer me tomaría una segunda pinta de malta quemada.

Andaba por el tercer cigarro cuando la vi entrar por la puerta. Era apenas una niña, pero pesaba como una adulta. Estaba gorda, y su andar bamboleante me pareció hipnótico. Un mechón rosa le daba un toque personal a su rostro aniñado. A su lado caminaba un chico con aire desgarrado. Le calculé dos metros de altura, y estaba tan flaco que dudaba que pudiera hacer sombra. Mi presencia en el local destacaba tanto como una folclórica en un entierro y se dirigieron directamente a mi rincón de la barra.

—¿Eres el detective? —preguntó ella, con la misma vocecilla aguda con la que me había cogido el teléfono.

—Me llamo Roberto Cusac. Trabajo para los padres de África. Vamos a sentarnos en una mesa, ¿de acuerdo?

El chico hizo gestos extraños con las manos y estuve tentado de meterle un

puñetazo. No sabía si me estaba insultando o practicando algún tipo de arte marcial. Miriam reaccionó de una forma similar, gesticulando con los dedos. Aquello me resultaba remotamente familiar.

—¿Qué ocurre?

—Siso me preguntaba qué habías dicho —contestó Miriam—. Con el cigarro en los labios no es capaz de leer lo que dices.

—¿Eres sordomudo?

Habría sido divertido que me hubiera contestado. Apagué la colilla y nos dirigimos a un reservado del fondo. Las butacas eran similares a los asientos de un coche, pero con una mesa en su mitad.

—Después de que me llamaras, he hablado con sus padres —dijo—. No tenía ni idea de que se había escapado de casa.

—No se ha escapado. Alguien la acechaba y se la ha llevado.

—Madre mía...

Siso trazó palabras en el aire. Podía estar llamándome «concejal», o quizás algo peor. Nunca lo sabría. No quedó más remedio que esperar a que terminase de trenzar el aire y aguardar la traducción simultánea.

—Dice que si podemos ayudar en lo que sea, que nos lo digas.

—¿Dos horas agitando los brazos y solo dice eso? —pregunté.

—También dice que no se fía de ti. La verdad es que yo tampoco. ¿Tienes alguna placa o licencia?

—Por supuesto. Suelo salir a la calle con todos los títulos que tengo desde parvulario. —Sus miradas eran de desconcierto—. No llevo arma, ni tengo placa y no visto con gabardina y sombrero. Busco personas. Así que, cuanto antes podamos empezar a hablar, antes podré encontrar a África.

Volvieron a realizar esos gestos que tan nervioso me ponían.

—Está bien. —Asintió Miriam—. Queremos ayudar, ya te lo hemos dicho.

—De acuerdo. —Saqué mi libreta de notas—. ¿Sois amigos de África?

El chico empezó de nuevo a remover el aire. Tenía miedo de que invocara el fantasma de Franco, así que le detuve en seco agarrándole un brazo.

—Ya vale, ¿quieres? Si tienes algo que decir, lo haces al final. Si no, no terminaremos nunca.

Miriam puso paz dando un paso adelante.

—No pasa nada. Yo contestaré por los dos.

—Mucho mejor. Mis nervios te dan las gracias.

—Conozco a África desde hace años. Antes de mudarse, vivíamos en el mismo barrio. Siso la conoce por mí. Es mi novio, ¿sabes?

—Fascinante. ¿Te consideras la mejor amiga de África?

—Claro.

—¿Y por qué no la has llamado en cinco días? ¿Acaso sabías que había desaparecido?

Tocar el ego de las mejores amigas solía funcionar entre mujeres. Siempre caían en la trampa, sobre todo si estaban juntas. Después le lancé el directo a la mandíbula. Según la lista que me había pasado Clara Orozco, Miriam llamaba por teléfono un par de veces por semana. Y lo más curioso de todo es que no había telefonado ni una sola vez desde que África desapareció.

—Yo no sabía que había desaparecido. Ella dijo que tal vez se iría a París con Elías. Es su novio, no sé si lo conoces. —Asentí con la cabeza—. Me contó que, si no me llamaba estos días, es porque estaba de viaje por Francia. Le di un par de toques al móvil, y como lo tenía apagado supuse que estaba en plan turista. ¿Cómo iba a imaginarme que estaba desaparecida? Hasta que no me has llamado, no tenía ni idea. Ya te digo que he hablado con sus padres para que me lo confirmaran. Todo esto me parece un mal sueño...

Siso le pasó el brazo por encima del hombro para abrazarla. Aquel gesto en concreto sí que lo reconocí. Yo también había consolado así a Inés cuando tuvo los abortos.

—¿Pasabais mucho tiempo juntas?

—Bastante. Íbamos por ahí cuando no estaba con Elías. Es muy celoso, no le gusta que salga con nosotros.

—¿Sabes si África tenía algún enemigo?

—Llevo pensando en eso toda la mañana y no se me ocurre nada.

—¿Algún exnovio? ¿Un admirador secreto?

—Elías es su primera pareja seria. El resto, ya sabes, algún rollo sin importancia. Y tampoco es del tipo de chicas que ligue sin proponérselo. No atraía a muchos tíos, la verdad.

Ella tampoco era de ese tipo de chicas. Junto a Siso, formaba una pareja medio cómica, medio extraña. Él tan alto, ella tan gorda. Los dos hablando con gestos. Si tuvieran un programa de televisión, seguro que funcionaba.

—¿Te habló de algo que la inquietara? ¿Tenía miedo de alguien?

Lo pensó durante un par de segundos.

—Con Elías tenía peleas de vez en cuando, pero como todos. Nada importante. Y ya te digo, enemigos ni uno.

—¿Cuál era la relación con sus padres?

—A ratos bien, a ratos mal. El señor Rojas es un manipulador. Si fuera por él, su hija tendría hilos y la manejaría como una marioneta. No quería que fuera a Francia con la familia de Elías, ¿sabes? Siempre le ponía pegas a todo lo que hacía.

—¿Alguna vez amenazó con irse de casa?

—No llegaba a ese extremo. Quería terminar el colegio y marcharse a estudiar a otra ciudad. Es lo más parecido que le oí decir.

Me quedaba sin preguntas, y los interrogantes continuaban sin respuesta.

—¿Qué crees que le ha podido pasar?

—No entiendo por qué alguien querría llevársela. Todo esto es muy raro. Estoy

bastante nerviosa, la verdad.

Siso gesticuló con violencia. Imagino que esa era su forma de gritar. Miriam le contestó con la misma actitud. Al fondo, el camarero de Badajoz nos observaba con la resignación de que éramos de los que se pedían un café para ocho y ocupaban la mesa hasta el cierre.

—¿Qué le pasa ahora?

—Nada, da igual.

A Siso no le gustó que no le tradujera y se mostró aún más intratable.

—¿Qué dice?

—No importa.

Siso resopló, dio un golpe en la mesa y me arrebató la libreta y el boli. La tentación de darle una bofetada era algo que salía de dentro de mí, aún no entiendo muy bien por qué. Se ve que hay gente que te cae bien, y otra que no la vas a tragar en toda tu vida por muy amable que sea. Siso pintarrajeó una hoja en blanco y escribió una única palabra.

—Violador. —Leí—. ¿Qué significa esto?

Miriam se tapó la boca con la mano antes de hablar.

—Es una tontería que se le ha metido a Siso en la cabeza. Es mejor no hacerle caso.

—Claro, pero qué te parece si primero me lo explicas y luego ya decido.

—No es nada. Es que Siso se monta cada película que...

—Cuéntamelo.

La chica miró al cielo. No era resignación, sino aburrimiento. Estaba convencida que lo que iba a decir era una tontería muy grande, pero aun así lo dijo.

—Nosotras solemos ir a un local que se llama el Cubil. África viene muy a menudo. Pero desde hace un par de semanas ha aparecido por allí un tipo extraño. Es mayor, y se pone en una esquina a mirarnos. A Siso no le gusta, porque siempre tiene las manos en los bolsillos y cree que se toca. Piensa que es un pederasta, que le gustan las jóvenes. Antes o después molestará a alguien y le partirán la cara.

Un hilo al que agarrarse. Endeble pero sospechoso.

—¿Y no crees que esa información era importante? —Pregunté.

—Ese tipo es un pobre desgraciado. Estoy segura de que acaba de salir de un divorcio y no sabe qué hacer. Tiene la sociabilidad oxidada. Siempre hay gente de esa, y nos mira a todas, no solo a África. Al Cubil va mucha gente, ¿sabes?

Siso señaló de nuevo la palabra que había escrito. Estaba convencido de que era un pedófilo, y quería que actuase. Pero ¿hasta qué punto estaba relacionado con África? Tal vez Siso había visto en mí la solución para quitarse de encima a un señor adulto que les molestaba en su local de casi adultos.

—Lo tendré en cuenta —dije.

—Haz lo que quieras. Espero que encuentres a África pronto. Tenía un examen en unos días.

Miriam vivía en su planeta. Estaba nerviosa, pero no terminaba de comprender la envergadura de todo este asunto.

—Antes has dicho que vivíais en el mismo barrio. ¿Cuál era?

—San Blas. Éramos vecinas puerta con puerta. Nuestros padres también son muy amigos. Cuando se lo he contado no se lo creían.

Me rasqué la cabeza. Tenía la sensación de estar dando vuelta sobre lo mismo.

—¿Y el resto de los amigos de África? ¿Por qué no han venido?

—No son tan cercanos... —De nuevo, el ego de la mejor amiga proliferaba—. Hemos quedado esta noche en el Cubil. Si quieres, los puedes encontrar allí.

Siso señaló de nuevo la palabra «violador» escrita en mi libreta. Quizá al final tendría que ocuparme de aquello.

—¿A qué hora soléis ir?

Durante el *apartheid* de Sudáfrica, el único lugar donde coincidían blancos y negros era en Alcohólicos Anónimos. Aquello fue lo que me hizo decidirme a aparecer por allí.

Hay otras organizaciones que funcionan con grupos de autoayuda, pero en AA es distinto. Todos somos alcohólicos. Nadie lo niega. Y todos somos anónimos. Al salir de las reuniones, cada cual retoma su vida como le parece mejor. No se juzga. No se obliga a nadie a hacer nada. Es voluntario. Y funciona.

Les sorprendió mi actitud. Al parecer, la mayoría acuden asustados y nerviosos, con el miedo de que los descubran. Yo llegué con la convicción de que el alcohol era una forma de castigo autoinflingido que había derivado en adicción. En mis tiempos como policía había visto a muchas familias rotas por la bebida y el juego. Mi primer acercamiento sucedió en una reunión abierta, donde puede acudir cualquiera, ya sea para cotillear o para informarse. Allí vi a hombres adultos llorar, a otros asumiendo sus errores. Miradas de súplica, de ira, de vergüenza, de desesperación, de calma. Allí sucedía algo.

Todos éramos borrachos, incluso el moderador encargado de orientar los temas. Y todos éramos anónimos. Si había un policía, un médico o un diputado, estaban allí por lo mismo que los demás. Al entrar solo éramos alcohólicos. Al salir, se retomaban las vidas de cada cual. Encontrabas madres jóvenes, jubilados en las últimas, e incluso a un homicida arrepentido que mató a un tipo mientras iba trompa.

—No hay que temer a la cuarta o a la quinta copa —dijo el moderador, a modo de mantra—. La peligrosa es la primera. Recaer es arriesgarse a morir. Un accidente de tráfico, un fallo cardíaco. Morimos. Es lo que debemos tener claro.

Alcohólicos Anónimos no es una secta, pero predicán los doce pasos. En ellos, se habla de Dios. Es más fácil rezar que meditar, pero ambas son igual de válidas.

Desde que decidí acudir a ellos, he estado pensando en eso que llaman «*más allá*». No me refiero al cielo o al infierno. Cuando hablábamos de Dios en AA, no se referían a Cristo o Jehová. Cada cual tenía el suyo. Uno de los que acudían a las reuniones, un chico joven que resultó ser escritor, aseguraba profesar una extraña religión a dioses nórdicos, y hasta llevaba un martillo en la mochila. Pensamos que nos tomaba el pelo, pero resultó que existía. Un tal Thor.

Aquella era su visión de Dios. La mía también era particular. No podía imaginar a alguien construyendo el mundo, ni siquiera a una conciencia que nos vigilase a todos. Sin embargo, ni los científicos se aclaran al definir lo que mueve a un ser vivo. Yo creo que no es el alma, sino una energía sin nombre. Los perros están vivos, tienen momentos de dolor, de felicidad, son inteligentes. Ninguna religión los dota de alma,

pero algo los mueve igual que a los demás. Llamarlo energía es tan válido como llamarlo alma.

Una vez lo comenté con Inés. Ella imaginaba el *más allá* como una gran sala sin paredes, donde se reúne un montón de gente sin prisas, sin nada. Porque allí no hay ropa y si la hay es la misma para todos. Porque lo que no hay es materialismo. Nadie se lleva nada al *más allá*. Los objetos materiales quedan en el mundo, y al otro lado se llega con las manos vacías. Se terminó sufrir por la cuenta del banco, por la letra del coche, por el colegio, el trabajo, las vacaciones. No hay nada. En el *más allá* todo es vacío.

Nunca imaginé a Jaime en ese lugar. Él está en un limbo extraño, informe, nebuloso, donde no pasa el tiempo y es un niño eterno.

La charla avanzaba por los derroteros de siempre, y yo me despistaba a cada segundo. Pensaba en Jaime, en África, en Inés. Me decidí y di un paso al frente.

—Hola. Ya me conocéis. Soy Roberto. Llevo unos días en los que bebo menos. Estoy ocupado con un trabajo que puede que me destroce, pero también ha logrado que me acerque a mi esposa. Es la esperanza que me queda, que nos reconciliemos, que enterremos el pasado por muy doloroso que resulte. Sé que el objetivo es no beber nada, que una copa es igual que mil, pero para mí, que he estado a punto de ahogarme en vodka, es un gran paso adelante. Me siento orgulloso. No es como racionar los cigarrillos, pero se le parece. Mi intención es recuperar el timón de mi vida y no soltarlo más. Inés representa lo bueno que tengo, lo que fui. Por mucho que intente matarme con la bebida, ahora tengo algo por lo que luchar. Y esta vez no voy a rendirme sin pelear.

Nunca habría imaginado algo así para Jaime. Desapareció con seis años, y en aquel momento habría tenido diez. A veces lo recreaba en mi mente, pero siempre era un niño. Sin embargo, el Cubil estaba abarrotado de adolescentes. Unos fumaban, otros bebían. Quizá ellos se convirtieran a su vez en adultos responsables y cariñosos padres, pero en realidad comenzaban en la decadencia de la bebida.

Era un agujero estrecho con mesas al final y una barra que abarcaba todo lo largo del local. Se trataba de una nueva afrenta a los bares, una discoteca en el espacio de una cafetería y hasta con la misma distribución. Contaba con tres pilares inmensos con perchas para colgar las chaquetas y una repisa de aluminio para dejar los vasos vacíos. Las luces creaban extraños dibujos con el humo, aunque llamarlas luces era todo un piropo. El Cubil estaba muy oscuro y casi no se distinguía a nadie. Dentro de poco tendrían que contratar a acomodadores de cine para hallar el camino al servicio con la ayuda de una linterna.

Encontrar a Miriam fue sencillo. Tan solo tuve que ir hacia la pica de su novio. Siso lo observaba todo desde las alturas, pero más que un águila parecía un faro desgarrado. Me abrí paso entre la juventud borracha y la música a toda potencia y alcancé la torre. Miriam me saludó con dos besos, algo que me trastocó un tanto. Estaba fuera de lugar y hasta la más elemental cortesía social me parecía extraña en aquel ambiente. Siso me dio la mano. Estaban acompañados de varios amigos más.

—También conocen a África —dijo Miriam, voz en grito—. Son Fernando, Julia y Langus.

Parecían más preocupados en beber que en la desaparición de África. Langus se acercó a mi lado.

—Si vas a darle una paliza al pajero, yo me apunto.

Nadie le habría dejado apuntarse siquiera al bingo. Era pequeño y con gafas, aunque tenía un par bien puestos, eso no se podía discutir. Le palmeé la espalda y levanté un pulgar. No sabía si aquel gesto seguía siendo moderno, o tal vez pasó de moda en los noventa, pero no me apetecía gritar como un gato despellejado para hacerme oír.

Siso gesticuló en mi dirección y en esta ocasión mostré los pulgares de ambas manos. Fue la primera vez que nos comunicamos, y el muchacho se marchó hacia la barra. Se movía como una lagartija para lo largo que era.

—No esperaba que te gustase la absenta. —Voceó Miriam directa a mi oreja.

—¿Aquí os sirven eso?

—Es la especialidad de la casa.

—¿Y no saben que sois menores o qué?

—Siso tiene diecinueve, no hay problema. Él nos saca las copas, aunque podrías enrollarte y pagarte algo, ¿no?

No les preocupaba África lo más mínimo. Aquello era la amistad para las nuevas generaciones. Quizá se trataba de colegas de fiesta, no de amigos de verdad, de los que dan todo por el otro. Aunque, repasando mi vida, yo no había tenido ninguno. Lo más parecido era Antonio Ramos, y no dejaba de ser un excompañero de trabajo con el que reírse de vez en cuando. El resto era gente que había pasado por mi vida en distintas etapas. Unos perduraron más, otros se fueron enseguida. Tal vez me equivocaba y el grupo de África era muy cercano, aunque a mí me parecían gente con la que se sale a beber y poco más.

—Cuando haya solucionado lo de vuestro sospechoso cincuentón, me gustaría hablar con vosotros —le dije—. Uno por uno. Podemos ir a un sitio más tranquilo, ¿de acuerdo?

—Como quieras, aunque no sé qué más te podemos decir. Ellos sabían lo mismo que yo.

—Nunca sabes dónde vas a encontrar las respuestas.

Siso regresó con seis chupitos de algo tan verde que parecía detergente. Se los repartieron, chocaron los vasos y se los bebieron sin pestañear. Les imité, y el líquido me quemó la garganta. Sentí el alcohol evaporándose en mi estómago y escalando por el esófago. Estaba acostumbrado a tomar bebidas espirituosas, pero aquello era demasiado. Los chavales lo aceptaron como lo más normal del mundo. Me preocupaba que tuvieran el hígado tan curtido como yo.

Pensé qué clase de hombre adulto frecuenta antros de adolescentes. Yo lo hacía por trabajo, pero no me sentía a gusto en absoluto. Todo era niñería, y las conversaciones nunca llegarían al nivel de lirismo y complejidad intelectual del Tugurio. Un separado podía buscar pareja por otros cauces, en concreto en otras mujeres divorciadas. Y si era un perverso, como aseguraba Siso, se arriesgaba mucho al entrar durante horas en un ambiente juvenil. Era demasiado descarado, se exponía en extremo. Por otro lado, si hacía caso al olfato de Miriam, tal vez fuera un tipo tan fracasado que ni siquiera sabía qué hacer tras años de un matrimonio frustrado. En cualquier caso, me parecía una pérdida de tiempo.

—¿En serio eres detective? —me dijo Julia, la otra chica del grupo.

—Algo así.

Era menuda, de dedos muy largos, como si fuera pianista o una experta en estrangulamiento. Sus ojos debían de ser de algún color, pero a esas horas de la noche la parte blanca era roja y la coloreada se fundía con el humo azul de los cigarrillos. Su acento era de alguna parte de Sudamérica, pero no pude ubicarlo con exactitud.

—¿Y se liga mucho? —preguntó.

—Creo que les va mejor a los toreros y a los cantantes.

—Lo imagino.

—¿También eres detective?

—No, yo estudio Biología. Soy de Chile, estaré aquí solo un año.

No tenía ganas de hablar con ella. Me sentía incómodo. Su mundo distaba mucho del mío. Aquello era asomarse, una vez más, al pasado. Y, como siempre, prometía ser doloroso.

—Estás casado, ¿verdad? O quizá divorciado.

—¿Seguro que no eres detective?

—Se te nota.

—¿En qué?

—¿No lo sabes? —Pareció sorprendida—. Te contaré una historia de Biología. ¿Has oído hablar del cóndor andino?

—¿Es el avión supersónico ese?

—No, eso es el *Concorde*. El cóndor es el ave de mayor envergadura de un ala a otra. Es majestuoso verlo volar por el cielo en Santiago.

—Entonces soy majestuoso, ¿no?

—Espera que termine. Es un ave monógama. Esto quiere decir que tiene una pareja para toda su vida. Además, suelen criar a sus polluelos de uno en uno. Lo cierto es que el cóndor es todo un padrazo.

Psicología barata de discoteca. No sé por qué le seguía el rollo. Fumó de nuevo y continuó con su clase magistral:

—Cuando la hembra cóndor muere, el macho entristece tanto que hace algo muy extraño: comienza a volar sin rumbo, sin comer ni descansar. Al final, cuando ya no le quedan más fuerzas, deja de batir las alas y se estrella contra el suelo.

Ahora sí la escuchaba con atención. La historia que contaba cada noche para darse valor tomó un significado extraño. El superpájaro, monógamo, padrazo, llevado por la desesperación realizaba un suicidio épico. Se dejaba morir. Quizá no tenía alcohol con el que matarse.

—Por otro lado —prosiguió la chilena—, si la hembra cóndor pierde al macho, simplemente se busca otra pareja.

Aquella fábula dejó de gustarme.

—¿Entonces cómo sabes que estoy separado?

Sonrió.

—Digamos que tienes la mirada de llevar mucho tiempo volando, pero todavía no quieres estrellarte contra el suelo.

Definitivamente, odiaba la psicología barata de discoteca.

En ese momento se encendieron las luces. Todo el local quedó iluminado y hasta cegaba un poco. El pinchadiscos agarró el micro y le deseó un feliz cumpleaños a una tal Nuria y se escucharon pitidos y aplausos. La chica llevaba una banda de Miss Guapa y se subió a la cabina para recibir un abrazo, un beso y un regalo del Dj. Esta vez se escucharon más pitidos.

Miriam me tocó el hombro.

—Es aquel panoli —dijo.

Siso señalaba hacia la puerta. En el umbral había un tipo con abrigo largo, calvo y con barba. Sentí cómo me hervía la sangre y la adrenalina se disparó. No esperaba volver a verlo en mi vida, y mucho menos en esas circunstancias. Los fantasmas del pasado más oscuro reaparecieron con sus cadenas y todo. Miró al gigante Siso con el brazo estirado hacia él, y nuestras pupilas se cruzaron. Entonces se quedó petrificado.

Estaba claro que Gaspar Barrachina tampoco esperaba encontrarme allí.

Los demonios existen. A veces los veía, hurgando en mi interior, removiendo mi alma saldada y desgarrando lo bueno que tuve pero no retuve. El infierno habita en el corazón de cada persona. La crudeza del dolor recorre las venas, galopa por el cerebro, excava en lo más hondo de lo que fuiste, hasta alcanzar un rincón donde ocultarse. Allí se cobija, agazapada junto a la angustia, besándose con el sufrimiento, follando con la desesperación. Y del coito nace un demonio que antes o después te posee.

Siempre había creído que las personas huyen porque son culpables o tienen algo que ocultar. Y Barrachina salió por patas tras verme en el Cubil.

Yo pensaba desatar el infierno una vez más. Dejé salir a mis demonios y corrí tras él. Sabía que si lo atrapaba, lo mataría. Luego pensaría por qué lo había hecho, aunque sospechaba que era por el placer de la venganza.

Son los puzzles que se hacen solos. De repente, una pieza encaja y ves el cuadro al completo. Barrachina en el Cubil. África desaparecida. África salía de fiesta por el Cubil. Un acosador immortalizado por las cámaras de seguridad de su *chalet*. Siso piensa que es un perverso. Barrachina. África. Puzzle completo.

Mi cuerpo era una máquina. No lo controlaba, pero lo sentía. Los latidos en los oídos, la respiración acelerada, el estómago intentando vomitar el corazón. Me abrí paso entre la gente. Langus y Siso me acompañaban. No los quería a mi lado, no quería que fueran cómplices de asesinato.

Barrachina. Se había quedado calvo, se había dejado barba. Alguien juró que un tipo con barba se llevó a Jaime. Barrachina.

Lo iba a estrangular. Apretaría con fuerza la tráquea hasta partirle la nuez. Le clavaría los pulgares tan hondo que desgarrarían la carne y llegaría al esófago. Después le rompería las costillas a patadas, saltaría con ambas piernas sobre su pecho y le hundiría la caja torácica.

En la calle había demasiado jolgorio. La noche no ayudaba a mirar en largas distancias. Vi a muchachos bebiendo bajo la luz de una farola, un segundo garito de copas con gente amontonada en la puerta. Barrachina se había volatilizado. En un momento de lucidez llegué a pensar que estaba loco, que todo era producto de mi imaginación, que daba vida a los deseos más sórdidos de mis demonios.

Siso tenía una perspectiva distinta a la mía, al menos de un par de palmos por encima, y señaló hacia un callejón al tiempo que emitía un ruido gutural. Vi una figura que desaparecía a la carrera tras unos coches aparcados.

Salí a toda velocidad, y esta vez no me pesaron los años de alcohol. Torcí por el callejón justo para ver una sombra que se introducía en un portal. No había nadie más

en esa calle, toda la gente se acumulaba en la zona del Cubil.

Me aproximé despacio, sin hacer ruido, por la misma acera del portal. Me arrepentí de no haber cogido una botella del garito, ya que Barrachina podía llevar algún tipo de arma para defenderse. Ordené a Siso y Langus que se quedaran detrás de mí, que no me siguieran. Me hicieron caso. Los galones de la edad aún se respetan en ocasiones.

Al llegar al portal sentí una respiración pesada. Vi la punta de unas zapatillas negras. Me abalancé. Lo enganché del cuello y lo tumbé sobre la acera. Cuando iba a descargar el primer puñetazo, me detuve en seco.

No era Barrachina. Se trataba de una mujer de unos cuarenta años, de aspecto enfermo y pelo entrecano. Me observaba con ojos de loca, quizás debido al pánico. Yo aún tenía el puño en alto.

Siso y Langus me sujetaron. La mujer se levantó con dificultad. Se llevó la mano al cuello. Tenía las uñas negras.

—No es el pajero —dijo Langus.

—Yo... —No sabía qué decir—. Lo siento.

—Vamos, tenemos que separarnos. —Langus se fue hacia el final del callejón—. Nos vemos en el Cubil.

Siso salió calle abajo, y yo me quedé allí, sin saber cómo disculparme. Había estado a punto de partírle la cara a alguien que no tenía nada que ver con mis demonios. La mujer se marchó de allí sin abrir la boca, dejando un aroma a carbón apagado. Tal vez estaba en estado de *shock*. No todos los días te persigue un capullo fuera de sí que te quiere matarte a golpes. Yo también me habría escondido en un portal oscuro a la espera de que pasase todo.

Rehice el camino y volví a la zona del Cubil. Puede que Barrachina se hubiera ocultado hasta que me vio desaparecer por el callejón contiguo. Ahora ya se habría marchado. Le habría dado tiempo hasta de pillar un taxi.

Aquello podía ser bueno. Me hacía recapacitar. Ahora tenía una pista clara a la que agarrarme. Solo necesitaba localizar dónde se escondía.

Gaspar Barrachina podía darse por jodido.

—No me dijiste que Barrachina estaba en libertad.

Ramos apuraba su café en la Tasca pp. Me hizo un gesto para que le siguiese a una mesa y me sentase a su lado. Los nervios me habían impedido dormir y prefería quedarme de pie, pero decidí hacerle caso.

—Anoche me lo encontré por sorpresa. Casi lo mato.

—¿Y vienes aquí a contarlo? Esto es territorio de la policía, Rob.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que había salido de la cárcel?

—Lo soltaron hace un par de meses. ¿Qué quieres que te diga? No podía ir corriendo a decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque quería evitar esto, que volvieras a obsesionarte con él.

—No estoy obsesionado. Puede que se haya llevado a África. Sus amigos me lo confirmaron.

—¿Y dices que no estás obsesionado? Vamos, no me jodas. El tío que pensabas que se había llevado a tu hijo es el mismo que ha secuestrado a África, ¿no?

—No hay muchos pedófilos pervertidos en Alicante. Es de lógica pensar que alguno de ellos ha sido el culpable.

—Y ahora me dirás que lo haces por la chica de los Rojas.

—Así es.

—No, coño. —Antonio golpeó la mesa—. Tú quieres cargarte a ese tío. Tienes la espinita clavada, y te quieres dar el gusto. A mí me importa una mierda lo que hagas. Solo te diré dos cosas: que no me entere y que no me salpique.

—¿Y la conversación que tuvimos en el coche? ¿De verdad me habrías dejado matarle? Pues es el momento de hacer algo, ¿no te parece?

Ramos se frotó las manos. Respiró profundamente y me miró a los ojos.

—Que no me entere. Que no me salpique. Han pasado los años, y como te dije, miro mucho por donde piso.

Encendí un cigarro. Estaba claro que no iba a salirse del camino.

—¿Me ayudarás a encontrarlo?

—Depende. ¿Qué ha hecho?

—Ya lo sabes.

—¿Tienes pruebas?

Le conté todo lo que sabía. Me explayé en la aparición en el Cubil. Ramos era un policía, y aunque el encuentro con Gaspar Barrachina no certificaba nada, ambos teníamos la misma sensación en las tripas. Cuando terminé, mi pitillo se había convertido en ceniza.

—Y después, ¿qué? —preguntó—. ¿Le metemos dos tiros y lo tiramos al mar? ¿O prefieres meterte hacia el interior y deshacerte del cuerpo en algún pozo abandonado?

—Son muchas las preguntas que hay que hacerle. África. Jaime. Aquí está pasando algo. Y tengo que averiguar qué.

—No se llevó a Jaime. Le interrogué a fondo, ya lo sabes. Muy a fondo. Y ese tío será un puto enfermo y a saber qué más, pero a tu chaval no le tocó un pelo.

—Es muy fácil decirlo. No era tu hijo.

—No me jodas, Roberto.

—Tú no tuviste que ordenar sus fotos, que recoger sus juguetes. Tú no tuviste que mirar a tu mujer a la cara y decirle que su único hijo, el que tuvo tras varios abortos, se lo había llevado alguien con unas intenciones que es mejor no imaginar. Tienes familia, Antonio. ¿Qué habrías hecho en mi lugar? ¿Y si alguien le toca un pelo a Leo? Dime que no matarías al culpable.

—Lo que te pasó es la mayor desgracia que le puede ocurrir a un hombre, estoy de acuerdo. Sé que es una putada que te obsesionaras con él y perdieras un día de investigación. Pero Barrachina no fue. Métetelo en la cabeza, ¿vale? Puede que tenga algo que ver con África, pero nada que ver con Jaime.

—¿Puedes asegurarlo al cien por cien? ¿Te apostarías el futuro de tu hija?

Antonio se quedó pensativo. No era lo más normal en él, que actuaba por impulsos por mucho que le gustase creer que pensaba cada movimiento y lo tenía todo controlado. Aquella era una discusión que no quería tener. La balanza oscilaba entre la amistad y el pringarse por ayudarme a cambio de nada. Lo único que podría obtener de aquel lío era otro expediente abierto sobre la mesa del comisario.

—Moveré hilos para saber dónde vive —dijo al fin—. Puede que algún confidente sepa algo. Pero recuerda lo que te he dicho.

—Que no te enteres.

—Y que no me salpique tu mierda. Bastante tengo ya, créeme.

Encontré una vez a Barrachina. Podía volver a hacerlo.

Entré en un supermercado y compré el vodka más caro que encontré. Aquel día no quería contenerme, y si terminaba entre rejas al menos habría disfrutado de un trago en condiciones.

Los quioscos de prensa aguantaban el frío como podían, plantados entre el gentío con periódicos con las mismas noticias de otros años. Localicé el que buscaba en mitad de Alfonso X. Se diferenciaba de los demás por contar con un gran surtido de cómics, revistas de videojuegos, caramelos endurecidos y un amable dependiente que regalaba chicles a cada cliente entre diez y quince años. Era Marcos Espinosa, alias Gominolas, un asociado conocido de Barrachina y quien me contó hace años dónde podía encontrarlo.

No me reconoció al llegar. Quizá había ganado peso y entradas, pero él continuaba igual, con ese rostro retocado por el bótox que le daba un aspecto cadavérico. Se gastaba todo lo que ganaba en tratamientos de belleza para parecer más joven. Tenía la piel grasienta de la mezcla de cremas, y un desafortunado trasplante de pelo le había dejado la cabeza con aspecto de muñeca de plástico, con pequeños mechones cuadriculando su calva. Leía una de esas revistas para adolescentes en las que regalan pulseras de la suerte, hacen tests para confirmar si sabes besar y te dan los doce consejos infalibles para gustarle a ese chico. Espinosa estaba bien informado de la actualidad juvenil.

—Hola, Gominolas. —Saludé.

El perverso me observó con distancia. Me había reconocido al fin, pero trataba de disimularlo. Llamarlo por su mote acentuó el tono de agresividad.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde está Barrachina?

Su respuesta de «no sé de qué hablas» se mezcló con el sonido de mis patadas a su mercancía. Desparramé pilas de periódicos deportivos por el suelo que los equipos de limpieza municipal habían dejado encharcado.

—Tienes esto muy desordenado, Gominolas. Deberías ser más cuidadoso con tus productos. No creo que puedas devolverlos en este estado.

Tenía un *stand* giratorio para los cómics. Lo empujé y cayó en mitad de la acera. La gente se detuvo a mirar.

—¡Para, por Dios!

—Estoy muy borracho. —Saqué la botella de vodka del amplio bolsillo de mi chaqueta y le metí un trago—. No soy consciente de lo que hago.

—Te juro que no sé dónde está Gaspar.

—¿Te importa si meo? Tengo la vejiga a reventar.

Hice el ademán de bajarme los pantalones, pero Espinosa se llevó las manos a la cara en su cubículo, mientras repetía «vale, vale, vale».

—Le soltaron hace unos meses —dijo—. Se quedó en mi casa un tiempo. Decía que iba a buscar trabajo y un apartamento para él solo, pero se dedicaba a pajearse y a salir hasta tarde por *afters* de adolescentes.

—¿Sigues en tu casa?

—Lo tuve que echar hace dos semanas.

—¿Qué?

—Está enfermo. —Recapitó unos instantes y continuó—. Bueno, más enfermo que otras veces. Lo pillé masturbándose, ¿sabes? Estaba viendo un video de niños discapacitados. Era de una fundación de nosequé, y los enseñaban a nadar. Aquello me pareció demasiado.

—Y lo dice otro perverso.

—Yo quiero gustarles. Pero lo de Gaspar con los críos paralíticos... Me dio pavor. Me contó que había descubierto un filón en los chicos con parálisis cerebral, que muchos no podían ni hablar, y tampoco podrían chivarse de lo que les hiciera. Estaba preparando un currículo falso para entrar a trabajar en un colegio de educación especial.

Barrachina no se recuperó en la cárcel de sus depravadas inclinaciones, sino que se había hecho más listo. Ahora quería una víctima aún más indefensa que un niño. No podía imaginarlo trabajando con disminuidos psíquicos y físicos. Iba demasiado lejos, cruzaba una frontera que no podía ni concebir.

—¿Y por eso lo echaste? ¿Por ser más enfermo que nadie?

—No quería que me relacionasen con él, ¿vale? Tenía claro que iba a terminar de nuevo entre rejas, y prefería no tenerlo bajo mi techo. Joder, yo tengo un negocio, y no violo a niños. Trato de ser amable, pero Gaspar está desesperado. Es capaz de cualquier cosa.

—¿Dónde está ahora?

—Le di mil euros y le dije que no quería saber nada de él, pero después me llamó y me contó que estaba en un hostel. Ahora no recuerdo el nombre, pero...

Rompí a puntapiés un cristal lateral donde guardaba revistas descoloridas por el sol. Los peatones observaron todo incrédulos. Cuando iba a destrozar el soporte de películas malas, Gominolas salió del quiosco con gesto suplicante. Iba a pegarle un puñetazo de carácter gratuito y sin garantía, pero llevaba las manos por delante y se cubrió rápido.

—El hostel Mayamy, ¿de acuerdo? El Mayamy.

—¿Tienes su teléfono?

—¿No me has escuchado? Está en un hostel. ¿Cómo quieres que...?

Una nueva patada contra la sección de revistas de coches interrumpió su perorata y consiguió que me prestase toda su atención.

—Si me entero de que lo has avisado de alguna manera, volveré por aquí. Y te juro que quemo el quiosco contigo dentro. Barrachina se puede escapar, pero a ti te tengo bien vigilado. ¿Quieres que te joda vivo? —Negó con la cabeza, al borde de las lágrimas—. Pues estate quietecito.

Estiré el brazo y cogí un paquete de tabaco del interior. Le dejé el dinero sobre la repisa y me marché. Tropecé con una pieza de plástico de uno de esos coleccionables de montar cosas que nadie se termina.

—Recoge todo este desastre —dije—. Tienes el quiosco hecho un asco.

Durante mucho tiempo, mi cuadro preferido fue *Saturno devorando a sus hijos*, de Goya. Plasmaba una pesadilla como nadie. Después me enteré de que tras una restauración le quitaron un enorme pene erecto. Aquello me pareció aún más horrible, traspasando los límites de la razón. Y, cuando desapareció Jaime, ya no pude volver a ver esa pintura.

Devorar a niños. Pene erecto. Pesadilla. Horror.

Las palabras de Ramos eran de apoyo, pero su mirada indicaba otra cosa. Sabía que si quería encontrar a Barrachina, tendría que usar mis propios medios. No podía quedarme quieto en casa. Algo dentro de mí me empujaba a moverme. Antonio buscaría por su lado, pero yo lo haría por el mío.

Llamé al Hostal Mayamy y me hice pasar por funcionario del juzgado. Pregunté por Gaspar Barrachina para llevarle una notificación. El recepcionista me comunicó que se alojaba en la habitación ocho, pero que en ese momento no estaba allí. Lo apunté en mi libreta y colgué. Era todo cuanto necesitaba.

El Mayamy era una ruina reconvertida en antro. Algunas prostitutas se paseaban por la calle a la caza de algún capullo con pasta para gastar. Tenía una puerta de cristal que el conserje de día se afanaba en limpiar. La roña, sin embargo, era más tozuda y prefería quedarse en su lugar original. Un grafiti en la pared sugería que la gente debería usar las tripas del último poli para ahorcar al último Papa. Toda una declaración de intenciones en una metáfora sutil y bella.

Vigilé desde el bareto de enfrente. No era el Tugurio, pero estaba bien. El camarero disimulaba cuando le pedía un refresco de naranja tras otro y lo mezclaba con mi propio vodka. A partir del cuarto decidió cobrarme por adelantado. La ira maceraba por dentro, los demonios se despertaban y hacían planes alegres sobre matar y mutilar. El alcohol pateaba mi estómago, pasaba a mis venas y se alojaba en el córtex cerebral, formando un almizcle de justa venganza y de mirada borrosa.

Abrí mi cuaderno de notas. Subrayé el nombre de Barrachina. Repasé el número de la habitación. En una esquina escribí mis pensamientos:

«Lo mataré. Cabrón, estás muerto, tres años después dejarás de respirar. Sé que te llevaste a Jaime. Sé que tienes a África escondida en alguna parte. Te extraeré una confesión a puñetazos. Disfrutaré viendo cómo te salto los dientes. Cabrón, estás muerto. Muerto».

Niños paralíticos. Barrachina tenía una nueva filia, todavía más enfermiza. Ya no era un ser humano. Había involucionado hasta convertirse en un depredador urbano de instintos básicos y sádicos. *Saturno devorando a sus hijos* tenía el rostro de Barrachina.

El alcohol rellenaba mis venas. Desde que Inés regresó a mi vida había bebido menos. Pero la batalla por mi alma la ganaba Gaspar Barrachina. Era el amo y señor de mi corazón negro. El vodka ayudaba a centrar mis impulsos homicidas en su persona. Puede que tardase días en aparecer, pero yo no iba a ir a ninguna parte. Aguantaría. Le esperaba.

Palpé el bulto de mi bolsillo. El revólver de Diego Rojas pesaba en mi costado. Iba a matarlo a tiros, como tenía que haber hecho años atrás. Observaría cómo se desangraba. Seis balas con su nombre.

En la televisión apareció el rostro de África Rojas. Daban datos de su vida, de su aspecto, del coche. Clara se había movido rápido y los contactos de Inés hicieron un buen trabajo. Sin embargo, era yo quien tenía a Barrachina.

Pasaron seis copas hasta que apareció por un acceso a un *parking* cercano. Entró al hostel Mayamy a toda velocidad, sin detenerse a mirar si alguien le seguía. Apuré lo que quedaba de mi copa, guardé la libreta y salí a su encuentro.

El conserje no preguntó cuál era mi habitación. Ni siquiera se fijó en mí. Estaba bastante entretenido luchando con un videojuego conectado a un monitor de vigilancia. Una cámara de seguridad grababa a todo el que subía y bajaba. La miré de frente. No quería que hubiera errores de identificación. Iba a matar a Barrachina con el arma de Diego Rojas. No quería colgarle el muerto a nadie.

Subí las escaleras despacio. Estaba un poco mareado por el alcohol, pero nada que no hubiera soportado antes. Tenía la mente fija en un único objetivo. El pasillo podía moverse como un barco a la deriva, pero yo no iba a besar la lona hasta terminar mi trabajo.

Alcancé la habitación ocho y toqué a la puerta con el cañón del revólver. Intenté abrir, pero estaba cerrado. Barrachina contestó al otro lado de la plancha de madera.

—¿Quién es?

—Soy Roberto Cusac —dije—. Abre la puerta, Gaspar.

Después hubo silencio.

—No lo haré. Márchate.

—Sabes que no iré a ninguna parte. Y tú tampoco. La ventana de tu cuarto da al patio de luces. Estás encerrado conmigo, así que es mejor que abras la puerta antes de que la tire abajo.

—Llamaré a la policía.

—No lo harás. Vas a abrir la puerta y a dejarme entrar.

Más silencio. Después sollozos.

—Oh, Dios. Por favor...

—Ahora.

El mecanismo de la cerradura crujió, las bisagras chirriaron y la puerta se abrió. Gaspar Barrachina esperaba con el torso desnudo. Los ojos húmedos, a punto de llorar. La mandíbula temblorosa. Había ganado peso y ahora lucía un tatuaje taleguero en el pecho que representaba un corazón dentro de otro: un símbolo

pederasta.

—No me mates, por favor —dijo.

Cerré la puerta tras de mí.

Nunca llueve en Alicante. Aquella noche había nubes de tormenta.

—Sabes por qué estoy aquí, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Hazlo rápido —dijo—. No quiero sufrir.

—No tenemos prisa. Han pasado años desde nuestro último encuentro. Podemos esperar un poco más, ¿no crees?

Estaba sentado sobre la cama, yo permanecía en pie ante él. La habitación era pequeña y olía a humedad. En la pared había un enchufe quemado, junto a un calendario de una hermandad de Semana Santa. La cisterna del aseo estaba rota y no dejaba de gotear. Las sábanas parecían acartonadas. Barrachina estaba muerto de miedo y yo iba a disfrutar de un plato frío.

—¿Quieres hablar de tu hijo? —preguntó.

—¿Tienes algo que decir?

Sorbió mocos. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó.

—Muchas veces he pensado en la credibilidad, ¿sabes? Es como aquella fábula de *Pedro y el lobo*. De tanto avisar, al final nadie te cree cuando algo es cierto. Si una mujer se encierra en el baño huyendo de su marido maltratador, y este le pide que abra la puerta, que no le pasará nada, ¿qué crees que hará?

—Tú has abierto.

Suspiró.

—Es difícil creer en alguien que ha demostrado durante toda su vida que no es de fiar. Hace poco hubo un escándalo sexual en Estados Unidos. El presidente se vio entre la espada y la pared. Porque, ¿quién puede confiar en un tipo que engaña a su esposa? Estuvo a punto de dimitir.

—Lo recuerdo.

—Pero ¿y si era la persona más indicada para dirigir al país? ¿Cómo podemos juzgar el trabajo de un hombre por sus inclinaciones sexuales? Piénsalo. Imagina que, por ejemplo, en prisión hay un violador en serie incapaz de rehabilitarse por mucho empeño que le ponga. La violación va en su sangre, en su alma. Sin embargo, tiene una idea revolucionaria y muy barata para acabar con el hambre en el mundo. ¿Crees que alguien le prestaría atención?

—Probablemente, no.

—Nadie le escucharía. Ese es el estigma que soporta la gente como yo. El hecho de que me gusten los niños no quiere decir que sea una mala persona en otros ámbitos de mi vida. Soy un buen cristiano, ¿sabes? Procuero dar limosna a los mendigos, reciclo siempre que puedo, me entristece ver que existen personas que maltratan a sus

mascotas y las abandonan en verano. Hace años encontré una cartera y no toqué un solo billete. La devolví en una comisaría y no esperé recompensa. No soy un mal ciudadano, tan solo me gustan los niños. Y por eso se juzga todo lo que hago, así se frustran todos mis proyectos. No es justo, pero lo puedo entender.

—Lo comprendo —dije—. Y te creo.

—Pero no vas a creer nada más de lo que tengo que decirte, ¿verdad?

—Lo dudo.

—Sé que es imposible. No eres el primero, Roberto. Para ti y para todos los demás soy un asesino, un monstruo, un animal que estaría mejor muerto. Y no puedo hacer nada para demostrar mi inocencia. Por eso te pido que acabes rápido, porque suplicarte por mi vida es alargar la agonía.

—Como te he dicho, no tenemos prisa.

—¿Quieres oírmelo decir? ¿Aunque no me creas?

—Inténtalo.

Tragó saliva y respiró nervioso.

—Yo no me llevé a tu hijo.

Me lancé sobre él y le golpeé con la culata del revólver. Gritó como un perro y se protegió la cara con las manos. Me daba igual. A cada impacto gritaba más. Me salpicó sangre en la chaqueta. Y él gritaba. Gritaba como el culpable que era. Cuando terminé, tenía una brecha abierta en la ceja.

—Tenías razón: no te creo.

Agarré una toalla del aseo y se la arrojé. Se taponó la herida como pudo.

—Ni siquiera estaba cerca. —Continuó—. Es cierto que paseaba por ese parque, pero no tenía planes de llevarme a ningún niño.

—Pero lo hiciste.

—No era capaz. Y ahora tampoco. Los tiempos han cambiado, Roberto. Los chicos de hoy en día hacen cualquier cosa por dinero. Hay niñas de dieciocho que ejercen la prostitución, o salen en películas porno. Las llaman *teens*, ¿sabes? Las hacen para aquellos que les gusta fantasear con menores. Algunas se pagan así la universidad. Empiezan jóvenes, y siempre habrá gente como nosotros para pagarles.

—¿Hasta los paralíticos? ¿Ellos también aceptan tus sobornos por prostituirlos?

Le temblaba la mandíbula.

—¿Cómo sabes...?

—Eres un enfermo mental, Barrachina. Encerrarte solo soluciona el problema en parte, porque es imposible que te reinsertes en la sociedad. Me importa una mierda que encuentres la solución al hambre en el mundo, porque el remedio es arrancar los problemas de raíz. Eres un cáncer para la sociedad.

—Y tú el bisturí que va a extirparlo, ¿verdad?

—¿Quieres que lo haga?

—Hazlo. —Cerró los ojos con fuerza.

—¿Por qué? ¿No eres capaz de suicidarte tú solo?

Se echó a llorar. Dejó la toalla ensangrentada a un lado.

—Intento ser buena persona, pero tengo un estigma sobre mí. En prisión me saqué el título de Educación Social, pero nadie contrata a un exconvicto. No sabes lo que es vivir en contra de tus impulsos. Sé que lo que hago es aborrecible, una abominación. Pero no puedo evitarlo. Hay gays que se casan con mujeres y tienen hijos, pero antes o después muestran su verdadera cara. Solo me queda aceptar lo que soy, reconocer que mis genes están mal y mi propia naturaleza tiende a acosar a niños y adolescentes. Mi vida es un infierno.

—Un infierno es perder a un hijo a tus manos.

—Nunca le he hecho daño a nadie.

—A mí me atacaste.

—Entraste en mi casa, a oscuras. Pensé que querías matarme.

—No te equivocaste.

—Pero no soy capaz de hacerle daño a un niño. No podría asesinar a nadie.

—Me das asco. Dices que no les haces daño a los críos, pero es solo una forma de evitar la culpa. Porque de eso no tienes ni puta idea. No sabes lo que es tener cargos de conciencia, noches en vela deseando haber hecho otra cosa, no haber dejado que tu hijo jugase ese día al escondite. Hasta le he deseado el mal, ¿te imaginas? Ojalá se hubiera roto una pierna en un columpio. Ahora sería un niño cojo, o tal vez en silla de ruedas, pero no estaría desaparecido y probablemente muerto.

—Yo no he matado a nadie. Nunca.

—He intentado comprender qué lleva a una persona a abusar de un niño, y he fracasado. He leído sobre psicología, genética y hasta religión. ¿La naturaleza del violador se lleva desde que se nace? ¿Eso lo redime? Si fuerais enfermos, en algún momento se podría poner tratamiento, y eso me revienta. Que la gente como tú pueda tener esperanza, que puedan alcanzar el perdón porque les movía un ansia que no podían controlar... Se quiere entender al pedófilo, pero nada puede justificarlo. Por eso no puedo creerte. Me gustaría, pero no puedo.

—Entonces mátame.

—¿Qué hiciste con Jaime?

Se enjugó las lágrimas.

—Roberto, sé que es duro de aceptar, pero no fui yo. En el mundo hay más monstruos, más pederastas. Puede que hasta lo secuestrasen por otras razones. Te obsesionaste conmigo, y no te culpo, pero te equivocaste.

—No puedo aceptar eso.

—Has venido a vengarte, no a escuchar mis razones.

—¡Mi hijo desapareció ante mis narices! —Grité—. Si no fuiste tú, ¿quién?

—Si lo hubiera sabido, si me hubiera enterado de algo, te juro por lo más sagrado que lo habría contado. No soy estúpido. Habría sido mi tabla de salvación.

—No me pidas que acepte que me equivoqué, que perdí el tiempo mientras se esfumaba su rastro. No me pidas eso.

—¿Y si te digo que me lo llevé? ¿Me creerías? ¿O todo lo que diga siempre será mentira?

—¿Lo hiciste?

—No, Roberto. —El llanto le atragantaba las palabras en la garganta—. Tienes una fijación con mi culpabilidad, pero yo no sé qué pasó aquel día. Me partiste la cara, me amenazaste con matarme, y te conté la verdad. ¿No puedes verlo?

—Te detuvieron por exhibir los genitales en la puerta de un colegio. Encontré fotos de violaciones a niños. ¿Cómo puedes seguir negando la evidencia?

—No soy un santo, pero ese pecado no lo cometí.

La conversación con Barrachina se había postergado mucho tiempo. Tenía muchas preguntas sobre Jaime. Las había repasado en mi cabeza durante años, incluso todas sus posibles respuestas. Y entre las posibilidades estaba la más aterradora: que no se hubiera llevado a Jaime. Durante estos años había llegado incluso a creerlo, pero los sucesos de los últimos días traían bajo el brazo la pesadilla de mi pasado.

—¿Vas a matarme?

—Sabes que sí.

—Hazlo de una vez.

—Solo necesito saber una cosa más. ¿Qué has hecho con África?

—¿Con quién?

Le pateé la cabeza. Se hizo un ovillo sobre la cama y gimió de dolor.

—Basta de tonterías. África Rojas. La acosaste en su domicilio. Te tenemos grabado por la cámara de seguridad. Vas al Cubil a masturbarte mientras la ves bailar.

—Allí van muchas chicas —dijo—. No sé de quién hablas.

Le regalé un par de puñetazos en los riñones. Su espalda se arqueó con cada impacto. Balbuceó algo que no entendí. Saqué la foto de mi bolsillo y se la puse en la cara.

—Desapareció hace una semana, el día antes de Nochevieja. ¿La has matado? ¿La retienes como esclava sexual?

—¿Desaparecida?

—No te hagas el tonto, que no te pega nada.

—En el libro. —Señaló el cajón de la mesita de noche—. Mira ahí.

Dejé a Barrachina y vacié el cajón. Había un libro de Juan Rulfo y dos billetes de tren grapados a modo de marcapáginas. Era de un viaje de ida y vuelta a Barcelona. El sello de RENFE daba fe de su autenticidad. Las fechas me dejaron helado: de Nochebuena al dos de enero. Barrachina había estado fuera cuando África desapareció.

—¿Qué se te ha perdido a ti en Barcelona?

—Fui a pasar las navidades con mi hermana. Hasta los monstruos tenemos familia que nos quiere.

—¿Por qué lo has conservado? Lo normal es tirar los billetes a la basura.

—Se equivocaron con el importe. He presentado una reclamación.

Bajo el libro había un folio amarillo doblado por la mitad. Se trataba de una queja por un cambio de tarifas de un año a otro cobradas *a posteriori*. Le habían hecho pagar cinco euros con ochenta céntimos de más antes de poder regresar con el tren. Estaba firmado por Barrachina y por el revisor del tren. Aquello no me cuadraba.

—Puedes llamar a mi hermana si no me crees. Tenemos hasta fotos.

Me abalancé sobre él y le machaqué el rostro. Estaba furioso, pero algo en mi cabeza me obligó a parar. Barrachina tenía la cara hinchada y un ojo medio cerrado. Aún sangraba en la brecha.

—¿De qué va todo esto? —dije—. ¿Estás tomándome el pelo? ¿Es eso?

—¡Míralo tú mismo, joder! Tengo una coartada. No sé nada de esa chica.

—¿Niegas que la conoces?

—Sí, voy al Cubil y a otros bares a masturbarme, y la he visto un par de veces. Pero yo estaba en Barcelona. A cientos de kilómetros de distancia. Habla con mi hermana, por Dios.

—Esto no puede estar pasando... Otra vez no.

—¿Qué esperas que diga? ¿Qué me monté en el tren solo para tener una coartada perfecta, pero que regresé para llevarme a esa chica? Tú sabes que digo la verdad, Roberto.

—Mientes.

—Soy culpable de muchas cosas, pero de eso soy inocente.

—¡Cállate! —Le apunté a la frente con el revólver.

—Y tampoco me llevé a Jaime. Debes aceptarlo.

—No quiero oírte. —Quité el seguro.

—Siento lo de tu hijo. —Su voz se trababa por el llanto—. Lo siento. Que Dios te perdone, lo siento de verdad... Pero yo no tuve nada que ver.

Las lágrimas también recorrían mis mejillas. Dos hombres adultos llorando por el fantasma de un niño. El arma pesaba en mi mano temblorosa. La estela de la duda pasó ante mis ojos.

El cine no ha sido capaz de retratar una buena borrachera. La visión se vuelve borrosa, aunque apenas te das cuenta de ello. El verdadero problema visual viene cuando eres incapaz de mantener la vista fija en un punto. Es como una foto que se mueve. Cuando logras fijar las pupilas en alguna parte, todo rota hacia arriba, y de nuevo vuelves a centrar la visión para que, un segundo después, se desplace hacia el cielo. Cuando me ocurría, no me costaba trabajo imaginarme bizqueando al mundo.

Aquella noche, tras abandonar el hostel Mayamy por la puerta de delante, agarré una buena melopea. Me costó bastante. El cuerpo es sabio y me había inmunizado al efecto de la bebida. Tuve que tragarme el resto de la botella de vodka y comprar otra en una tienda veinticuatro horas. En algún momento sonó el teléfono móvil. Lo lancé contra una pared y se rompió en pedazos.

Llegué a casa chocando con las paredes. Además de la incapacidad para mirar hacia delante, apenas podía mantener el equilibrio y me paraba cada poco. En el ascensor me fui al suelo y salí a rastras. La botella se había roto y sangraba de la mano, aunque no sentía dolor alguno. Logré no perder las llaves durante todo el trayecto, y al cabo de varios intentos conseguí abrir la puerta. Cerré de un portazo y me derrumbé en el sofá. Notario no estaba en su jaula.

No había podido matar a Barrachina. Lo tuve ante mí, lo golpeé con saña, pero fui incapaz de apretar el gatillo. Tenía grabados a fuego sus ojos suplicantes, el terror mezclado con resignación, sus ganas de acabar con el sufrimiento de ser un enfermizo hijo de puta. Aún sentía el peso del revólver en mi mano, aceitoso y frío, con ese rechinar característico del tambor al girar. Quería disparar, ver sus sesos esparcidos por toda la habitación, observar cómo su cadáver se pudría y perdía el uso de los esfínteres. Era venganza, furia de padre abandonado, pero no pude. Algo en mi cabeza me impedía acabar con otro ser humano. No iba a cruzar esa línea. Ramos tenía razón: si hubiera querido matar a Barrachina en mi primer encuentro, lo habría hecho. Si no le conté a Antonio mis intenciones, era precisamente para que alguien me detuviese.

Ahora, ya no tenía a nadie en quien personalizar mis males. Barrachina era el cabeza de turco, el chivo expiatorio. Y aunque se merecía morir, no sería por mi mano.

Los demonios me habían invadido. A mi mente venían imágenes inconexas que solo tenían en común formar parte de mis pesadillas, tanto las antiguas como las venideras. Vi a Jaime, siempre un niño, el eterno niño, con la misma edad con la que desapareció. Vi a África, perdida para siempre en un laberinto de espejos. Vi a Inés entrar por la puerta y colocarse a mi lado. Su silueta recortada en la penumbra, el pelo

cayendo sobre los hombros. La vi coger el revólver y apuntarme a los ojos.

—Barrachina... —Balbucí—. Barrachina... pedófilo. ¿Dónde está mi hijo? No pude encontrarlo. Me... han robado a mi niño.

Lloraba. No podía centrar la vista en el fantasma que tenía delante, una sombra oscura con forma de mujer. Deseé que el espectro apretara el gatillo, ya que yo no había sido capaz.

En algún momento todo se volvió aún más oscuro y perdí la conciencia. Los sueños mientras dormía eran los mismos que estando despierto, y los demonios se jactaban de mi debilidad.

Noté una mano sobre el pecho.

—Roberto. —Me llamaba—. Vamos, abre los ojos.

Era de día. La luz me cegó un instante. La resaca me devolvió a la realidad. Inés estaba junto a mí. El tacto frío de sus dedos me convenció de que no seguía dormido.

—¿Cómo has entrado? —dije.

—Las llaves estaban puestas en la cerradura. Por favor... ¿se puede saber qué te has hecho?

Dudé si contarle mi encuentro con Barrachina, pero conque sufriera uno de nosotros era suficiente.

—¿Por qué has venido?

Vislumbré una sonrisa triste en sus labios. No supe qué significaba.

—África ha aparecido —dijo.

Tenía castañas asadas en el bolsillo. No recordaba haberlas comprado.

No puede ocurrir lo mismo dos veces. No ahora que se había marchado el frío. No a mí.

Alguien me vigila, lo sé. No se ven, no se oyen, no se huelen. Pero están ahí. Son ELLOS. Los vigilantes. Los mismos que me destrozaron la vida hace años. Usan cámaras, satélites. No se puede luchar contra ellos. NO SE PUEDE HACER NADA.

Me escondo, pero me encuentran. No puedo dormir por las noches. Me hago cortes en los brazos. Me mantienen alerta. El frío se atenúa. La vigilia me fortalece.

Olvida las pastillas. Los médicos están con ELLOS. Todos me persiguen. Ella no está.

Desapareció en la carretera. No fue al gimnasio. Las pesadillas se repiten. ELLOS regresan. Quieren ver qué hago. Sé que hay cámaras. Micrófonos. Me escuchan llorar. Graban cómo me corto los antebrazos. Se ríen del frío de mis huesos.

Y ella no está. No la encuentro. Así que sigo al hombre. Al borracho. Al extraño. Lo observo en ese bar al que va siempre. Él no me ve. Nunca mira al otro lado de la calle. Sus ojos se parecen a los míos. También siente el frío. Él busca lo mismo que yo, pero no lo sabe.

ELLOS me acechan. Yo lo vigilo.

Se llama Roberto Cusac.

Esperanza. Frío.

·PARTE III·

LA PALABRA QUE NOS DEFINE

África tenía el pelo más ondulado de lo que aparentaba en las fotos. Era una chica alta y delgada, bien desarrollada. No era una niña, no era Jaime. Su aspecto era el de una mujer adulta a la par que joven, pero su mirada la delataba. Sus iris eran tan claros que más que azules parecían blancos, en contraste con los ojos oscuros de sus progenitores. La mirada mostraba la inseguridad y la culpa, la inocencia de quien nunca ha roto un plato y de pronto destroza toda una vajilla.

El *chalet* estaba abarrotado de amigos y familiares, incluyendo a su novio Elías. La noticia de la desaparición de África había alertado a todo aquel que la conocía y, según me contó Diego, recibieron numerosas llamadas interesándose por su bienestar y ofreciendo todo tipo de ayuda. Incluso les contactaron videntes que les contaban historias inverosímiles y muy crueles sobre violaciones y descuartizamientos.

Pero la realidad era mucho más sencilla.

Necesitaba un lugar tranquilo donde hablar, así que nos acercamos a la cocina. Inés tenía una sonrisa en los labios, y durante el trayecto me apretó la mano. Por su parte, Elías caminaba con la mirada fija en el suelo. Había una encimera con varios taburetes.

—Quiero escuchar la historia de tus labios, África —le dije, sentado a su lado—. Desde el principio.

—Todo esto es una locura. —Diego tenía una melopea equivalente a mi resaca—. Te vamos a mandar a un internado, ¿me oyes, hija?

—Por favor, Diego. —Clara estaba junto a ella, acariciándole el pelo con delicadeza y las lágrimas secas en los ojos.

—Y a ti te vamos a llevar a la cárcel —amenazó Rojas—. Sabía que no eras trigo limpio, Elías.

—Te he devuelto a tu hija —le respondió—. Deberías darme las gracias.

—Suerte tienes de que no tengo mi revólver, que si no te pegaba un tiro en cada rodilla, melenudo de mierda.

—Me gustaría ver cómo lo haces.

—De momento, te voy a lanzar a mi equipo de abogados, a ver si entre rejas tienes tantos huevos.

—Fue decisión mía —dijo África, y aquella era la primera vez que escuchaba su voz, dulce y añorada.

La familia se quedó en silencio sepulcral. De fondo se escuchaban los murmullos de los invitados. África se abrazó a sí misma, con las manos en los hombros, como si necesitase un calor que no encontraba.

—Por el principio, por favor —insistí.

La chica tragó saliva. Clara le acarició el pelo. No pude sacar mi libreta para tomar notas porque no la encontré. Al parecer, la había perdido durante la borrachera.

—Elías no tiene nada que ver con esto, no me obligó. Yo se lo pedí, fue idea mía. Necesitaba esconderme durante una temporada.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Él se iba diez días a Francia, y yo quise ir con ellos. Pero papá no me dejó, por lo que improvisamos otro plan.

—¿A qué te refieres?

—El día antes de marcharme, me dio las llaves de su casa. Mientras él estaba en París con su familia, yo me quedaría en su habitación. Iban a ser unos pocos días nada más, no esperaba que sucediese todo esto.

Todo el rato estuvo sana y salva. En la casa del novio, mientras este iba de vacaciones. No hubo secuestro, Barrachina ni ningún otro psicópata se la había llevado.

—¿Por qué no llamaste? —preguntó Clara, con dulzura de madre.

—No quería que nadie supiese dónde estaba. Sabía que me ordenaríais que volviera. Por eso apagué el móvil. Necesitaba desaparecer una temporada. Pero cuando Elías me contó lo del falso secuestro y os vi en la televisión...

—Lo de la asistenta fue de locos —dijo el novio—. Fingir un secuestro cuando estaba tan tranquila en mi casa.

—Nosotros no estábamos nada tranquilos. —Gruñó Diego—. ¡Casi me da un infarto, joder! ¿Es que no pensabas en el daño que nos estabas haciendo?

—No podía deciros nada. —Prosiguió África—. Me habríais traído de vuelta. No quería eso.

—Esto no tiene sentido... —Diego abrió el frigorífico y saco una cerveza doble malta para continuar con la nebulosa del alcohol.

—Me ha costado mucho regresar. Fue al ver a mamá llorando en la televisión cuando me decidí.

—No te criamos así, África. —Rojas mezclaba decepción con rabia—. Eres una buena chica. Esto es impropio de la educación que te hemos dado.

El reproche quedó en el aire. Estaba claro dónde se había ocultado durante toda una semana. El coche aparcado en el garaje y ella refugiada en una casa vacía. Se llevó un poco de ropa y el diario. Una desaparición voluntaria. Elías me había choteado, haciéndome dar vueltas en círculo, buscando culpables donde no había. Sin embargo, había una pregunta que nadie había pronunciado todavía.

—¿Por qué te fuiste, África? —dije.

Intercambió una mirada de complicidad con Elías, o al menos así me pareció.

—Tenía miedo —contestó.

—¿De qué?

—No estoy segura. Es... como una presencia que me espía. Siento sus ojos clavados en mí. A veces llama por teléfono y cuelga sin decir una palabra. Estaba

asustada.

—¿A qué te refieres? —Diego no salía de su asombro—. ¿Desde cuando te acosan?

—Cuando volví a casa le conté lo del secuestro falso. —Interrumpió Elías—. Pero estaba lo del video. Y hasta que no lo vi, no me lo podía creer.

—Llegué a pensar que eran imaginaciones mías, pero el video demuestra que no estoy loca. Si he vuelto es por mamá, pero no me siento segura aquí.

—¿Qué pruebas tenías? —pregunté—. ¿Qué te hacía sospechar que alguien te acosaba?

—Por pequeños detalles. Una vez fui a la piscina del gimnasio y me desapareció la toalla. En otra ocasión alguien me abrió la taquilla y registró la mochila. No son invenciones, pasó como lo cuento. Y después esa sensación, como de que alguien te sigue. Cada vez que salíamos de fiesta notaba que alguien me vigilaba de cerca, pero nunca vi a nadie. Elías me acompañaba a casa. Llegué a tener miedo incluso de ir sola por la calle.

—Una vez vimos algo. —Elías dio un paso al frente—. No sabemos quién era, pero nos seguía por la calle, y cuando me encaré salió corriendo.

—Podría ser cualquiera —contestó Inés—. Si a mí me amenazas por la calle, habría reaccionado igual.

—Tenía peleas frecuentes con Martha Cecilia. —Prosiguió África—. Le decía que dejara de rebuscar entre mis cosas, que me faltaba ropa y algunas fotos. Ella me juró que no había tocado nada. Entonces me asusté de verdad. Pensé que entraba a mi habitación y se quedaba allí, mirando mis cosas. Los perversos se comportan así, ¿no es verdad?

—Nadie puede entrar en esta casa sin que salte la alarma. —Diego se mostró tajante—. Este sistema de seguridad es de los mejores del mundo.

—No hay nada infalible, ¿sabes? —Contestó Elías, más interesado en imponerse al padre de África que en ayudar.

Todo aquello era muy subjetivo. Nada constituía una prueba, salvo el video de vigilancia. Alguien se había asomado al dormitorio de África. La chica escapó de casa por un presentimiento que resultó ser cierto.

—¿Sospechas de alguien de tu entorno? —pregunté.

—Esto es otra cosa. Es una inquietud constante. Sé cuándo está cerca. Parece una locura, pero puedo sentir su presencia.

—Sí que es una locura. —Rojas dejó con fuerza la lata de cerveza sobre la encimera—. Y va a terminar a la de ya.

—¿Qué vas a hacer, Diego? —Clara se mostró inquieta, y agarró con más fuerza la mano de su hija.

—Lo primero es avisar a la policía de que ha aparecido su hija —respondí, tratando de poner calma—. Deben retirar la denuncia para que no la sigan buscando.

—Y pienso denunciarte a ti. —Señaló a Elías—. Sí, imbécil: por retención ilegal

o lo que sea. Te vas a cagar, payaso.

—Papá, por favor, ya te he dicho que...

—Y tú, hija, tienes prohibido salir de esta casa en lo que te queda de vida. No sabes lo que nos has hecho pasar a tu madre y a mí. Algún día tendrás hijos y sabrás lo que es esto.

África no dijo nada. Elías mostraba una sonrisa de compasión hacia Diego. No había nada que me sublevase más que la ignorancia combinada con la soberbia, pero no podía hacer nada.

—Muchas gracias por sus servicios, Roberto —me dijo a modo de despedida—. Páseme la factura cuando quiera, que la pagaré al contado. Y traiga mi revólver. Quizá lo use en breve.

Diego había dicho días atrás que era parte de la familia, pero estaba claro que mi presencia allí sobraba. Crucé una mirada con Inés. Nadie nos echaría de menos en aquella sala.

Notario se posó sobre mi hombro según volvimos a mi apartamento. Con la neblina del alcohol disipada por el tiempo, comprobé que mi madriguera era el himno al desastre. Era complicado que tan siquiera un periquito pudiera sobrevivir en unas condiciones tan insalubres.

—Te ayudaré a recoger todo esto —dijo Inés.

—No es necesario que te quedes.

—Sí que lo es.

Tiramos decenas de cajas de *pizza*. Algunas aún contenían bordes de masa que no me había tragado. Para las latas de cervezas necesitaríamos varios contenedores. Las bolsas de basura se acumularon ante la puerta y pronto abultaron más que nosotros dos juntos.

—¿Qué vas a hacer con esto? —preguntó señalando a mi alijo de bebidas.

No tenía una respuesta clara. El infierno se agigantaba cuando estaba borracho, pero también lo hacía menos doloroso. Podía decirle a Inés que era capaz de controlarme, pero era mentira. Aguantar sin alcohol un par de horas era sencillo, pero después venían los temblores. Quería deshacerme de él, pero no era tan fácil como tirarlo a una papelera y olvidarme. Era un adicto, pero al menos reconocía mis límites.

—El alcohol es mi condena. Estoy atado a él.

—¿Por qué no lo tiras por el váter?

—Porque después tendría que comprar más.

Inés pareció comprender mis palabras. Dejó las botellas en el armario, aunque no pudo disimular su tristeza. Era un hombre débil incapaz de resistirse a la llamada de una copa, siempre una más. Cuando me miraba veía a un borracho.

—¿Qué tal te va con Alcohólicos Anónimos?

—Me piden que rece. —Sonreí—. Lo cierto es que nos ayudamos entre todos, pero es una guerra que no sé si podré ganar.

—Estuve contigo cuando empezaste a pasarte con la bebida. Y sé cómo terminarás aunque no esté presente. Pero si necesitas mi ayuda, ahí me tendrás, ¿de acuerdo?

—No es un viaje agradable.

—Ya hemos pasado lo peor, de eso estoy segura.

Hace años, Inés trabajó en un refugio de animales abandonados. Aquello le encantaba, era feliz buscando casa a perros callejeros. Su alma tendía al auxilio de los demás. Si a alguien le faltaba dinero, se lo prestaba aunque supiera que no lo recuperaría. Yo me burlaba de ella diciéndole que era una ONG con tetas, que nunca

se le ocurriese montar una empresa, porque los empleados la torearían y acabaría arruinada. Aunque el refugio era para animales, ella se sentía a salvo allí. Una mañana encontró a todos los perros malheridos o muertos. Unos vándalos habían entrado en las instalaciones y habían utilizado a los chuchos más pequeños e indefensos como *sparring* de perros de presa. A otros los rociaron con etanol y les prendieron fuego. Tuvieron que sacrificar a los pocos que quedaban vivos debido a las mutilaciones que sufrían. Después de aquello, Inés desarrolló un sexto sentido para la pena. La vida le había dado una lección sin moraleja, y como resultado continuaba implicándose en ayudar a los demás, pero desde una distancia prudencial para que no le salpicase la tristeza en caso de que se presentase.

Y después Jaime desapareció e Inés no encontró a nadie que la ayudase a ella.

—Al menos, ha tenido final feliz —dije mientras me recostaba en el sofá.

Inés me observó con curiosidad. Terminó de cerrar una bolsa y se sentó a mi lado.

—África es una buena chica que ha cometido una insensatez, nada más. Me alegro por sus padres, espero que no la castiguen.

—Diego Rojas tiene un carácter complicado.

—He fantaseado muchas veces con que Jaime regresa. Sería incapaz de reñirle.

—Conoces las estadísticas tan bien como yo. La mayoría de las desapariciones se resuelven, ya sea encontrando a la persona o a su cadáver. Desde ancianos que se pierden paseando por el campo a niños secuestrados. Lo extraño, lo descorazonador, son los restantes casos, los que no regresan nunca. Como Jaime.

—Pensé que después de que apareciese África, tendría más esperanza.

Quería ser yo quien le diera esperanza, pero hacía tiempo que la había jubilado.

—El otro día —continué—, en un programa de radio, hablaban de palabras que no están en el diccionario. La idea era proponer a la Real Academia de la Lengua que las incorporase. Un oyente llamó y dijo algo interesante. Tenemos términos para definir a un niño que ha perdido a sus padres, que son los huérfanos. O para un marido a quien se le muere la esposa, como es el caso de la viudedad. Pero no hay una sola palabra referente a los padres que han perdido a sus hijos.

Se mantuvo el silencio. Inés parecía comprender.

—No tenemos nombre. No hay una palabra que nos defina. Y eso hace que me sienta aún más solo.

Miré hacia la pared. Escuché la respiración de Inés, tan cerca y tan lejos. Pensé que, quizá, la mejor palabra para definirnos sería «desesperados». Y una persona así es capaz de cualquier cosa.

—Ayer encontré a Barrachina —dije—. Le partí la cara. Juró que no sabía nada de África ni de Jaime. Sostenía un revólver, y fui incapaz de matarlo...

De pronto, me sentí mareado. La respiración se entrecortaba, apenas podía enfocar la vista.

—Roberto...

—Era tan fácil como cerrar los ojos y apretar el gatillo. Sabía que se acostaba con

niños, incluso planeaba entrar a trabajar con discapacitados para violarlos. Y no pude hacerlo. No pude acabar con la vida de ese monstruo.

Inés se aproximó a mí un poco más. Nuestras piernas entraron en contacto. Me agarró de la mano.

—Hiciste bien. No eres un asesino. No puedes ponerte a su altura. Cuando desapareció Jaime, no podía creerme lo que contaba la policía, que le habías pegado una paliza y estabas a punto de matarlo. Era imposible, no se trataba del mismo hombre con quien me había casado.

—¿Qué crees que significa? Quería hacerlo, tenía la adrenalina disparada. Me había convencido de que era lo correcto, pero me detuve.

—Eres una buena persona, ¿me oyes? —Sostuvo mi cabeza y me obligó a mirarla—. No eres un psicópata, ni un loco. Eres un ser humano bondadoso que se está haciendo daño a sí mismo.

—¿Tendría que haber disparado?

Sentía su aliento tan cerca de mi boca que apenas podía contenerme para abalanzarme sobre sus labios. El corazón me latía a toda velocidad.

—Ojalá le dé un infarto antes de que ataque a otra criatura, pero tú no debes ser el verdugo de nadie.

Algo se rompió cuando nos besamos. Nuestras lenguas se fusionaron, la respiración desacompasada, el sabor a café de ayer. Mis manos recorrieron todo su cuerpo, con urgencia, como si fuéramos dos adolescentes a los que se les escapa el tiempo. La torpeza guiaba mis movimientos y los suyos. La delicadeza quedó para las canciones de amor. Me mordió el cuello, yo le besé los pechos. Su cuerpo había cambiado en este tiempo. Conté un par de constelaciones de lunares nuevas sobre su piel. Acaricié la cicatriz de la cesárea, el último recuerdo de un hijo ausente. Nos desnudamos sin erotismo, nos metimos mano, me tumbó boca arriba en el sofá. El tacto de su piel erizaba la mía y exorcizaba a los demonios. Entre la maraña de besos agarró mi pene y lo introdujo en su sexo. Me abandoné a ella. Su rostro estaba empapado en lágrimas. El mío, también.

El día después siempre es el más crítico. Hacía tres años que no éramos una pareja. Tres años sin sexo conjunto, sin vida, sin conexión.

Había escuchado historias de matrimonios que se divorcian pero quedan para hacer el amor. Lo nuestro fue un distanciamiento por supervivencia. El vacío que dejó Jaime tomó dimensiones inmensas. Estaba en todas partes, incluido en nosotros mismos. Ya era difícil mirarme al espejo después de que me robaran a mi hijo en mis propias narices, así que no le reproché a Inés que no pudiera aguantarme la mirada.

Acaricié su cuerpo desnudo junto al mío. Nos habíamos acostado con la misma fiereza con la que nos separamos. El olvido había hecho estragos en nuestra sensibilidad y el dolor había estado presente hasta el orgasmo. Lo llevábamos tatuado en el alma, fundido con pena candente y una aleación de soledad. Era algo con lo que nos estábamos acostumbrando a sobrevivir.

—¿Estás despierto? —preguntó con los ojos cerrados.

—Es una forma de verlo.

—¿Y cómo lo llamarías?

—Más bien estoy un poco zombi. —Encendí un cigarro.

—¿Qué diferencia hay?

—Los zombis están muertos.

Se incorporó y me robó el tabaco de las manos. En su pecho se marcaban las costillas, pero me seguía pareciendo atractiva y deseable.

—Si una mesa se moviera y tuviese hambre, ¿considerarías que está viva?

—¿Estás comparando una mesa con un zombi?

—Tú te estás comparando con un cadáver. —Realizó un aro de humo—. Yo prefiero las mesas con dientes. Algún día harán una película así. *El ataque de las mesas vivientes*. Será un éxito.

—Llamaré a Amenábar, a ver si le interesa tu guión.

No hubo risas. Solo un silencio espeso. Era una situación cómoda, pero a la vez era parecido a estar con un extraño. Inés tenía la misma mirada apagada. Sabía que no podía funcionar, que cuando saliera de mi apartamento ya no la volvería a ver. No quería despedirme de ella, pero tampoco podía retenerla.

—Esta semana ha sido la primera vez en mucho tiempo que me he sentido vivo —dije—. Buscar a África me ha puesto las pilas. Incluso bebo menos.

—Te encontré borracho, ¿recuerdas?

—Lo de Barrachina fue la gota que colmaba el vaso. Cedí a la bebida. Fue superior a mí.

—Podías haberme llamado.

—¿Qué podías hacer?

—Patearte el culo, para empezar. No me gusta ver cómo te autodestruyes, ya lo sabes. Si necesitas apoyo, estaré a tu lado. —Sonrió.

El problema era que no estaría. Las primeras semanas viviríamos un espejismo parecido a la felicidad, pero no iba a durar. El sufrimiento era demasiado grande. Cuando llegase el cumpleaños de Jaime y los dos nos abrazásemos entre lágrimas, no habría chaleco salvavidas, solo el alcohol. No iba a hacerle eso. El dolor es algo que se lleva en el interior y no se comparte.

El teléfono nos sacó de las utopías. Era demasiado temprano hasta para los panaderos. Me resultó extraño y descolgué. Era Ramos.

—¿Dónde coño has estado? —dijo—. ¿Acaso no escuchas los mensajes de tu puto contestador?

—¿Ocurre algo?

—Pasa que no sé si matarte o salvarte la vida. Eso pasa.

—Cuéntamelo.

—Tienes que venir a comisaría.

Miré a Inés. Apuraba el cigarro con gesto expectante.

—¿No podemos quedar en el PP?

—A comisaría. —Repitió—. ¿O prefieres que mande una patrulla a buscarte?

—¿Qué sucede?

—¿No lo sabes?

—No soy adivino.

—Se han cargado a Barrachina. Tienes que contestar a unas cuantas preguntas.

Aquella era la segunda vez que me sentaba al otro lado de la mesa. La primera vez que me tomaron declaración fue por el incidente con Barrachina, años atrás. Y de nuevo me encontraba del lado del interrogado por el mismo motivo. Solo había una diferencia: Barrachina estaba muerto.

—Dime que no has sido tú, Roberto. —Ramos estaba inquieto.

—He venido por propia voluntad, ¿no?

—Era eso o que te enganchara de los huevos y te trajera a rastras.

—Ni caso, Roberto. —Interrumpió Pilar Hurtado—. No se te acusa de nada, solo queremos que nos contestes a unas cuantas preguntas. Por lo que a mí respecta, sigues siendo un compañero.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

Pilar se sentó ante mí. Antonio permaneció en pie.

—El dueño del hostel Mayamy se ha encontrado a Barrachina con dos tiros en el pecho —me explicó ella—. Tenemos las grabaciones de seguridad, y en ella se te ve entrar al hostel.

No lo decían, pero era su principal sospechoso. Un paso en falso y resbalaría hasta la prisión de Fontcalent a la espera de que el juez Morales terminase de crucificarme.

—Llegué a las seis de la tarde, más o menos. Le esperé en el bar de enfrente. Apareció pasadas las siete y media. Subí a su habitación y hablé con él. Cuando lo dejé estaba vivo.

—¿A qué fuiste?

—Los amigos de África Rojas me pusieron sobre su pista. Lo habían visto los días anteriores a su desaparición acosando a chavales en una discoteca. Yo mismo lo vi entrar por la puerta, pero se escabulló antes de que pudiera sonsacarle nada. Me dieron el chivatazo de su dirección y fui a buscarlo.

—¿Querías matarlo? —Hurtado tomaba notas en un par de folios sueltos.

—Sí, pero no lo hice.

—¿Querías venganza?

—Sí, pero no he matado a nadie.

—¿Cómo podemos creerte?

—Salí de allí al poco rato. Estuve unos quince minutos, puede que veinte. No lo maté. Comprobad las cintas.

—Se te ve saliendo de allí bien lustroso, capullo. —Ramos se acercó a la mesa y relevó a Pilar—. Lo que no indica que Barrachina siguiera vivo en ese momento, ¿verdad?

—Ni tampoco que estuviera muerto.

Antonio se cruzó de brazos y se apoyó en la pared. Pilar dio una serie de golpecitos en la mesa con el bolígrafo.

—¿De qué hablasteis? —Me preguntó ella.

—De Jaime. De África. Me dijo que no sabía nada de todo aquello. Incluso tenía una coartada. Le creí y me marché.

—Alguien le había ahosiado, ¿lo sabías? —Ramos hablaba con desgana.

—Quizá se me fuera un poco la mano a la hora de preguntar. —Reconocí.

—¿No te contó nada más? —Continuó Pilar—. ¿Algún enemigo que tuviera?

—La conversación giró en torno a otros temas.

—Jaime y África.

—Exacto.

—¿Dónde tienes tu libreta de notas? —preguntó Antonio.

—La he perdido.

—¿Dónde?

—Ayer me emborraché, ¿vale? Después de ver a Barrachina me pillé un ciego de infarto. No podía quitarme su voz de la cabeza y empiné el codo.

—Ese parece más bien un comportamiento de culpabilidad, ¿no te parece? —dijo Pilar, algo sorprendida.

—Sentía culpabilidad. Quería matarlo y no pude. La culpa me asfixiaba.

Pilar y Antonio intercambiaron una mirada de complicidad. No se soportaban, pero había algo entre ellos, quizá una conexión que no se apreciaba a simple vista. Hurtado abrió una carpeta que tenía ante sí y sacó una libreta manchada de sangre. Estaba dentro de una bolsa de pruebas, pero enseguida adiviné que era la mía.

—Estaba encima del cuerpo de Gaspar Barrachina —explicó—. Era como si el asesino hubiera dejado una tarjeta de visita.

—Si lo hubiera matado, habría venido a entregarme. No soy tan imbécil para seguir haciendo mi vida normal. Si hasta miré de frente a la cámara de seguridad del hostel para que no hubiera dudas. El problema es que no lo maté.

—Fuiste policía igual que nosotros, Rob. —Ramos apoyó los puños en la mesa—. ¿Qué deberíamos pensar? Dices que fuiste a matarlo, pero no pudiste. Después aparece muerto con tu libreta en la misma habitación. Joder, si hasta has confesado que le has dado de hostias.

—Porque quiero colaborar.

Pilar manipuló la libreta dentro de la bolsa y consiguió abrirla por la última página escrita.

—Aquí aparece la dirección del hostel y el nombre de Barrachina. —Señaló las letras—. ¿Ves lo que pone aquí?

Eran amenazas de muerte hacia Barrachina. Mientras bebía en el bar me entretuve macerando odio hacia él.

—Es mi letra —dije con calma—. Yo escribí eso. Pero no lo he matado.

—¿Tienes coartada para esa noche?

—Estuve borracho en casa. Inés me despertó. Es lo único que os puedo decir.

Me encontraba al borde del abismo. La cuerda floja se tambaleaba y estaba a punto de quebrar. Sin embargo, había algo que no cuadraba. Por alguna razón, no me terminaban de considerar sospechoso de la muerte de Barrachina. El hecho de que no me hubieran ido a buscar y me hubieran esposado me daba a entender que se guardaban parte de información.

—¿Qué está sucediendo aquí, chicos? —pregunté—. Está claro que es un montaje absurdo. No soy tan idiota como para dejar mi cuaderno en la escena del crimen. Alguien quiere comprometerme, ¿no lo veis?

Clavé mis pupilas en Ramos. Él era mi amigo. Tenía que reaccionar de alguna forma.

—Ven con nosotros —dijo—. Quiero que veas algo.

Habían habilitado una sala de audiovisuales en lo que antes era un almacén para equipo. Tenía varias pantallas y un cuadro de mandos. Un agente con pinta de pipiolo controlaba el asunto.

—Tócala otra vez, Sam. —Ordenó Ramos.

El técnico debía tener más conocimientos de informática que de medios audiovisuales, porque se puso a trastear con el ordenador hasta que apareció la imagen en la pantalla. Con una ruedecilla del video fue pasando los fotogramas, unas veces a toda velocidad y otras a cámara lenta. Cuando se detuvo, reconocí mi rostro.

—Soy yo —dije.

—Dieciséis minutos más tarde sales por la puerta, pero lo mejor es lo que sigue.

El muchacho avanzó hasta el momento que decía Ramos. Al cabo de un rato aparecía cabizbajo y derrotado escapando del hostel Mayamy. El foco estaba desde arriba, pero se veía claro que se trataba de mí por la ropa y la forma de andar. En la policía aprendes a distinguir a un sospechoso incluso por las manos.

—Aquí, fíjate —indicó Pilar.

Y me fijé. Barrachina aparecía en pantalla justo después de salir yo. Se acercaba al conserje y le pedía algo. El hombre buscó algo en un armario cercano y regresó con un botiquín. Durante los siguientes minutos le curaba las heridas con gasas y esparadrapo.

—Hemos hablado con el recepcionista —dijo Antonio—. Barrachina aseguró que se había desmayado en la ducha y necesitaba una cura de emergencia. El tipo le arregló el capó como pudo, pero Barrachina se negó a ir a un hospital para terminar el trabajo. Regresó a su habitación y no se supo nada más de él hasta que esta mañana lo encontró la chica de la limpieza.

El video avanzaba mostrando las imágenes que decía Ramos. La cinta no tenía sonido, pero no costaba trabajo imaginar a Barrachina negándose a acudir al médico. Después desaparecía escaleras arriba y el conserje le dedicaba un corte de mangas.

Por eso sabían que no era el asesino. Barrachina estaba vivo después de yo me marchara. Solo esperaba no aparecer de nuevo en la grabación borracho perdido y haberlo matado en una de las lagunas de mi cabeza.

—Avanza hasta las dos y veintidós de la madrugada —indicó Ramos al técnico.

El primavera cambió de cinta. El metraje pasó a toda velocidad. Un minuterero debajo indicaba la hora y el día. Los clientes se movían como actores de cine mudo. El trasiego del hostel Mayamy era incesante, más de lo que parecía a simple vista. Al cabo de un rato, cuando el contador alcanzaba el triple dos, el chico paró la marcha y el tiempo retomó su cadencia natural.

—El recepcionista de noche no es el mismo que el diurno. —Pilar señaló el rostro del tipo con el bolígrafo—. Hacen el cambio de turno a las diez, y le relevan a las nueve de la mañana.

—Ninguno de los dos vio bajar a Barrachina. —Continuó Antonio—. Las cintas lo corroboran. Desde que te fuiste, permaneció en su habitación lamiéndose las heridas, o eso pensamos. Pero fíjate en esto.

Las dos y veintidós, la hora de las brujas. El conserje se levanta de su silla, abandona el crucigrama que lo mantenía despierto y se marchó fuera de cámara.

—Fue al aseo —explicó Ramos—. No tardó ni dos minutos en volver.

—Y alguien estaba atento a eso.

No habían pasado ni diez segundos cuando una figura entró en plano. Tenía la cabeza fija en el suelo. La ropa era negra en su totalidad y un abrigo largo evitaba incluso saber si tenía constitución obesa o delgada. Llevaba un gorro calado hasta las orejas con el que ocultaba su pelo. El chico pausó la imagen. Tuve un *déjà vu*.

—Esto ya lo he visto antes —dije—. En el video de seguridad de casa de los Rojas.

—Eso no podemos probarlo. —Ramos se acercó más a la pantalla—. Pero es muy curioso el sistema de camuflaje que lleva. Parece un ratero que vaya a robar una tienda de chinos. Gorro, guantes, plumón enorme. Incluso sabe dónde está la cámara de vigilancia y evita levantar la cabeza.

Ramos palmeó la espalda del técnico. La cinta avanzó a velocidad normal. Al cabo de un rato apareció de nuevo el conserje. Intentaba subirse la bragueta sin conseguirlo. Se sentó tras el mostrador y continuó con los pasatiempos. Entonces levantó la cabeza. Se quedó mirando el techo durante unos instantes y después regresó a lo suyo.

—En su declaración asegura que escuchó un ruido. —Pilar leyó de sus notas—. Al preguntarle, dice que fue como un petardo. En un principio pensó que venía del piso de arriba, donde están las habitaciones, pero no fue a comprobarlo.

—Dispararon a Barrachina a través de la almohada. —Interrumpió Ramos—. Pensó que así no haría ruido. La gente ve demasiadas películas. Lo amortiguó algo, pero a esas horas el hostel estaba en absoluto silencio.

La cinta avanzó. Apenas cuarenta segundos después cruzó por el objetivo la figura oscura. El conserje se levantó de su silla y le preguntó algo, pero no se detuvo. El recepcionista salió tras su estela, pero regresó al instante a su puesto de vigilancia. Se cruzó de brazos y de nuevo se sentó tras el mostrador. El técnico retrocedió el metraje y lo detuvo en el segundo exacto en el que la sombra pasaba ante la cámara.

—Esto es lo que nos ha contado —dijo Pilar—. Estaba leyendo el periódico y vio por el rabillo del ojo que venía alguien. Cuando levantó la cabeza, ya estaba saliendo por la puerta. No le pudo ver la cara, pero asegura que olía raro, como a papel quemado. Le dio el alto, pero ni caso. Se asomó a la calle y vio como se alejaba. Después de eso regresó adentro.

—¿La puerta siempre está abierta? —pregunté.

—Sí —contestó ella—. Por eso tiene al conserje. Es un hostel a la vieja usanza.

Me fijé en la imagen congelada, apenas un borrón.

—África ha vuelto a casa —dije—. Jura que se marchó porque se sentía acosada. En su cámara de seguridad aparecía una figura similar a esta. Yo creo que está relacionado.

—¿Y por qué quiere incriminarte? —Antonio se apoyó en la pared.

—Ni idea. ¿Tienes alguna teoría?

—Échanos un cable, Roberto. —Pilar me cogió la mano—. ¿Dónde perdiste la libreta?

—No lo recuerdo. Estaba borracho. Pudo habérmela quitado en cualquier momento.

En ese instante lo comprendí todo. Supe por qué me habían enseñado las cintas en lugar de mandarme para casa. Estaba claro y no lo había visto hasta entonces.

—Me está siguiendo —dije.

Nadie abrió la boca. Las ideas se enlazaron en mi mente. Me seguía desde hacía tiempo. Puede que lo hubiera tenido ante mí en el bar, o en el quiosco del Gominolas. Esperé hasta que estuve lo bastante borracho para quitarme la libreta sin que me diera cuenta. Ahí estaban todas mis anotaciones sobre el caso de África, incluida la dirección de Barrachina en el hostel.

Y todo sobre Jaime. Mis investigaciones previas, mis pensamientos. Ahora estaban en manos de un asesino.

—Puede que supiera que había ido al Mayamy, pero no conocía la habitación exacta ni el nombre de Barrachina. —Reflexioné en voz alta—. Por eso necesitaba el cuaderno. Después lo abandonó allí a modo de pista falsa.

—Un montaje demasiado obvio. —Concluyó Ramos—. El asunto es que ese cabronazo se ha cargado a Barrachina. Puede que esté relacionado con África, o puede que no. Lo que nos queda claro es que te tiene echado el ojo.

—Tememos que vayan a por ti, Roberto —dijo Hurtado—. Ya ha matado. Puede que vuelva a hacerlo.

—Joder...

—Será mejor que te ocultes durante un tiempo, compañero. —Antonio me regaló un capón en la nuca—. Hablaremos con el juez Morales para que os pongan vigilancia a África Rojas y a ti mientras resolvemos esta locura.

Sopesé las palabras de Ramos. Estaba en peligro, y también todos los que me rodeaban. Pensé en África, a mi cerebro vino la imagen de Jaime, y después la de Inés. Un escalofrío me recorrió la espalda solo de imaginar que le podía suceder algo. Habían llegado hasta mí. Me habían robado la libreta. Quién sabe qué más podían hacer.

Entonces tuve una revelación. Intenté controlar mi respiración para no sobresaltar a Pilar y a Ramos. Después dije:

—Habéis dicho que Barrachina murió de un disparo, ¿verdad?

—Los de balística están haciendo pruebas. —Pilar comprobó sus notas—. De momento, solo sabemos que se trata de una munición de nueve milímetros.

Tuve un presentimiento. Uno muy malo.

—¿Puedo marcharme ya? —pregunté.

Pilar y Antonio se miraron extrañados.

—Tienes que firmar tu declaración, ya lo sabes. —Ramos abrió la puerta—. Si quieres, te podemos llevar a casa.

—No hará falta. Tengo el coche en la puerta.

Un presentimiento aterrador.

Una puerta cerrada puede esconder muchas cosas. Aunque se trate de tu propio domicilio.

Permanecí en el descansillo observando la cerradura. Inés dijo que pudo entrar porque las llaves estaban puestas. Llegué tan borracho que me pude haber olvidado hasta el escroto. Inés pudo entrar. Pudo entrar cualquiera.

Abrí la puerta con cuidado. Todo parecía normal. Notario dormitaba en su jaula. El piso seguía ordenado. Cuando llegó Inés dijo que estaba patas arriba, tal vez más de la cuenta. Supuse que me había liado a patadas con el mobiliario en mitad de la exaltación alcohólica. Pero ¿y si no fui yo quien había revuelto todas mis cosas? Recuerdo cerrar de un portazo y tumbarme en el sofá.

Y recuerdo sombras. Una de ellas me apuntó con el revólver a la cara. Una fantasía muy real.

Eché un rápido vistazo a las habitaciones. Estaba solo. Entonces busqué el revólver de Diego por todas partes. Lo llevaba en el bolsillo de la chaqueta, pero ya no estaba ahí. Lo perdí de vista al mismo tiempo que al cuaderno. El cañón me apuntaba desde el pasado. Una persona ajena en mi hogar.

El hecho de que la casa estuviera más ordenada limitaba los lugares donde buscar. Revolvimos la cocina para colocar la vajilla. Tiramos a la basura mejunjes inservibles del aseo. Vaciamos el armario del comedor de cajas de *pizza*. Barrimos el suelo, fregamos y después nos sentamos a hablar.

Quitó los cojines del sofá. Miré debajo de la cama. Registré cada bolsillo de cada prenda que tenía. El arma no estaba. Busqué entre las sábanas deshechas del día anterior, en la jaula del periquito, entre los cajones de los cubiertos. No había ni rastro.

Me sentí mareado. Vi sombras por las esquinas. Una de ellas tenía el revólver. Me apuntaba a los ojos. Las llaves puestas en la puerta por el lado de fuera. Mi libreta sobre el cadáver de Barrachina. La sombra.

Tuve el tiempo justo de ir al cuarto de baño y vomitar en el retrete. Vodka y estupidez. Me sentía como lo que era: un alcohólico inútil y confiado.

Alguien había entrado mientras estaba borracho. Entró por la puerta, sin dificultad ninguna. Cogió mi cuaderno de notas. Me apuntó con el revólver.

Y no disparó.

Podía haberme matado. ¿Por qué no lo hizo? Tal vez me necesitaba para algo. Me tenía vigilado, me seguía los pasos. Y ahora también tenía un arma de fuego.

Había asesinado a Barrachina con el mismo revólver con el que yo le amenacé. Había hecho lo que yo no pude. Lo había matado a sangre fría. Vigiló al portero del

hostal hasta que tuvo su oportunidad. En apenas dos minutos había matado a Gaspar Barrachina y se daba a la fuga empuñando el arma.

Antes o después se iba a saber que ese revólver pertenecía a Diego Rojas. También sabrían que yo lo perdí. Ramos no tardaría en atar cabos.

Fui a la cocina y me serví un trago largo de vodka. Lo tenía ante los labios cuando algo me detuvo. En la puerta de la nevera había un imán que sostenía una nota de Inés. Me daba ánimos, me sonreía desde el papel. La había escrito después de marcharme. Observé el vaso de licor.

—No —me dije—. Ten la cabeza fría. No cometas dos veces el mismo error.

Arrojé la bebida por la cañería. Ella se habría sentido orgullosa.

Tenía que pensar con claridad. Inés estaba en peligro, igual que yo. Si me había seguido, de lo cual ya no tenía ninguna duda, me habría visto con ella. Sabía que teníamos una relación. No quería asustarla ni que se preocupase, pero debía mantenerla a salvo.

Después estaba África, la piedra angular de todo esto. Alguien la acosaba, alguien con un revólver, y no había ninguna pista. En el peor de los casos, solo nos quedaba esperar a que apareciese.

El timbre del teléfono me sobresaltó. Empuñé un cuchillo y miré en todas direcciones. Seguía solo. Me acerqué y descolgué. Alguien lloraba al otro lado.

—¿Diga?

—¿Roberto? —Reconocí la voz de África—. ¿Eres Roberto, el detective?

—¿Qué ocurre? —Tenía los nervios de punta—. ¿Estás bien?

—Mi padre no quiere que le llame... Pero...

—Puedes contármelo, África.

—Es Elías. —El sollozo se convirtió en una tormenta de lágrimas—. Está muerto. Sobre la mesa había dos castañas asadas. Las observé aterrorizado.

«Carne de tu carne, sangre de tu sangre». Aceptar esas palabras es complicado. Para tener un hijo debes pasar por todo el proceso del embarazo, igual que las mujeres. El vientre se hincha y dentro nace la vida. La has creado tú. Es parte de ti. Cuesta aceptarlo.

Las mariposas nacen dos veces. La segunda vez se dan a luz a ellas mismas. Los seres humanos solo tenemos una oportunidad. No podemos crear un capullo de seda a modo de útero y renacer. La resurrección, la metamorfosis, no está al alcance de ningún ser humano. Después de la vida solo espera la muerte.

Carne de tu carne. Sangre de tu sangre.

Cuando pierdes a un hijo, algo dentro de ti muere con él. Si desaparece, la herida se vuelve permanente, alimentada por la fantasía de una esperanza, de un capullo de mariposa donde no pasa el tiempo, donde no sufre, donde está a salvo.

Hubo momentos en los que deseaba que Jaime estuviera muerto. Encontrarlo en una cuneta, flotando en la playa de San Juan, atascado en un camión de basura. Muerte significaba respuesta. Respuesta significaba dejar de buscar. El sufrimiento seguiría ahí muchos años, pero con otra máscara. Ya no se trataría de un dolor constante que te martiriza cuando menos te lo esperas, que te impide pensar en el pasado, que atribuye a la infancia términos como desgracia, llanto, desesperación. Habría dolor, pero un dolor soportable a largo plazo, y no esta mezcla de vacío y pena.

Por eso, al ver a la familia de Elías Crespo abrazando el dolor de la pérdida de su hijo, comprendí su sufrimiento y hasta cierto punto los envidié. Ellos vivían una pesadilla, pero al menos tenían una respuesta.

El Tanatorio llevaba poco tiempo abierto. Se llamaba El Salvador y lo regentaba un chico joven que paseaba taciturno entre las lápidas. Me crucé con él al lado del muestrario de ataúdes. Le ayudaba una despampanante andaluza que tenía aspecto de azafata de avión, con un traje escotado, con falda y más negro que los familiares enlutados. Los hombres, sobre todo los más ancianos, miraban sin disimulo alguno el generoso pecho de la muchacha mientras esta se afanaba porque todo estuviera perfecto. Se hacía cargo de las coronas de flores, procuraba que la gente estuviera cómoda, servía botellines de agua a quien se lo pedía. Tenía un aura de sugerente erotismo, aunque tal vez eran nuestros ojos los que se lo colocaban.

Las instalaciones eran sencillas y eficientes. A un lado, butacas preparadas para el llanto o la conversación trivial, cada cual a su elección. Y al otro, un cristal a modo de escaparate donde se exhibía el cuerpo de Elías dentro del ataúd. Estaba cubierto con una mortaja blanca que solo dejaba ver su rostro, tal vez demasiado maquillado,

con los labios muy juntos, como si estuviera conteniendo la respiración. El féretro estaba inclinado y parecía un escaparate de una morbosa tienda. El frutero de mi barrio colocaba las manzanas en la misma posición, aunque añadía un cartel perpetuo de oferta.

No conocía a la familia de Elías, pero era fácil reconocerla. El padre mostraba un gesto entre preocupado y cabreado, mientras que su madre disfrutaba de un buen viaje de tranquilizantes. A un lado estaban Diego y Clara, y junto a ellos, abatida y con los ojos enrojecidos de tantas lágrimas que se habían secado en su comisura, África miraba al chico con el que compartía la vida.

Los niños son el futuro. Elías era el futuro de África. A otros nos robaron el futuro y no nos dieron explicaciones.

Me acerqué a ellos. Dicen que las lágrimas no tienen olor, pero cuando has pasado una larga temporada rodeada de ellas, terminas por intuir su aroma. África lo tenía. Su ropa estaba empapada en llanto, su rostro, sus manos, la misma esencia de la adolescente cubierta de la solución salina de sus ojos.

Diego Rojas, por su parte, olía a alivio. Clara no se diferenciaba demasiado de un macetero decorativo.

—He venido en cuanto me he enterado —dije, sin terminar de explicar que África me había llamado—. ¿Qué ha pasado?

—Le ha podido la culpa —contestó Diego.

—Eso es mentira. —África no elevaba la voz, ni siquiera intentaba gritar. El sonido de sus palabras se ahogaba casi antes de pronunciarlas. Apenas era un hilillo mudo. Incluso Siso habría hecho más ruido.

—Se marchó a casa tras el interrogatorio de la policía. —Continuó su padre—. Esta mañana se ha lanzado por la ventana.

Miré el cuerpo de Elías. No tenía rastro alguno de una caída desde gran altura. En mi época de policía había visto algunos suicidios, entre otros el de un chalado que se metió en dirección prohibida llevándose por delante a la madre de un compañero, que circulaba incluso por debajo del límite de velocidad. En otra, nos las tuvimos que ver con un guiri que había conseguido abrir las puertas del ascensor que comunica el Castillo de Santa Bárbara, en todo lo alto del Benacantil, con la playa de El Postiguet. Una caída de ciento cincuenta metros en vertical, chocando con las paredes. Lo tuvimos que identificar por los empastes. Sin embargo, Elías parecía intacto. Ni siquiera tenía rasguños en la cara.

—Él nunca lo haría. —Susurró África—. Nunca se habría suicidado.

—Mira lo que tienes delante y no digas tonterías. —Gruñó Diego.

Clara sollozó. África sollozó. Ninguna derramó una lágrima más. Sabía por experiencia que llega un momento en el que o se terminan o no tienes ni fuerzas para llorar. Lágrimas finitas. Los poetas que las comparan con las estrellas no tienen ni puta idea de la vida.

Indiqué a Diego que me siguiera. Salimos al pasillo y nos alejamos del bullicio.

—Suerte ha tenido de romperse el cuello saltando desde un primero.

—¿Cómo sabes que no es un asesinato? —pregunté.

—¿Quién querría matar a ese desgraciado?

—No lo sé, pero creo que aquí ocurre algo.

—¿Tiene alguna prueba? —dijo, de nuevo tratándome con la distancia del usted.

—¿Ya ha olvidado el video? —Contesté, usando el mismo tono que él.

—La policía se encarga. Yo solo sé que mi hija por fin está a salvo de todo peligro.

—¿No me escucha? Si han asesinado a Elías, puede que la siguiente sea África. Ya han muerto dos personas en extrañas circunstancias.

—¿Dos? —Me miró extrañado—. ¿Quién es la otra?

Decidí mostrar las cartas. El póquer no era lo mío, pero a veces echarse un farol no era buena idea.

—Gaspar Barrachina —contesté—. Era un expresidiario. Sospechaba que podía tener algo que ver con la desaparición de África. Lo encontraron muerto en su hostel.

—¿También se creía Superman?

—Le pegaron un tiro —dije—. Con su revólver.

—¿Con mi...? —Sopesó mis palabras unos instantes—. ¿Quiere decir que hay un loco que va por ahí empuñando mi arma?

—Me la robaron y la usaron para matar a Barrachina. Por eso quiero estar seguro de que África está sana y salva. Escóndala hasta que solucione todo esto.

—Pero... Mi revólver... Tengo que dar parte a las autoridades. La policía tiene que saberlo.

—Haga lo que quiera, pero esconda a África.

Me dio la espalda y se marchó de nuevo con la familia de Elías. No me quedó claro si me haría caso o solo me denunciaría por perder un revólver.

Me asomé a la puerta. Las plañideras continuaban envueltas en un halo de llanto y pena. Unas butacas más atrás, algunos habituales de los entierros hablaban de cualquier tontería, como si estuvieran en un café a media tarde o en una ópera aburrida. Varios ancianos se amontonaban en una esquina, como si aquello no fuera con ellos, que ya habían vivido más de lo que esperaban, y la muerte fuera una estación del año más, algo simple y aceptable, no un drama. En ese momento entraron en tropel un grupo de jóvenes, chicos y chicas, y África se abrazó a ellos. Reconocí a Miriam, pero a nadie más. Los amigos de Elías miraron al cristal y después agacharon la mirada. Uno de ellos hizo un amago de desmayarse. No había cerca ningún médico.

Encontré al dueño de la funeraria en la calle. Vestía un chándal blanco y fumaba un cigarro rubio. Estaba claro que no sabía llevar el negocio.

—No pareces familia —dijo.

—Nadie lo parece.

—Putada lo del chico. Al final de Navidad. Sus padres no volverán a ser felices en estas fechas.

Había muchas fechas en las que era fácil sentirse como un desgraciado. En Navidad se incitaba al consumo desmedido, al regalo para los amigos, a los viajes largos. Algo en nuestro interior siente placer por comprar y comer. Ese era el secreto de la Navidad. No había magia en el aire, no se exacerbaba la caridad o el compañerismo. Los centros comerciales dictaban cómo debíamos sentirnos año tras año.

—¿No terminas inmunizándote? —pregunté.

—Naaa. El tabaco y yo ya somos uno. Es como lo del huevo y la gallina, ¿sabes? ¿Qué fue primero?

—Me refiero a la muerte —expliqué—. ¿No te inmunizas al dolor? Cada día viendo a gente llorando, maquillando a muertos...

—La televisión nos ha jodido el cerebro. Pones el telediario y no ves más que a gente matándose. Y tú ahí, comiéndote el cocido y bebiendo cerveza.

—¿Te gusta esto?

—Se está tranquilo. Los muertos no arman mucho follón, la verdad. Bueno, salvo aquel que se levantó del ataúd y quería comerme el cerebro. ¿O eso lo soñé? Da igual, el caso es que pongo el horno crematorio y paso el invierno calentito.

Habría apostado a que lo del zombi era cierto. Sus palabras demostraban que, en caso de tener cerebro, lo tenía reblandecido.

—¿Y tú de qué curras, colega? —dijo.

—Soy asesor.

—Deberías pensarte trabajar aquí. Tienes un careto de palo que vendría de puta madre para consolar a la peña. Es como si estuvieras más triste que los mismos familiares, y no te ofendas.

Lanzó la colilla al aire ayudado del dedo pulgar a modo de catapulta y la brasa salió disparada hacia la carretera. Puede que sí tuviera buen ojo para los negocios. Al menos, a mí me había calado.

—Me llamo López. —Se despidió—. Si necesitáis algo, dadme un toque, ¿vale?

Necesitaba algo que me colocase de verdad, pero dudaba mucho de que me lo pudiera proporcionar.

La soledad de la calle me ayudaba a pensar. La noche estaba a punto de caer y las respuestas me evitaban. La madeja se enrollaba cada vez más y costaba distinguir si la había cogido por el principio o por el final. Algo se escapaba, ¿pero qué?

Pensé en Elías. Lo imaginé paseando de la mano con África, agarrándole con fuerza el culo. Reconstruí sus últimas horas de vida. Lo había interrogado la policía, lo habían acusado de ser gilipollas, le habían amenazado con un buen paquete. La bronca de sus padres debió de ser de campeonato. Llegaron a casa, lo encerraron en su cuarto. Y después saltó por la ventana de un primero.

No cuadraba.

Elías quería a África. La escondió en su casa aprovechando que estaba de vacaciones. Le habían descubierto, pero no era tan grave como para matarse. Diego ni siquiera había mencionado una carta de despedida.

Recordé la silueta del video. Salía en casa de los Rojas, salía en el hostel Mayamy. Barrachina muerto, Elías muerto. Intentaba implicarme. Me había robado el revólver de Diego. ¿Había arrojado a un chico joven y fuerte por la ventana?

Una anciana salió a la calle. Me resultaba conocida, pero no supe ubicarla.

—¿Puedo fumar con usted? —preguntó.

—Por supuesto. —Le acerqué mi mechero, pero ella lo rechazó con educación—. ¿Nos conocemos de algo?

—Bueno, usted es la persona que mi hija contrató para buscar a mi nieta. —Sacó un cigarro con elegancia, como una amante de Hitler que fuma con boquilla—. Nos vimos fugazmente en el *chalet* cuando apareció África.

Aquella noche había mucha gente y no me fijé en quién estaba. El encuentro con Barrachina y la posterior borrachera me habían embotado los sentidos, pero ella parecía despierta y vivaz.

—¿Es la abuela?

—Nunca me ha gustado esa palabra, ¿sabe? Abuela... Es tan... apocalíptica.

—No la entiendo.

—Esa palabra significa que tu propia descendencia ha tenido descendencia. Lo cual me sitúa a mí, como abuela, en el final de mi vida. Y aún tengo muchas cosas por hacer.

Era una mujer de ojos oscuros, como los de Clara. Se apoyaba en un bastón para andar. Calculé que debía pasar de los ochenta años con facilidad, y aún tenía ganas de fumar. Clara había heredado la forma de la nariz y el cuello, pero África no tenía nada de ella. Desprendía un aura de calma y de persona culta, de saber las respuestas porque había creado las preguntas.

—¿Qué le parece todo lo que ha ocurrido? —pregunté.

—Es una desgracia. Sin precedentes. Una familia no debería pasar por esto. Y mi pobre Clara... con lo que costó tener a África.

—Fue una niña muy deseada, ¿verdad?

—No sabe cuánto, hijo. Mi Clara pasó por todos esos abortos. Fue una pesadilla.

Casi muere en la operación en la que le quitaron el útero. Imagine, ya rondaba los cuarenta y no era ninguna jovencita. Tuvo una infección y casi no sale de la U.C.I.

Un momento...

—Un momento —dije—. ¿Le extirparon el útero?

Tomó una larga calada. Hizo aros de humo. Tal vez en la prehistoria fue sexy.

—Me hago vieja y ya no sé ni lo que digo —contestó con media sonrisa—. Le quitaron el apéndice. Me he confundido.

Había conocido a mucha gente confundida a lo largo de mi vida. Mi primer compañero de brigada confundió la batidora con un consolador. Hasta yo mismo había estado confundido millones de veces. Pero aquella mujer no. Ella no tenía demencia, ni problemas de memoria.

—¿Lo sabe África? —pregunté.

Aquellos ojos negros. Eran como tinta de imprenta. Podían escribir palabras en el aire, pentagramas musicales con redondas y corcheas. Una mirada inteligente, de leona vieja y cansada pero con ganas de guerrear.

—No sé a qué se refiere.

—A que es adoptada.

—Es hija natural de Clara. Le puedo enseñar fotos de cuando era pequeña. Hasta de cuando salimos del hospital.

—¿Y del embarazo? —dije—. Mi madre tiene fotos de cuando estaba embarazada, y ni siquiera teníamos cámara en casa.

Sus ojos negros denotaban inteligencia. Clara también tenía los ojos oscuros, pero en vez de inteligencia mostraban sumisión. Hasta Diego tenía el iris marrón. Pero África no. Su mirada era tan azul y cristalina como las aguas de un río calmo.

—No, no lo sabe —confirmó la abuela adoptiva—. Y preferiría que continuase así.

Pensé en África, una niña abandonada. Pensé en la madre que la dio en adopción. Pensé en Jaime, un niño robado. A unos no los quieren y los desprecian como un desperdicio o un estorbo; mientras que arrancan de los brazos de sus padres a los niños que son amados. Al menos África había terminado en una buena familia, con dinero y todas las facilidades del mundo. Jaime, sencillamente, ya no estaba.

—¿Por qué no se lo dicen?

—¿Qué conseguiríamos? ¿Acaso la consolaría el hecho de que su madre drogadicta la abandonó a las puertas de un orfanato?

—Eso tendría que decidirlo ella.

—Son sus padres quienes deben contárselo, nadie más.

Tenía razón. Además, no era el momento, con el cuerpo del finado aún caliente.

—Ha hecho un buen trabajo encontrando a mi nieta. Le felicito.

—No ha sido un éxito mío. El tema se ha arreglado solo. Al final, no soy más que un observador.

—Por un clavo se perdió la herradura. Por la herradura, el caballo. Por el caballo,

el caballero. Y por el caballero, la guerra. —Formó un nuevo anillo de humo—. Sus actos han influido en todo esto, no lo dude.

—Si una mariposa bate las alas en España, se forma un tifón en el Atlántico, ¿no?

Asintió con profundidad. Iba a contestarle que esa historia siempre me pareció una tontería. Si un mono roba una cartera en la India un policía pierde a su hijo en un parque. Nada estaba conectado, solo existían nuestras acciones y nuestras consecuencias.

—Comienza a refrescar. Disculpe si vuelvo adentro.

Apagó el cigarro en la acera y regresó sobre sus pasos. Yo me quedé con la colilla apagada entre los labios. Refrescar no era la palabra. El frío se había instalado en aquel tanatorio y ni el horno de cremaciones podría calentarlo.

Pensé en las parejas que adoptan a niños. ¿Se puede llegar a querer a un hijo ajeno tanto como si fuera propio? En el caso de Diego y Clara, era lo más parecido a lo que podían aspirar. Yo no podía imaginar a otro chico que ocupara el lugar de Jaime. Sería como un sustituto, un segundo plato, un recordatorio constante de que una vez la cagué. Mi cerebro rechazaba pasar por esa situación.

Desde hace siglos se habla de las utopías. Una posible sociedad perfecta pudo ser la espartana, donde cada madre daba su hijo al gobierno, y este lo ubicaba con las familias que decidía. Cada padre se encargaba de un niño que no era propio. Y al no saber cuál era de la misma sangre, todos cuidaban de todos por igual. Sin embargo, en esa utopía habría gente como Barrachina, violadores, secuestradores de niños, perturbados.

Una sociedad no puede ser perfecta porque los hombres no somos perfectos. África debía saberlo muy bien: tenía la familia perfecta, pero su vida, en ese instante, carecía de significado.

Hay gente que vive anclada en el pasado. No es tan extraño. Un día sucede algo y te quedas atascado en ese instante. Un accidente de tráfico que te deja en silla de ruedas, la vez que aquella chica te destrozó el corazón, el trabajo del que te despidieron sin saber por qué, el fatídico instante en que dejaste que tu hijo jugara al escondite en el parque. Son hechos aciagos, malos momentos que se graban a fuego en tu piel y retinas. Y ya no eres capaz de salir de ahí, de retomar tu vida, de acercarte a otra chica, de ser feliz en el trabajo. Pasas la vida anclado a un día, lo revives, lo reinventas, pero no sales de él, de ese día.

En el Tugurio no pasaba el tiempo. Cada día era igual al anterior y con toda seguridad idéntico al siguiente. Las mismas caras, las mismas copas, las mismas sensaciones. Dicen que no es posible bañarse dos veces en el mismo río. En el Tugurio tienes reservado tu metro cúbico de agua, y hasta tu cuota de aire sucio la guardan de un día para otro. Nada pasa tras sus paredes, el mundo permanece inmóvil, y todos recordamos para nuestros adentros el puto día que se jodió nuestra vida.

Inchaustegui, el soldado vasco, había aprendido a beber como los políticos. Terminaba las cervezas a mayor velocidad de lo que una vejiga humana podía aguantar. Se tambaleaba en el taburete, que ya no era mío sino suyo, y pedía una nueva caña. Un alcohólico nace cada segundo y muchos más mueren de cirrosis al cabo del tiempo.

Pese a que había transcurrido bastante tiempo, no había probado ni los boquerones ni la cerveza. Benito se acercó a mi lado.

—Sabía que esto pasaría —dijo.

—¿El qué?

—Te has hecho marica. —Levanté la mirada, sorprendido—. No, no pongas esa cara. Todos lo sabíamos menos tú. No es malo que te guste comer lomo en barra, solo antinatural. Yo soy un tío abierto de miras, ya me conoces. Cuando entraron todos aquellos gitanos les dije con toda la amabilidad que pude que, o salían de mi bar, o los mataba a hostias. Así que no te preocupes por mí, que guardaré tu infamia. Es como una identidad secreta, ¿no? Tipo Batman y Bruce Wayne.

El mundo se había parado a la entrada del Tugurio, pero para Benito aún vivíamos en el Renacimiento.

—¿Pero qué estás diciendo, enfermo mental?

—Nada de enfermos mentales. Son personas, que está demostrado. He investigado mucho, y parece que al final no es algo contagioso. Vamos, que si eres *gayer*, lo eres porque lo decides. Un día te levantas y piensas «hoy me apetece probar

el pescado». ¿Es así? ¿Me equivoco?

—La equivocación es que hayas nacido. Joder, es hasta peligroso que tengas la licencia de manipulación de alimentos.

—¿Licencia de qué?

—Da igual.

—Bueno, pues yo respeto tu inclinación. A partir de ahora arreglaré el relleno del taburete para que no te duela al sentarte.

—Estos taburetes son de madera.

—Y ya vale de boquerones mohosos y cerveza caliente. De aquí en adelante solo tapas y bebida acordes a tu nuevo estatus. Una tónica con rodajita de limón, y por aquí tengo un *petit-suisse* del crío. ¿Quieres mirar la fecha de caducidad? Y el café descafeinado, ¿verdad?

—Entonces, según tú, si un día no tomo cerveza, es porque soy gay, ¿no?

Benito asintió con profundidad.

—Exacto. Y que vives con un periquito. Eso es de muy mariconas.

Después de eso se puso a limpiar la barra, aunque más bien restregaba la porquería y la esparcía más. Benito era un filósofo de la vida, la reencarnación de Aristóteles. No costaba trabajo imaginarlo en la Grecia antigua educando a la plebe con discursos de hondo calado y verdades universales.

—Estoy dejando la bebida. Quiero ser capaz de aguantar un día entero sin beber.

—¿Y tienes que empezar en mi bar?

—Te la voy a pagar aunque no la trague, no sufras.

—Tú sí que vas a sufrir cuando vayas a una sauna, repleta de hombretones tipo oso empapados en sudor...

Se alejó a molestar a otro cliente. Agradecí los momentos de silencio y brindé en su dirección, pero no tomé ni un sorbo. Benito me levantó el dedo corazón e hizo el ademán de metérselo por el culo.

Algún día se encontrará con el cabrón equivocado y le partirá la cara, cada día estaba más convencido. En el recreo del colegio, ante una pelea de similares características, le contábamos al profesor el típico «él se lo ha buscado».

Cada poco rato miraba hacia atrás. Sabía que alguien ahí fuera me seguía la pista. Alguien que había tiroteado a Barrachina, que había matado a Elías. Tenía más miedo por Inés que por mí mismo. Habíamos tardado, pero por fin empezábamos a perdonarnos. A perdonarme, más bien. La vida continuaba sin tener sentido, pero parecía más lógica.

El asesino no había dejado ninguna pista. Sospechaba por qué me había dejado vivo. Era su perro rastreador, el único capaz de sacar nuevas pistas, de darle algo de aire a todo el asunto. Era útil. Lo que me reconcomía era por qué tenía esa fijación obsesiva con África. Había leído reportajes de fans que acosaban a los famosos hasta la pesadilla. En el mundo normal solían ser los divorciados quienes acechaban a su expareja con tal de tenerla vigilada y controlar sus movimientos. Yo mismo me había

sentido tentado de perseguir a Inés por toda la provincia, pero pronto desistí. Si se había marchado era por decisión suya. No podía retenerla. E igual que la dejé marchar, había regresado a mi lado.

El asesino funcionaba de otra forma. Le había llevado hasta Barrachina y lo había liquidado. La policía había interrogado a Elías, el culpable confeso de la desaparición de África, y celebrábamos su funeral por la mañana. Con Barrachina quiso involucrarme, y con Elías fingió un suicidio. Quizá yo sería el siguiente. Quizá ya no necesitaba que lo guiase a ninguna parte más. Quizá quiso quitarme de en medio cuando intentó involucrarme en la muerte de Barrachina.

Volví a mirar hacia atrás. Los mismos parroquianos de siempre consumían sus vidas de saldo en los mismos asientos de siempre. Tal vez alguno de ellos era la extraña figura que acosaba a África.

Pobre África, la niña de la vida de mentira. Tenía la certeza de que alguien la seguía, y al final tuvo razón. Tenía miedo, y el miedo tomó forma con la muerte de su novio. Pobre África: ni sus padres eran de verdad.

No podía hacer nada más que esperar. Hasta los sociópatas más cuidadosos terminaban por cometer errores. Era lo único que podía hacer. Esperar a que la cagase, a que viniera a por mí, a que moviese el siguiente peón.

La cerveza me llamaba. Agitaba algo dentro de mí. Me proponía la solución fácil, la conocida, el alcohol como medio hacia el olvido, una forma sencilla de dejar de sentir, dejar de pensar, dejar de ser. Solo tenía que estirar la mano temblorosa y llevarla a mis labios. Tan cerca y tan lejos. Tan inocua y destructiva. Un gesto para cambiar una vida, para fulminarla.

Supe que tenía a Inés a mi espalda sin girarme. Fue como una conexión de mentes. Pude leer sus pensamientos. Reconocí la mirada de reproche sin mirarla a los ojos.

—No he bebido ni una gota —dije—. Puedes besarme para comprobarlo.

No quería besarme. Ni siquiera quería verme. Había retrocedido una casilla. Dos pasos adelante, uno atrás. Una forma segura de no tropezar en el largo camino a ninguna parte.

—¿Qué has hecho con el teléfono móvil? —Se colocó a mi lado, pero no se sentó.

—Tuvo un pequeño incidente contra una pared. Ganó la pared.

—Diego y Clara llevan horas llamándote. Al final me han telefoneado a mí, y no sé por qué no me sorprende encontrarte aquí.

—¿Cómo has sabido donde estaba? Nunca habías venido a este sitio.

—Es el lugar de siempre. Perdóname por no querer pisar el mausoleo donde mi marido comenzó a matarse.

—¿Quieres algo, preciosa? —preguntó Benito, al otro lado de la barra.

—¡Que te den por culo, gordo de mierda! —Contestó Inés, voz en grito—. Te dedicas a crear alcohólicos. Ojalá revientes.

Benito abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir, pero no dijo nada. Todo el

bar estaba sorprendido por la forma que tenía Inés de mandarlo a paseo, aunque tal vez se debía a que era la primera mujer que entraba allí en décadas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Miles de cosas, joder. —Inés se llevó las manos a la cabeza y se ahuecó el pelo

—. No sé ni por dónde empezar.

—Por la más urgente.

—África se ha escapado de nuevo. Sus padres tienen miedo.

Barrachina muerto. Elías en la morgue. África desaparecida otra vez. Dicen que quien no conoce la historia está condenado a repetirla. Yo creo que se repite de todas formas.

—Esto es una puta tomadura de pelo —dijo Ramos.

Encontré a Antonio en casa de los Rojas. Le habían avisado al mismo tiempo que a mí, pero al parecer él sí tenía el teléfono móvil a mano.

—Volvimos del tanatorio sobre las ocho —explicó Diego—. Queríamos descansar para el funeral de mañana. El entierro es a las doce y mi mujer ya no se aguantaba en pie.

Hablábamos en el sobredecorado salón. Clara estaba casi tumbada en un sillón orejero, junto a Inés y su madre. La anciana me observó con ojos de víbora y sentí la fascinación de un ratón que está a punto de ser devorado.

—Se fue a su habitación sin abrir la boca. Entonces he escuchado la alarma. Alguien había abierto una ventana. Me asusté y fui corriendo a su cuarto. Pensé que tal vez la calefacción estaba muy alta y África tenía calor. Abrir una ventana en invierno, es de locos...

—Céntrese en la historia, por favor. —Le pedí.

—Como si pudiera... —Murmuró Ramos, a mi lado.

—Al llegar, África no estaba. Me asomé a la ventana y la vi montada en su coche. Salió hacia la verja y se marchó. Cogí el Jaguar para seguirla, pero no la vi. Entonces les llamé a los dos.

—¿Iba sola? —pregunté.

—Sí, lo vi con claridad. No había nadie más con ella en el auto.

—Entonces no es un secuestro —prosiguió Ramos—, si no una pataleta de niña malcriada.

—Oiga... —Diego se puso rojo, pero calmó la ira con un trago largo de whisky.

—Ha dejado una nota, ¿sabes? —Antonio me pasó un folio dentro de una bolsa de pruebas—. La niña odia a sus padres. Los culpa de todas sus desgracias.

África tenía una letra redonda y ágil. Era la evolución de niña a adolescente, y de ahí a mujer. Ella se sentía como una adulta. Había perdido a su ser más querido, Elías, y nada la retenía en aquella casa. Dedicaba palabras muy duras hacia sus padres. Todos los agravios, los internados, las escuelas privadas, hasta los campamentos del Opus en verano. No entendía por qué se marcharon de San Blas para acabar a las afueras de la ciudad. Odiaba a Clara por ser una marioneta de Diego, una esposa sin criterio, una mala madre sin complicidad con su hija, poco sensible a sus problemas, sin esperanzas de futuro salvo comer, dormir y hacerse la loca cuando su marido se acostaba con putas de lujo. Por su parte, a Diego lo odiaba por ser Diego.

Después hablaba de la sombra. Así la llamaba ella: la sombra. Era algo que la

acechaba, siempre oculta en la oscuridad. Alguien que robaba su ropa, que la seguía a la piscina, que vigilaba a sus amigos. Alguien que había asesinado a su novio. Una especie de ángel de la guarda psicótico, enfermo, que la quería solo para él.

Devolví la nota a Antonio. Diego y Clara tenían la mirada gacha. Ninguno quería afrontar la realidad de que se había marchado, que no habían conseguido ser buenos padres pese a todos sus esfuerzos. Una madre que se distancia de su hija al entender que no es de su sangre. Un marido que se separa de su familia porque se ha casado con los negocios y el dinero. Una chica perdida que decide perderse por sus propios medios. Una sombra que no la deja en paz.

—Antes contaba con la complicidad de Elías —dije—. Ahora no tiene esa ventaja. Sabe que si se marcha con los amigos, la descubriremos. Y lo mismo si usa las tarjetas de crédito.

—Tiene dieciocho —recalcó Ramos—. En la carta deja claro que no quiere que la busquen. ¿Por qué no la dejan en paz?

—Es nuestra única hija —contestó Clara—. Está confundida, no sabe lo que dice. Es solo una niña. Deben buscarla.

La convicción no estaba con ella. Antonio estaba a punto de cerrar la investigación. No tenía ninguna intención de seguir con toda aquella basura. La consideraba poco más que una riña familiar. Decidí tocarle las narices.

—Hay que encontrarla —dije.

—Y también hay quien quiere encontrar al Yeti, pero es otra pérdida de tiempo.

—Su novio ha muerto. Ella está muy afectada, tal vez haya tomado tranquilizantes. Es posible que esté pensando en el suicidio.

Diego apuró su copa de un trago. Clara casi se desmaya. Inés ni me miró. La abuela me taladró con las pupilas.

Sin embargo, mis palabras no eran para herirles o preocuparles más, sino para hacer reaccionar a Ramos. Si había una sospecha evidente de que la persona desaparecida, ya sea menor de edad o adulta, podía resultar dañada, su deber era encontrarla. Y África estaba muy tocada por lo de Elías. Si le ocurría algo y él se cruzaba de brazos, el resultado sería que le abrirían expediente.

—Eres una mala puta, ¿lo sabías? —dijo.

—Me lo dicen siempre.

—Vale, la chica no es tonta —Antonio se encendió un cigarro—. No usará la tarjeta de crédito. Y por mucha pasta que se haya llevado, antes o después se le terminará. Está acostumbrada a dormir en sitios cómodos, y el coche no es una opción. Tal vez haya ido a un hotel. Llamaremos a todos los que podamos, a ver si alguien tiene registrada a su hija.

—¿Y si ha repetido el mismo esquema de la otra vez? —pregunté—. No le fue mal. La encontramos porque ella se entregó.

—¿Crees que se ha ido de nuevo con la familia de Elías? —Diego rellenó un nuevo vaso de licor.

—Yo sé por dónde va. —Cortó Antonio—. ¿Tiene más propiedades a su nombre? Es decir, algún apartamento que solo usen en verano, o un piso en alquiler en otra zona.

—Sí, tenemos varias parcelas. —Rojas salió hacia el descansillo—. Y algunos pisos.

Abrió un minúsculo armario repleto de llaves, cada una con un llavero de plástico colgando de su cáncamo. Diego las repasó a toda prisa.

—Aquí. —Señaló un hueco vacío—. Falta la de nuestra antigua casa.

—En el barrio de San Blas.

—Sí. —Se puso la chaqueta—. Ahora mismo voy para allá.

—Mejor vamos nosotros —dije, y Ramos me miró con desdén—. Usted quédese aquí por si se arrepiente y les llama.

—Para eso está mi mujer.

Le agarré de los hombros y le hablé con franqueza.

—Será mejor que no venga. Está muy nervioso. Y la última vez casi mata a aquel tipo, ¿lo recuerda? Usted se va a quedar en casa, al lado del teléfono, con su esposa y su suegra, y nosotros le traeremos a África sana y salva.

Asintió. No le había convencido, pero aceptaba su rol de segundón. En un papel nos apuntó la dirección.

—No tardaremos, se lo prometo.

—Cierren la verja al salir —contestó.

Ya en el jardín, Antonio se encaró a mí.

—¿Desde cuándo das las órdenes? Ni siquiera eres la autoridad en esta casa. ¿Qué me impide mandarte de vuelta con ellos a lamerte las heridas?

—Que no te pienso hacer caso —dije—. Podemos ir juntos o cada uno en su coche, a mí me da igual. Pero yo no voy a dejar que esa pobre cría esté suelta de noche con un enfermo mental tras ella. Mató a Barrachina, es posible que se cargara a Elías. Tenemos que traer a África de vuelta. Y rápido.

Ramos me observó con ojos fríos. Todo aquel lío no dejaba de ser una molestia. Había muchos psicópatas sueltos en el mundo y su turno había terminado hace un rato. Me abrió la puerta del coche y monté.

—Será mejor que pida refuerzos —dijo.

Me habría imaginado a los Rojas viviendo en un adosado con jardín, pero en San Blas no abundaban las casas bajas. La zona estaba cubierta de pisos viejos de tres plantas, la mayoría con fachada clónica. El ladrillo rojo no pasaba de moda, aunque los árboles de la acera los ocultasen. La parte baja había perdido la batalla contra los grafitis. Una patrulla nos esperaba con las luces encendidas.

—Buenas noches, inspector. —Saludó uno de los policías, ya demasiado mayor para seguir de ronda—. Hemos tocado al timbre, pero nadie contesta.

—¿Por qué no habéis entrado por las malas? —preguntó Antonio.

El otro uniformado, sin duda un novato, se encogió de hombros.

—No tenemos orden judicial para acceder a ese domicilio.

—Joder, ¿es que no habéis aprendido nada?

Tocamos todos los timbres a la espera de que otro vecino nos abriese el portal de abajo. Una gota de agua golpeó en mi rostro. Después otra.

—Está lloviendo —dije.

—¿Y qué? —Antonio no tenía ganas de charla.

—Nunca llueve en Alicante.

Cuando el chaparrón arreciaba, conseguimos que nos abriera una viejecita con cara de ardilla. Ascendimos hasta el segundo. En el descansillo comprobamos que la puerta era de contrachapado y no tenía cerradura de seguridad.

—¿No oís eso? —Antonio puso la oreja sobre la puerta.

—¿El qué? —preguntó el novato.

—Esos gritos...

El chico gesticuló, como si arrugando la frente se agudizase su sentido auditivo.

—Yo no...

—Shhh —mandó callar—. Es la voz de una chica.

—¿Y qué dice? —El principiante lo imitó y colocó la oreja sobre la puerta.

—Son gritos de auxilio —contestó—. Debemos entrar a socorrer a alguien. Es nuestro deber.

Por supuesto, nadie gritaba, pero había que entrar como fuera. Ramos soltó una patada contra la puerta sin que el novato hubiera despegado la oreja. La cabeza rebotó cuando el puntapié impactó en el contrachapado. El veterano ayudó a Antonio colocando el pie en la base y realizando presión. Una segunda patada hizo que la cerradura quedase colgando de la madera aglomerada.

—¡Policía! —gritó el veterano.

Antonio sacó el arma. Los otros dos lo imitaron sin entender demasiado lo que ocurría. El automático estaba enchufado, aunque algunas bombillas estaban fundidas.

De fondo se escuchaba el chirrido de un refrigerador antiguo. El olor a cerrado era contundente y se mezclaba con el de humedad. Había polvo en el ambiente, flotando desde el papel que tapizaba las paredes hasta dar la vuelta por el recodo del pasillo. Era como un camino de miguitas de pan.

—Tened cuidado —dijo Ramos, muy serio—. Puede que haya alguien en la casa armado con un Smith and Wesson.

La vivienda destacaba por la escasez de mobiliario en contraste con el *chalet* de la zona de Monforte. Era como si el éxito en los negocios de Diego hubiera acabado con la vida sencilla y tranquila de una familia mediterránea más. Habrían necesitado cinco pisos como aquel para meter todo lo que tenían en la mansión de las afueras. Quedaban algunos trastos cubiertos con sábanas blancas, como fantasmas petrificados pertenecientes no a otra época, sino a otra vida.

Permanecí a la espalda de los policías. Antonio iba delante, abriendo camino. Se asomaron a la primera de las puertas. Era un salón, completamente vacío, con las persianas bajadas y sin rastro de cortinas. En las paredes se dibujaban las siluetas de muebles ya desaparecidos, una estantería gigante repleta de libros o tal vez de fotos en color sepia.

Avanzamos en silencio, como los comandos militares de las películas. Se enseñan los movimientos en la academia, pero casi nunca se usan en la vida real. Ramos gritó bien fuerte que era la policía. Se escuchó un ruido proveniente del fondo. Los hombres se pusieron nerviosos. El novato se asomó al siguiente cuarto, que resultó ser un minúsculo baño. El veterano se detuvo ante la cocina, ubicada en mitad del pasillo y Ramos se abrió paso hasta el siguiente recodo. Entonces se oyó de nuevo el ruido. Provenía de la puerta del fondo, la del final del corredor. Con cautela, se asomaron a la siguiente habitación, correspondiente a un dormitorio con dos sillas fantasma.

Y por tercera vez se escuchó movimiento tras la última puerta.

—¡África! —Grité—. Soy Roberto. ¿Estás ahí?

El silencio por respuesta no era buena señal.

Nos colocamos en las jambas de la puerta. Antonio la abrió de golpe. La tenue luz del pasillo iluminó el interior.

Allí estaba África. Y había alguien más.

África tenía un revólver en la sien. Tras ella había una mujer a la que reconocí al instante. Estaba muy envejecida, con el pelo cano y arrugas en el rostro. Parecía enferma, y aún tenía ojos de loca.

—¡Tira el arma! —Gritó Ramos.

—¡El revólver! —Gritó el veterano.

—¡Al suelo! —Gritó el joven.

Y más y más gritos. La mujer parecía absorta de todo lo que sucedía en el cuarto. Órdenes, jaleo, pistolas apuntando a una psicópata y África con los ojos rojos, temblando tras su abrazo. La secuestradora abrió la boca y susurró algo que se perdió en la mezcla de voces. Después lo repitió con la misma calma. Y luego una vez más.

Ninguno pudimos oírla.

El veterano pidió más refuerzos por la radio que llevaba colgada al pecho. Al novato le temblaba la pistola en la mano y estaba a punto de mearse encima. Antonio buscaba un tiro claro. Yo me arrepentía de no haber bebido la cerveza que me ofreció Benito en el Tugurio.

Entonces la mujer hizo algo que no esperábamos. Con una delicadeza extrema, sin dejar de apuntar a África, arrastró poco a poco el cañón del arma hasta su propia sien y colocó la cabeza junto a la de la chica. El silencio apareció de la nada y pudimos escuchar las palabras que salieron de su boca.

—Marchaos.

Una bala, dos víctimas. Si disparaba, no solo se volaba los sesos, si no que se llevaba a África por delante. Antonio y yo nos miramos. Había una posibilidad remota de que el plomo no atravesase su cráneo y se quedase dentro, pero había una mayor de que sí lo hiciera. En ese caso, la bala no tendría la suficiente fuerza para salir y rebotaría dentro del cráneo de África, licuando su cerebro. No era cuestión de arriesgarse.

—Está bien —dijo Ramos—. Mira, bajo el arma. —Lo hizo, pero los otros dos, no—. Vamos a hablar.

—No hay nada de qué hablar —contestó con voz rasposa.

—Tienes que bajar el cañón, guapa —prosiguió Antonio—. Te tenemos. No puedes escapar. Vamos, ven con nosotros.

—Ya lo he perdido todo. —Amartilló el revólver como un pistolero del salvaje oeste—. Y no tengo intención de ganar.

—Venga, dinos lo que quieres.

—Que os marchéis.

Abandonó el abrazo de África y la agarró del cuello con la mano libre. Aplastó su

cabeza aún más junto a la suya. Sus ojos prometían desesperación, locura y firmeza. No iba a rendirse. Nadie iba a ponerla nerviosa. Había llegado hasta allí y ni Satanás podría detenerla.

—Os doy diez segundos. Después me mato y me la llevo conmigo.

África soltó un hipido. Habría sido un sonido ridículo en cualquier otra circunstancia, pero en esa ocasión resultó aterrador. Antonio apretó la mandíbula. Aquello iba a terminar en un baño de sangre.

—No puedes salir de aquí —dijo él.

—Ya lo sé —contestó ella.

—¿Y qué vas a hacer?

—Quedarme.

—Antes o después tendrás que moverte.

—Diez segundos. Nueve. Ocho.

Era imposible razonar con ella. Tenía la mente quebrada. Ramos lo sabía, y yo estaba de acuerdo. Avanzó de espaldas a la puerta y cogió a los dos uniformados del hombro.

—No podrás salir —dijo de nuevo.

—Te repites, policía. Siete. Seis.

Caminé de espaldas, sin perder contacto visual con la enferma. Entonces sus ojos azules se clavaron en mí y dijo con toda la tranquilidad del mundo.

—Tú no, Roberto Cusac. Tú te quedas conmigo.

Miré a Ramos. Negó con la cabeza.

—Ni se te ocurra.

Cerré la puerta antes de que intentase cualquier cosa. Antonio golpeó la chapa. Gritó. Me insultó.

—Coloca esa mesa delante. —Me ordenó la mujer.

Había varios muebles cubiertos con sábanas blancas. Arrastré el fantasma y bloqueé el acceso. Miré lo que acababa de hacer. No podrían entrar al asalto, ya que se encontrarían con un obstáculo. La persiana estaba bajada. Nadie vendría al rescate. Era yo contra el abismo.

—No voy armado —dije.

—Ya lo sé.

—¿Qué quieres de mí?

—Que escuches, ya que eres la única persona que puede entender lo que tengo que contar.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—Sí.

Nos habíamos encontrado a la salida del Cubil. Cuando fui en busca de Barrachina, ella se escondió en un portal y yo me abalancé sobre su cuerpo. Estuve a punto de partirle la cara a puñetazos, pero me contuve. Pensé que era una viandante asustada, no la persona que me había estado siguiendo, aunque en ese momento no lo supiese. La dejé marchar, pero no se rindió. Me vigiló de nuevo hasta casa cuando estaba borracho y robó el revólver de Diego. El mismo que usó para matar a Barrachina y que ahora apuntaba a África.

—Me has estado siguiendo. —Recalqué la obviedad.

La mujer soltó a África, que cayó desmadejada al suelo. Hice un ademán de ayudarla, pero ahora el revólver me apuntaba a mí.

—¿Por qué acosas a África? —pregunté.

Se arrodilló en el suelo y le acarició el pelo. África temblaba.

—No la acoso.

—La cámara de seguridad de los Rojas te grabó asomándote a tu ventana.

—Los Rojas... —Se burló—. Una familia de gente bien. Santos, quizá. Dan trabajo a mucha gente. Tú trabajas para ellos, ¿verdad?

No contesté.

—No acoso a nadie. La protejo.

—¿Proteger? El único peligro que corre es que se dispare ese revólver que empuñas.

Tenía unos ojos grandes. Quizá en otra vida, en otro mundo, fueron bonitos. Ahora quedaban dos bolas bulbosas, de mirada fija, de inteligencia trastornada.

—La protejo de todos. —Continuó—. No quiero que nadie la toque, que nadie la dañe. Y me da igual si es su novio o ese pedófilo que robó a tu hijo.

Aquello me dejó a cuadros. Mi pulso se aceleró aún más. La adrenalina se agolpó en mi garganta y apenas me dejaron articular palabra.

—¿Qué?

—Lo maté —dijo—. Pero antes me contó que había secuestrado a tu crío.

Continuaba acariciando el cabello de África, como si intentase peinarla con los dedos. Yo pensaba en Jaime, en Barrachina, en Inés. Un triángulo imposible. Respiré hondo un par de veces. Joder, hasta recé.

—Es mentira.

—¿Eso piensas?

—Te ocultas en las sombras, manipulas a los demás. He conocido antes a gente

como tú y sé que mientes.

Se rio. Fue una carcajada sonora y sin alma. Como si le hiciera gracia algo que en realidad era una desgracia. Una risa teatral, de serie de televisión, falsa y ronca.

—Eres un chico listo. Me alegra no haberte matado cuando pude.

—No juegues conmigo.

—¿Cómo se llamaba tu hijo? —preguntó—. El que desapareció. Lo leí en la libreta que te quité.

Titubeé. Aún no sé por qué.

—Jaime.

—Yo tuve una hija, hace muchos años. Se llamaba Esperanza. Un nombre con significado. Igual que a ti, me la robaron.

Tras las paredes se escucharon sirenas. La habitación tenía varios enseres cubiertos con sábanas blanquecinas y agujereadas por las polillas. En el centro había un objeto rectangular, tal vez una mesa o una cajonera. El filamento de una bombilla desnuda iluminaba nuestras miserias.

—Eres un hombre e ignoras la diferencia que supone ser madre. Tienes a una criatura creciendo en tus entrañas, abriéndose paso, alimentándose de tu sangre. Te pateas, te produce náuseas, te hincha como a un globo y no te permite descansar. Y aún así amas al fruto de tu vientre con todas tus fuerzas. Es la vida creando vida. Es la esperanza creando esperanza.

—¿Cómo desapareció tu hija? —dije—. Tal vez pueda ayudarte.

De nuevo, el revólver quedó tenso en su mano. Mirada dura, de manicomio, de suicida ante la horca.

—No juegues conmigo. —Masculló—. Aquí no hay poli bueno y poli malo. Estamos solos los dos. Esto es una charla entre amigos. No intentes convencerme de nada, no me metas ideas en la cabeza que no son mías. ¿Lo entiendes?

A la perfección. Entendía que había pulsado una fibra sensible. Estaría bien recordarlo.

—¿Quién robó a tu hija? —pregunté.

—Los médicos. Las monjas. Es un complot. Todos están involucrados.

Conspiranoia. Estaba para encerrarla y tirar la llave.

—¿Por qué querían robarla?

—¿No es eso lo que te preguntas cada día? —dijo—. Me levantaba cada mañana preguntándome por qué. Durante años fue así. Buscaba una respuesta y no encontraba más que desprecio. Y sé que a ti te pasa lo mismo.

—Es mejor no preguntarte nada si sabes que las respuestas no van a llegar.

—Eso pensaba, pero al final llegan.

—¿Y cuál es? ¿Por qué secuestraron a tu hija?

—¿Por qué va a ser? Por dinero. Siempre es por dinero.

Ni toda la pasta del mundo podría rellenar el vacío que sentía por dentro. No se podía comprar la felicidad con billetes, más aún cuando te la habían quitado.

—Es mentira... —lloró África—. Una pesadilla...

La mujer la consoló como lo haría un depredador que se ha comido a toda tu familia pero te ha dejado a ti con vida.

—No, hija mía, es la verdad —susurraba.

Entonces lo vi claro. Tal vez fuera cierto que era la única persona capaz de comprenderla. Aquella demente se aferraba a un clavo ardiendo. La locura se había adueñado de ella. Ordené mis pensamientos y los pronuncié en voz alta.

—Piensas que África es tu hija —dije.

—No son suposiciones. Sé que es ella.

—¿Cómo estás tan segura?

—Una madre lo sabe. Me robaron a mi niña, y por fin la he encontrado.

—Pero África tiene dieciocho años. ¿Cuánto tiempo llevas buscando a tu niña?

—Mucho, demasiado. Y lo peor de todo es que cuando la encontré ya no podía hacer nada. Tenía una nueva vida, una mejor de la que yo jamás podría haberle dado, eso estaba claro. Así que me dedicaba a mirar, a observarla desde la distancia. A protegerla. Con saber que estaba bien y era feliz me bastaba. Ella estaba contenta, yo la veía crecer, enamorarse, estudiar. ¿Qué más necesita una madre?

África era adoptada. Tal vez había algo de cierto en todo aquello, quizá África era su hija. Tal vez el dinero de Diego había comprado a una niña a una prostituta, o a una yonqui. Quizás estaba asistiendo a un reencuentro de verdad.

—¿Cómo la localizaste?

—La monja... la ladrona se arrepintió en el último momento de su vida y me dijo dónde estaba. Y fui a buscarla.

África lloraba con la mirada perdida. No estaba seguro de que estuviera escuchando.

—Dices que la perdiste por dinero. ¿La vendiste?

—¡Me la arrebataron! —Se puso en pie de nuevo—. La tuve en brazos diez segundos antes de que se la llevaran. Sucia, oliendo a sangre y placenta, pero pude acariciar su cabecita. Una enfermera me la quitó y no la volví a ver nunca más. Dijo que había muerto en la incubadora. Hasta me enseñaron el cadáver de un bebé, pero no era el mismo.

—Estás loca...

—No lo estoy. —Mostró los dientes en lo que parecía una sonrisa demente—. Tengo razón, siempre la he tenido.

—¿De qué me estás hablando? ¿De una red organizada que robaba niños recién nacidos?

—Y los vendían a gente con recursos, a familias con dinero. Mi caso no es el único. —Extrajo unos papeles arrugados del bolsillo—. Llevan así desde los años sesenta.

Los arrojó a un lado. La bombilla iluminó titulares de periódicos y revistas, padres asustados, temerosos, vacíos por dentro, con hijos desaparecidos. Se repetía el

nombre de una clínica, la San Ramón de Madrid. ¿Su contrahecha psique se había nutrido de noticias reales para crear una fantasía? ¿Estaba en lo cierto y había recuperado a su hija desaparecida?

—¿Por eso la secuestras ahora?

—¿Qué harías tú si un día encuentras a tu hijo viviendo con otra familia? —me espetó—. Imagina que es feliz y no te recuerda. ¿Darías la cara y le producirías un trauma? ¿Te lo llevarías a la fuerza? Nos robaron a nuestros hijos y nos convirtieron en padres abandonados. Así que dime, ¿qué harías en mi lugar?

Me quedé en blanco. Una fantasía que se repetía a menudo en las noches en vela, era la de encontrar a Jaime y traerlo de vuelta a casa. El problema es que siempre era un niño, no había pasado el tiempo. No era un adolescente, no vivía con otra familia. No era tan sencillo pensar que llevaba una segunda vida con otras personas.

—Cuando crecía en mi vientre, la imaginaba. Imaginaba cómo iba tomando forma de persona, cómo le crecían los dedos de las manos y los pies, como se removía en sueños inquietos. Y cuando me la quitaron, seguí imaginándola. En mi mente la vi crecer, ir a la guardería, jugar con sus amigos, abrir regalos en su cumpleaños. Y ahora también puedo imaginar el futuro. Sé que ella se quedará conmigo, que me reconoce como madre verdadera.

—Esto aún no ha acabado.

—Todo ha salido como debía. —Prosiguió—. Yo no la he raptado. Ni antes ni ahora. Ella ha abandonado a su familia. Ha vuelto conmigo. Estamos conectadas.

Quitó la sábana que cubría el objeto rectangular del centro de la sala. Era una cuna antigua, con ruedas en vez de balancín.

—Eres una estúpida —dije—. Pensamos que era un secuestro, pero resultó que huía de ti. Eres una presencia, un intruso en su vida. No te ama: te teme. No ha vuelto contigo, simplemente está asustada y se esconde.

África levantó la cabeza.

—Te odio —dijo.

La mujer no pareció entenderlo. Se quedó inmóvil, con la mirada temblorosa bailando de un lado a otro.

—Mataste a Elías... —Continuó África—. ¿Por qué?

—Él te había retenido en contra de tu voluntad. Lo sé. La policía lo detuvo. Pero ya no volverá a hacer te daño, hija mía.

África le aguantó la mirada.

—No soy tu hija. Jamás lo seré. Eres un monstruo.

Me pareció que África no era ninguna niña cuando visité su habitación. Esas palabras, dedicadas con tanta furia hacia su captora, me lo confirmaban. No le importaba que tuviera un revólver entre los dedos, ni que estuviera lo bastante loca como para matarnos a todos. África lo había vomitado desde las tripas, emociones sin destilar, la verdad en su horrorosa forma final.

—¿Cómo puedes... hablarle así a tu madre? —La mujer estaba perpleja.

África se incorporó muy despacio. Cara a cara, parecían un espejo invertido. A un lado la juventud, y al otro la locura.

—No eres mi madre, sino una asesina —dijo—. Nunca podré quererte.

La lluvia arreciaba en el exterior. Golpeaba la persiana bajada con la misma inclemencia que África lo hacía con palabras. El horror de un hijo que no te ama, que no te reconoce como su progenitor. Palabras, simples palabras capaces de derrumbar murallas, pero también de crear abismos entre dos personas. África y su supuesta madre, por fin las dos en la misma habitación, pero más distanciadas que nunca.

—No hablas en serio... —La mujer intentaba convencerse de lo obvio.

—Si de verdad eres mi madre, desearía no haber nacido —contestó.

Apuntó con el revólver hacia nuestra dirección.

—Después de tantos años... después de tanto sufrimiento... ¡Es injusto!

África se escondió tras de mí. Dudaba de poder protegerla, pero no había mucho más que pudiera hacer.

—Baja el arma —dije con toda la suavidad que pude—. Resolvamos esto por la vía judicial. Hay pruebas médicas que pueden demostrar que sois familia, pero este no es el camino. Por favor...

No era agradable que te apuntaran con el cañón de un revólver. Esas cosas disparaban, hacían agujeros en la carne. Servían para matar. Un coche en las manos equivocadas también se podía convertir en un objeto asesino. Y aquella señora no estaba en sus cabales.

—Hija mía... —Suplicó, y sus ojos de loca se envolvieron en lágrimas.

—Cuando mataste a Elías, acabaste con lo más importante que tenía. Mi vida no me importa, puedes llevártela.

—Ven conmigo a casa...

—Mi hogar era Elías.

—Esperanza...

—Dispara si es lo que quieres. —Abandonó el refugio a mi espalda y dio varios pasos al frente—. Y me llamo África.

Una madre es capaz de dar la vida, pero incapaz de quitarla. Salvo que tenga la razón completamente ida.

—No sabes el amor que siento por ti —dijo mientras amartillaba de nuevo el seguro.

—Ni tú cuánto te odio yo —contestó África.

La mujer clavó sus ojos acuosos en mí. En su interior vi algo indefinido, tal vez entendimiento, quizá decepción. Fue una fracción de segundo, algo que solo un padre abandonado podría discernir.

—Tú me comprendes —me dijo.

Después se tragó el cañón y apretó el gatillo.

Ayer hablamos, hija mía. No te diste ni cuenta. Salías del gimnasio, como cada martes. El pelo aún húmedo. Yo estaba enfrente, sentada en la parada del autobús. Llegaste a mi lado sin que me lo esperase. ¿Por qué aquel día no llevabas el coche? ¿Acaso estaba roto? ¿La criada no vino a recogerte? Nunca viajabas en autobús. Por eso no esperaba que fueras directamente a mi lado.

Te sentaste junto a mí, en el banco de metal, bajo la marquesina. Nunca te había sentido tan cerca. Nunca nos habíamos rozado. Olí el perfume sobre tu piel. Noté tu calor. El frío desapareció.

Y me hablaste. A mí, a mamá. Tus palabras rozaron mis oídos. Nunca olvidaré que dijiste «¿Sabe si falta mucho para el siguiente autobús?». Y yo no lo sabía. No tenía ni idea. Ojalá lo hubiera sabido, de verdad, mi amor, mi Esperanza, mamá quería decirte exactamente cuánto tiempo quedaba, que vieras en mí a una salvadora, a tu héroe, a tu madre.

Pero no lo sabía.

Te contesté casi sin aire, de forma mecánica: «no lo sé». De verdad, perdóname, hija mía. De saber que ibas a venir a mi lado, habría contado cada segundo entre un bus y otro. Habría memorizado la cadencia, estudiado el tráfico por posibles atascos. Te habría contestado la verdad, para que así supieras cuánto faltaba con exactitud.

Deseaba abrazarte, comerte a besos, pero no lo hice. Preferí que continuaras viviendo una mentira. Que siguieras llamando «papá» y «mamá» a esos sinvergüenzas que te robaron. Porque ellos tienen dinero, te pueden dar un futuro.

Yo solo podía compartir mi frío. Enseñarte los cortes de mis brazos.

El autobús llegó poco después. Tú subiste, yo me quedé en tierra. No nos despedimos.

Esa noche prometí que nadie te haría daño jamás.

·EPÍLOGO·

Él resultó ser ella.

La figura que acosaba a África, la que grabó la cámara de seguridad de Diego Rojas, se llamaba Laura Sanchís. Nació en Madrid capital cuarenta años atrás, soltera, trabajaba en una zapatería del centro hasta que le dejó. Desde entonces no se le conocieron trabajos estables, salvo el de castañera en invierno. Castañas asadas, hollín, ese extraño olor que la cubría por completo.

En casa de Laura encontraron cientos de notas manuscritas. Se trataba de cartas nunca enviadas a África. En las que detallaba su día a día, el gran amor que sentía por ella y el tremendo vacío que la roía por dentro. Cartas sin sello, sin remitente ni dirección, pero con un destinatario claro. En algunas le hablaba como al bebé que perdió, en otras como a la adulta en la que se habría convertido. A África también le gustaba escribir un diario. Incluso sus letras eran parecidas.

Laura conservaba un abultado tomo con recortes de prensa y otras investigaciones sobre la clínica San Ramón de Madrid. Al parecer, siendo madre soltera con veinte años, su familia la puso en contacto con una monja llamada sor María. Le asesoró que acudiese a la San Ramón para tener el bebé, y allí se lo robaron. Corría el año 1981. Según su versión, le dijeron que la niña había muerto en la incubadora. Le enseñaron el cadáver de un bebé que conservaban en una nevera para acallar todas sus dudas.

Sin embargo, Laura sospechaba la verdad. Habló con los medios, con la policía, pero nadie la escuchó. Años después localizó de nuevo a sor María. Estaba muy enferma, y como acto de constricción, o tal vez como fin de su vergüenza, le contó que su hija estaba viva. Le dijo que se encontraba en Alicante. Se trasladó a la ciudad, encontró trabajos esporádicos, y en sus ratos libres recorría la ciudad en busca de la familia que tenía a su Esperanza.

Se pidieron pruebas para determinar si eran en realidad madre e hija. El juez Morales no las autorizó, por lo que reclamaron de nuevo. Aún no han contestado.

Diego y Clara lo negaron todo auspiciados por sus abogados. África les retiró la palabra y se mudó a un apartamento en El Campello. Una noche, sin que Diego supiera nada, Clara fue a visitarla.

Fue una confesión en toda regla. Se pusieron los sentimientos sobre la mesa. Ninguna se guardó cartas bajo la manga. Dos almas al desnudo, parecidas a una madre y una hija, pero con la frontera de las mentiras de toda una vida por medio. Una, la hija deseada y de nuevo perdida, con la partida de nacimiento falsificada y un pasado y presentes inventados. La otra, una sesentona que podría ser su abuela, sin nada en común con ella, pero con esa mezcla de amor y distancia de tantos años de convivencia.

Clara le contó que la compraron por quinientas mil pesetas. Habían intentado todo para tener hijos, pero los abortos continuados terminaron en una infección y la extirpación de la matriz y el útero. Su sueño se vino abajo, por lo que decidieron adoptar. Recibieron múltiples cartas de que existían pocos menores en situación de abandono, pero no se rindieron. Diego conocía a un abogado. Este les puso en contacto con otro, y el siguiente con otro más. Una larga cadena de contactos entre juristas de pocos escrúpulos. Al final estaba la clínica San Ramón de Madrid, y en ella una África recién nacida.

No había nada más. La compraron, los abogados arreglaron los papeles del Registro Civil para que pareciese una hija natural y se la llevaron a casa. Una red organizada para robar niños y venderlos a parejas que deseaban adoptar. Sucedió una y otra vez.

Hablo con África a menudo. Trabaja en un restaurante cercano a la universidad para pagarse de su bolsillo la carrera de Derecho. Me pide consejo sobre cómo llevar su investigación. Aún está en tratamiento por presenciar el suicidio de Laura. Creo que, en el fondo, se arrepiente de sus palabras, de insultarla y ningunearla como madre, de odiarla hasta el punto de destruir el resto de la poca salud mental que le quedaba.

A veces me pregunta por Jaime. Me da ánimos para que no me rinda, para que siga buscando. Yo no sé qué contestar.

Hace poco, África me contó algo que desconocía. La Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó el 18 de diciembre de 1992 lo que bautizó como «Declaración sobre la protección de todas las personas contra las desapariciones forzadas». En ella se habla de los derechos humanos infringidos sobre aquellos que secuestran a otros, en concreto a los que se llevan a niños en contra de su voluntad y nunca aparecen.

Se firmó porque hacía falta.

En cada esquina del mundo desaparecen niños. A unos los secuestran para sacarles los órganos, a otros por motivos sexuales, y también para criarlos como propios. En el fondo del asunto, el mismo de siempre: el dinero. Niños soldados, niños trabajando en minas de Nicaragua, niños esclavos en India o China. Los sacamantecas de antaño los mataban por ignorancia, los hombres del saco de hoy se mueven por unos intereses más sórdidos. Niños como África, vendidos, viviendo una vida falsa, sin lazos con el pasado.

Pero la sangre llama a la sangre. La sangre se reconoce. La sangre busca respuestas.

Y después quedábamos Inés y yo.

La vi de nuevo un par de días después del incidente con Laura. Me encontraba en casa recogiendo mis cosas cuando llamó a la puerta. Notario aleteó como loco. Yo abrí. Estaba distinta, quizá algo más triste. En su mirada quedaba un destello de la mujer que fue, pero algo había cambiado.

—¿Por qué no contestas al teléfono, Roberto? —preguntó.

Regresé al interior del apartamento sin contestar. Ella cerró tras de sí y me siguió. Se quedó perpleja al ver las cajas cerradas de la mudanza. El piso, sin la mugre y los desperdicios, con todo empaquetado, tenía un aspecto diferente, casi acogedor.

—¿Te marchas? —dijo.

—Esta ciudad me ha derrotado. He tardado en darme cuenta, pero así es.

—Pero... ¿adónde vas a ir?

—He hablado con un amigo de Mallorca. Dice que me puede dar trabajo de vigilante jurado en una obra.

Cerré una caja de cartón con precinto. No me atrevía a mirarla a los ojos.

—¿Y ya está? —Se cruzó de brazos—. ¿Te rindes? ¿Te marchas sin dar explicaciones?

—No puedo seguir aquí. El caso de África me ha trastocado.

Se acercó a mi lado y me abrazó. No hice ningún esfuerzo por evitarlo, pero tampoco por devolvérselo.

—No tienes culpa de que esa mujer se suicidara. No tienes culpa de nada.

—Lo sé. A decir verdad, tan solo he sido un espectador más de todo lo que ocurría a nuestro alrededor.

—Entonces, ¿qué ha cambiado?

Notario se posó en mi hombro. Lo agarré con cuidado y lo introduje en su jaula. Después cerré la puerta para que no pudiera salir.

—No fue que se suicidara. No es siquiera todo lo que hemos descubierto, ni todas las personas que han muerto.

—No esperes que lo adivine, Roberto. Cuéntamelo.

Me agarró de la mano y nos sentamos en el sofá. Las palabras tardaron en salir de mi garganta:

—Esa mujer... Laura. Lo que dijo. Lo que pasó. Me ha hecho plantearme ciertas cosas.

—¿Cómo qué?

—Como si ha llegado el momento de dejar de buscar a Jaime. En el peor de los casos está muerto, y en el mejor viviendo con otra familia. En el primer caso, solo puedo darle sepultura, porque ya lo he llorado durante tres años. Y si está vivo, ¿qué podría hacer? Eso fue lo que me preguntó Laura. ¿Qué harías en mi lugar? Y no tengo respuestas.

—Ya lo descubrirás cuando suceda. No tienes por qué pensar en eso ahora.

—Es imposible dejar de pensar, y tú lo sabes. Es nuestra condena. Yo no sé qué haría. ¿Tienes tú una respuesta mejor? ¿Acecharías a Jaime? ¿Se lo arrebatarías a su nueva familia? ¿Qué harías si tu propio hijo es incapaz de reconocerte como su madre?

Le aparté el pelo de la mejilla. Ansiaba besarla, pero necesitaba escapar de Alicante. Y ella era lo único que me retenía. No podía aferrarme a Inés como si fuera

un bote salvavidas.

—¿Por qué te haces esto?

—No me hago nada, Inés.

—Te torturas. Es como si te gustase autodestruirte.

—Justo antes de dispararse, Laura me miró. Dijo «tú me comprendes». No lo preguntaba, lo afirmó. Y en parte tenía razón. Sé por lo que ha pasado, eso está claro. Y algo dentro de mí quiere contestar a su pregunta y gritar bien alto que sí, que haría lo mismo que hizo ella, que si es necesario convertirme en un asesino para encontrar a mi hijo, lo haría con gusto.

—Esa mujer estaba loca. Intentó involucrarte en la muerte de Barrachina, ¿lo has olvidado?

—No puedo juzgarla por eso. Yo habría hecho lo mismo. Lo sé, pero no me atrevo a reconocerlo. Por eso me marché. Tiro la toalla. No puedo aguantar un día más soportando esta carga, esta ciudad. Este suplicio.

Me levanté. Sentí cómo sus dedos se escapaban de los míos. Ahora fue ella la que no hizo ningún esfuerzo por detenerme.

—¿Y qué hay de mí, Roberto? Pensé que estábamos arreglando lo nuestro.

—Lo nuestro se acabó en el mismo momento que insististe para que aceptara el caso. Ese ha sido el precio que hemos pagado.

La dureza de mis palabras no ocultaba su sinceridad. No quería hacerle daño. No después de todo el sufrimiento que había pasado por mi culpa.

—Y ya está. —Se encogió de hombros—. Te marchas. Ni siquiera ibas a despedirte.

—No es una despedida. Tengo que comparecer en el juicio dentro de unos meses. Podemos vernos entonces.

—Y entonces me dirás adiós, ¿no?

—No hay nada que puedas decir para que me quede. Lo siento, Inés.

Sin embargo, sí había algo que decir. Algo que me anclaría a ella, que le daría un nuevo significado a las alianzas que aprisionaban nuestros corazones. Simplemente dijo:

—Estoy embarazada.

Aquel día dejó de llover en Alicante.

·AGRADECIMIENTOS·

No soy partidario de los agradecimientos en los libros. Considero que aquellos a los que les debo algo por la novela no esperan salir entre sus páginas a modo de recompensa. Por otro lado, cuando tanta gente te apoya y anima, llega un momento que te apetece hacerlo público.

En primer lugar, no sé qué sería de mí sin Yanira. No solo lee todo lo que hago, sino que aguanta mis neuras y me da consejos para enderezar el rumbo. Mi vida tiene un nuevo color a tu lado, y me encanta.

Mucha culpa de este libro es de Soledad, Juana Mary y Raquel, que me sufren, sufrieron y sufrirán durante muchos años. Sois geniales. Prometo daros alegrías de vez en cuando. Del mismo modo, agradecer a Rosa y a los dos Fernandos el cariño y la amistad (y el whisky y las gambas).

A todo el equipo de Off Versátil: Consuelo, Eva, Esther y David, por confiar en mi obra. A Juanjo Boya, que lucha cada libro como propio.

Por supuesto, gracias al trabajo en equipo de mis lectores cero: Álvaro Fuentes, Alejandro Ferreiro, Jesús Cañadas, Aida Albiar, Fernando de la Torre, Fran Ortiz, Pablo Muñoz, Dani Guerra, Sergio Vera, Chema Huerga, María José Moreno y Fernando Martínez Gimeno, que se atrevieron con este (y otros) manuscritos crudos.

Mariano Sánchez Soler y David Mateo fueron determinantes para que me lanzase a la escritura. Sin ellos no habría acabado jamás ningún libro, os lo aseguro.

Destacar las jornadas de novela negra que inundan España: Salamanca, Valencia, Gijón, Barcelona, Getafe, Castellón, Cuenca y mi querida Alicante. Ojalá esta fiesta continúe durante muchos años.

Me dejo gente en el tintero. Sois muchos más los que me habéis apoyado, animado y promocionado durante todos estos años, demasiados para no eternizar estos agradecimientos. Pienso en todo lo que os debo y me mareo. La próxima vez que nos veamos os invito yo a las cervezas. Prometo no escaquearme.

Agradecerle a aquel desconocido al que le di la lata en una feria médica y me explicó todo lo que necesitaba sobre Alcohólicos Anónimos y la gran labor que realizan.

Por último, recordar que en España existen muchas desapariciones no resueltas. Este libro es ficción, pero la realidad es mucho más terrorífica.



CLAUDIO CERDÁN (Yecla, 1981). Licenciado en Sociología por la Universidad de Alicante, ha trabajado de escritor, guionista y dibujante. Ha participado en docenas de antologías y ganado numerosos premios con sus relatos.

Ha publicado las novelas *El Dios de los Mutilados* (Equipo Sirius, 2008) y *Cicatrices* (Equipo Sirius, 2010), encuadradas dentro del género fantástico.

Con *El país de los ciegos* (Ilarión, 2011) se pasa a la novela negra, narrándonos la historia de un exconvicto por las calles de Alicante. Con esta obra obtuvo el Premio Novelpol a la Mejor Novela Negra de 2011. Además, fue finalista del Premio Lengua de Trapo de Novela y del Premio Silverio Cañada a la Mejor Primera Novela Negra que concede la Semana Negra de Gijón.

En 2012 vio la luz su primera novela para el mercado francés *La maison en chocolat* (Sol y Lun Editions, 2012).

En 2013 publica *Cien años de perdón* (Versátil Ediciones, 2013), un *thriller* que quedó finalista de los Premios LeeMisterio.com 2013 como Mejor Novela Negra y ganador en la categoría de Mejor Portada. Además, apareció recomendada como una de las mejores novelas negras de 2013 para *El País*.

Entre 2012 y 2013 publicó el ensayo local *Misterios de Yecla*, un homenaje a su ciudad natal.

Su última novela publicada se titula *Un mundo peor* (Versátil Ediciones, 2014), encuadrada dentro del género novela negra.